

Carlos Salem



EL ÚLTIMO CASO DE JOHNNY BOURBON

(Pero sigo siendo el rey 2)



El último caso de Johnny Bourbon

Carlos Salem

Para Nahuel y África.

Para Pere Sureda, viejo roquero que nunca se rinde.

*Y para Carmen R. Santana. Creo que si Arregui
avanza hacia algún sitio, es sitio porque ella lo espera.*

«Esa noche me detuve a escribir unas páginas que intentarían decirme
quién soy y qué me propongo, pero fracasé de nuevo como cada vez
que me abordo a mí mismo. Vivimos esperando algo grandioso y eso
nos mantiene en pie.»

Oswaldo Soriano. *La hora sin sombra.*

ÍNDICE

- [1/ La Dalia Roja](#)
- [2 / El viaje de su vida](#)
- [3/ El mapa de los balcones](#)
- [4/ Un hombre al borde de sí mismo](#)
- [5/ Es otra cosa](#)
- [6/ Antes que nada, un hijo](#)
- [7/ El corazón de Jesús](#)
- [8 / Un ramito de jacintos](#)
- [9 / De joven promesa a vieja gloria](#)
- [10 / Dormir mucho y soñar poco](#)
- [11/ Por eso se hundió el *Titanic*](#)
- [12/¿ Cuánto vive una oveja?](#)
- [13/ Una sonrisa perdida](#)
- [14 / Un hombre a contracorriente](#)
- [15 / Dinosaurios](#)
- [13/ Leonard Cohen y canto tirolés](#)
- [14/ Un harén de una sola mujer](#)
- [15/ Con flores o sonrisas](#)
- [16/ Pequeñas y grandes muertes](#)
- [17/ Mejor, el de acero](#)
- [18/ La luna aprueba](#)
- [19/ Dos balas, dos nubes](#)
- [20/ Fantasmas nuevos](#)
- [21/ Muebles de IKEA](#)
- [22/ Gafas oscuras y gabardina](#)

23/ El asesor del asesor

24/ Cambiar el logotipo

25/Igual que en la tele

26/El retorno del vasco loco

27/ Un completo gilipollas

28/ A lo Agatha Christie

29/ Una mujer al final de sí misma

30/ Palabra de Johnny Bourbon

31/ Para qué

32/ Cuando llega El Miedo

33/ Dejarse encontrar

34/ La hora sin sombra

*Siempre llego demasiado tarde o demasiado temprano a los lugares donde ya nadie me espera.
Me niego a consultar el reloj de plástico en mi muñeca para conocer la hora. Sería un insulto a
la placidez de los gatos que reinan en el cementerio y saben que el tiempo, como suele decir un
casi amigo mío, era otra cosa.*

En todo caso el sol, que tiene algo de gato recostado allí arriba, dice que es mediodía.

La hora sin sombra.

*El momento en el que Peter Pan descansa y el capitán Garfio sueña con hacerse unas botas
de piel de cocodrilo para pisar sus propios miedos.*

El mediodía tiene algo de frontera.

Si miras hacia delante o hacia atrás, no adviertes diferencias.

Y siempre hay diferencias.

Yo estoy vivo, aunque desorientado.

Tú estás muerta.

1/ La Dalia Roja

La mitología de la novela negra y el cine del mismo tono llevan décadas convenciéndonos de que las rubias son portadoras de líos y las pelirrojas llevan la tragedia enredada en sus melenas.

Se equivocan.

Las verdaderamente peligrosas son las muchachas de pelo verde.

La primera vez era lunes, y la vi venir a tiempo.

Yo asomaba por la puerta de mi despacho y un taconeo demasiado festivo me detuvo. Entorné la hoja de cristal traslúcido y la vi doblar el pasillo que viene desde la recepción de la agencia.

Delgada pero con curvas.

Piernas largas y el paso inexacto de quien va pensando en otra cosa.

En demasiadas cosas.

Llevaba una minigabardina de vinilo rojo, un bolso muy pesado para sus hombros y una boina negra y ladeada, que le afrancesaba el rostro y le quitaba unos cinco años a sus casi treinta.

Tenía el pelo verde.

Retrocedí, cerré la puerta y me pegué a la pared.

Su silueta se recortó borrosa contra el cristal y el puñito golpeó con timidez.

—¿Señor Arregui? —dijo la voz pequeña, propia de quien llama a un lobo del mismo modo que a un cachorrito—. Necesito hablar con usted, por favor. Es un asunto de vida o muerte.

En mi oficio, cuando alguien te dice eso, por lo general se trata de localizar a un marido que no quiere ser localizado, recabar datos para la disputa de una herencia dudosa, o un prosaico caso de cuernos.

Odio los casos de cuernos.

Si el cliente (o la clienta) acierta con sus sospechas y se las confirma, te mira como si fuera culpa tuya.

Y si le aportas pruebas de que su pareja no tiene ninguna relación clandestina, creen que no has hecho bien tu trabajo, cuando, si hicieran bien su propio trabajo sentimental, no tendrían de qué preocuparse.

—¿Señor Arregui? —repitió la vocecilla.

Yo callé, como un cobarde, mientras repetía mentalmente: pelo verde, pelo verde, pelo verde, pelo verde, pelo verde.

Estudié los rodapiés del despacho, en busca de una hormiga.

En un tiempo, sembraba los rincones de migas de pan empapadas en agua y azúcar, para convocarlas. Pero desde que en verano hicieron la desinfección anual de las oficinas, me siento un poco más solo.

—Me voy, señor Arregui —se dio por vencida—. Pero volveré.

Y yo sentí lo que habrán sentido los japoneses cuando MacArthur pronunció esa misma frase en 1942. El tozudo general yanqui cumplió su amenaza. Y la chica del pelo verde también lo haría.

Como corresponde a un hombre de mi historial, habituado al peligro, esperé una hora y media antes de salir de mi escondite.

Mariana, la secretaria, se había marchado a comer y me ahorró el trabajo de regañarle por dejar pasar a un cliente a mi despacho sin avisar.

Tampoco le habría dicho nada.

Desde hace seis años mantiene una relación sentimental con Máximo Legrand, mi socio, y aunque ella se sigue comportando como siempre, yo no acabo de hallar la manera de tratarla.

Supongo que no me incomoda tanto que Legrand le doble la edad, como el hecho de que están enamorados.

Los enamorados creen que solo ellos respiran de verdad y en todo encuentran motivo para la maravilla. Resultan agotadores.

Max y Mariana mantienen el tipo en la agencia, pero fuera no se sueltan de la mano ni para rascarse la nariz.

No exagero.

Solemos quedar a tomar una copas en el Malone y los he visto, a él mover apenas la nariz, y a ella, alzar las manos entrelazadas para rascársela sin soltarse.

Empalagan.

Y me provocan cierta envidia.

Mucha.

Yo quería ser así con Claudia, pero no podía.

No sabía.

Cuando a uno le cuesta expresar sus sentimientos, en lugar de hacer algo al respecto, se dedica a lamentarlo como si dijera «es que yo soy así» y lo sigue haciendo hasta que es demasiado tarde.

Después de que Claudia muriera, hace ya casi once años, he pensado muchas veces en todas las tonterías que me hubiera gustado compartir con ella.

Pero ya no podía.

Siempre llego demasiado tarde o demasiado temprano.

Como el día en que la mataron.

Pero eso es otra historia.

Siempre es otra historia.

2 / El viaje de su vida

Fue una semana rara.

De llamadas raras y visitas inesperadas.

Ya casi me había acostumbrado al trabajo rutinario del despacho, y la inminencia de mi cincuenta cumpleaños me tenía bloqueado.

Hubiera sido inútil hablar del asunto con mi socio.

Máximo Legrand me hubiera dicho, como siempre, que yo estaba hecho un chaval, que ya quisiera uno de treinta y cinco estar tan en forma, y que lo que tenía que hacer era dejarme de ligues y volver a enamorarme, que lo de Olivia (él también la seguía llamando así) no había sido del todo culpa mía.

Así que llevaba días tratando de evitarlo a él y a Mariana, aunque nada me salvaría de la comida de cumpleaños del viernes.

Después de comer, me sorprendió la llamada al teléfono fijo de casa.

No era domingo, sino lunes.

Solo una persona usa ese número y solo llama en domingo.

Un domingo al mes.

Mi padre.

Descolgué, afligido:

—¿Aita? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, coño, que te haces más viejo. Feliz cumpleaños, Txema.

Suspiré alejando el teléfono de mi cara. Si algo no soporta mi padre es que me preocupe por él. Se cree de piedra, como el caserío en el que vive la mayor parte del tiempo, aunque el piso de Donosti es mucho más cómodo.

—Te has quedado mudo, joder. ¿Es que si te llamo más de una vez al mes te acojonas, hijo? ¿O estas retozando con una de tus putillas?

Ni siquiera le dije que faltaban cinco días para mi cumpleaños.

Era raro que mi padre se mostrara tan locuaz.

Desde la muerte de Claudia manteníamos la costumbre instaurada por ella de hablar una vez al mes, pero rara vez pasábamos del intercambio de monosílabos.

Tampoco se metía en mi vida privada ni me preguntaba por mujeres. Después de Claudia, nunca le presenté a las pocas y abnegadas muchachas que intentaron abrirse un hueco en mi vida (ni siquiera a Olivia), porque sabía que no lo conseguirían y que el aita jamás las aceptaría.

De alguna manera, él también guardaba luto por mi novia muerta.

—Echaba una siesta, algo propio de mi edad avanzada. Y solo.

—Pues más tonto que eres, hijo. Si yo conservara tu estampa y estuviera en Madrid, vamos... Que me hinchaba. Bobo o no, eres un Arregui. Y ya sabes que venimos bien armados de fábrica.

Eso sí que era raro. ¿Mi padre haciendo bromas sexuales?

Me pregunté si tanta soledad en el caserío no había acabado por volver de piedra su cerebro. Pero solo estaba buscando la forma de decirme algo.

—En fin, tú mismo... Cuando el señorito madrileño se digne a venir por aquí, te espera tu regalo.

—¿Por qué no me lo traes tú? Hace mucho que no vienes por Madrid...

—Quita, quita, demasiada gente y demasiados madrileños por ahí. Pero hablando de viajes, ¿por qué no te regalas uno, Txema?

—¿Un viaje? ¿Adónde?

—A donde sea, joder. A donde te apetezca. La vida pasa, hijo. Y cuando quieres caer en la cuenta, ya no tienes ganas ni fuerzas para viajar.

—Pero si yo viajo mucho, por trabajo...

—No me refiero a esos viajes como mamporrero de la policía o los ricachones de la capital, hijo —se impacientó—, sino al viaje de tu vida, el Viaje con mayúsculas, ese que o lo haces o se te queda cara de gilipollas para siempre. Haz el viaje con Claudia...

Comencé a sudar.

Mi padre había perdido la razón.

—Aita, es que...

—No me trates como a un imbécil, Txema. Ya sé que Claudia murió hace años y tú no estabas con ella para protegerla. Por eso lo digo. Seguro que os quedó un viaje por hacer, uno de esos planes que vas postergando y cuando quieres acordarte, ya es tarde. Y tú eres experto en llegar tarde.

«Siempre igual —pensé—. Por más años que pasen, jamás me perdonará haberme hecho policía, ni dejará que olvide que Claudia estaría viva si yo no le hubiera fallado.»

Quise decir algo, pero él me ganó de mano.

Su tono era cariñoso.

—Piensa, hijo. Seguro que le debes a Claudia un viaje, para dejarla ir del todo.

Y colgó.

Más tarde, mientras conducía hacia el despacho, me dije que, senil o no, mi aita tenía razón.

Yo le debía un viaje Claudia.

Pero si lo hacía sin ella, más que un viaje sería un calvario.

3/ El mapa de los balcones

¿Por qué lo haces?

Deambular por La Latina después de cenar bien y demasiado en El Camoatí.

Una copa solitaria en la terraza del Café del Nuncio.

En realidad dos copas y ninguna de lo que sueles beber, esas deudas que no se pagan con resaca, Txema Arregui.

Un gin tónico de Seagrams, ahora que todas las mujeres que te (casi) gustan beben Puerto de Indias, pero a Olivia (Siempre vas a llamarla Olivia aunque jamás la vuelvas a llamar) herida fresca, le gustaba con Seagrams.

Y otra de un ron robusto y nicaragüense, ese Flor de caña que hasta el último día de tu vida olerá a la piel de Claudia.

¿Por qué esa exhibición de viudez descarada y con público, en tu propio barrio, en el que llevas años frunciendo el ceño para que nadie cruce la frontera del saludo protocolario y sin ganas?

Quizás porque el medio siglo está a punto de alcanzarte y ya no corres como antes.

O porque esa vocación de culpa callada te pesa demasiado.

O quizás no.

Acaso todo tenga motivos menos épicos.

Puede que solo estés aburrido de una vida sin sobresaltos y una agencia próspera pero que no te aporta la dosis necesaria de aventura.

Solo así se entiende que, pese al tópico, te dejaras seguir por el coche negro con cristales tintados, tan de película *noir*, y te internaras por las calles menos iluminadas, como provocando un peligro que te haga sentir vivo.

Todo eso lo entiendo, Txema.

Lo que no entiendo, lo que nunca he podido entender, es por qué, cada vez que te enfadas contigo mismo, hablas de ti como si fueras otro.

En realidad, no quiero saber por qué le seguí el juego al coche evidente, y me interné por calles cada vez más solitarias, como aquella en la que mataron a los padres de Batman.

Supongo que por todo eso.

Y por curiosidad.

Quería saber quién me seguía tan mal.

O tan bien.

Porque cuando alguien te sigue y no quiere que lo sepas, lo consigue.

Sé por qué lo digo.

De modo que coche negro, ganas de saber y de golpear a alguien si me daba la menor excusa, cincuenta años casi y siempre el mismo niño despistado que solo se asustaba de asustarse.

Por eso. Por eso hacer varias veces el mismo trayecto, como si estuviera bebido y perdido, cuando en realidad conozco cada adoquín de las calles de la Latina, su laberíntico trazado de medina castiza, y hasta el mapa aéreo de sus balcones.

Lo que no conozco, son los nombres de esas calles.

Nunca he conseguido aprenderlos, ni lo he intentado demasiado.

Pero me guían señales tan perennes como la aparente uniformidad de los árboles, tan personal cada uno de ellos en su manera de torcerse para buscar la luz entre los edificios.

Así que sí, me metí en ese callejón con nombre de santo, el santo que sea, sabiendo que ellos aprovecharían para tratar de abordarme sin testigos.

Me tambaleé un poco.

Siempre conviene parecer borracho.

Los cobardes se envalentonan con los borrachos.

Debo admitir me flaquearon bien y fueron hasta silenciosos.

Eran jóvenes y fuertes.

Tipos duros y bien entrenados.

Pero habían visto demasiadas películas.

—Alguien quiere verlo —dijo el de mi izquierda—. Un viejo amigo.

—Que me busque en Facebook —balbuceé como si me costara hablar, y luego me reí de mi propio chiste y seguí estudiando los adoquines, un borracho que no se atreve a levantar la vista para no marearse más.

—Basta de bromas —dijo el de la derecha, que quería ir de malo por la vida —Vendrá con nosotros a dar un paseo, Arregui. Será mejor que no se resista.

Levanté la cabeza y aunque jamás los había visto en mi vida, supe quién me buscaba.

Pero no lograba imaginar para qué.

El de la izquierda comenzó a decir algo conciliador.

Pero el de la derecha soltó un bufido de impaciencia y cometió el error de agarrarme del brazo y tirar.

Yo me dejé llevar aprovechando su propio impulso.

Y le di un golpe en la nariz. Seco y fuerte.

Él se llevó las manos a la cara y ese fue su segundo error.

Metí mi mano izquierda dentro de su chaqueta, mientras con la derecha lo hacía girar para que quedara entre su compañero y yo.

El de la izquierda no llegó a sacar su automática porque yo lo estaba apuntando con la de su compañero, que sangraba por la nariz.

Todo muy de cine negro.

Demasiado.

Como el aplauso acompasado y lento, burlón, que empezó a resonar desde el coche.

Antes de mirar supe que era él.

El tipo que más me había odiado cuando yo era policía.

El que yo había odiado más.

No hagáis caso del rollo romántico de las series Made in USA.

Para un policía no hay nada peor que otro policía.

En especial si uno de ellos es un superviviente a todos los cambios políticos en la cúpula policial, y desde siempre ocupa puestos estratégicos lejos de la calle y cerca, muy cerca del poder.

—Es evidente que te mantienes en forma para tu edad, Arregui —dijo con un buen humor que

era desmentido por las miras telescópicas de sus pupilas—.Pero no era necesario descalabrar al pobre chico... —Su voz se volvió dura cuando le habló al de mi izquierda—: Ayude a su compañero, Balmes. Ya hablaré con vosotros mañana. Especialmente con usted, Molina. ¡Le advertí que con Arregui no se juega. Y se vuelven los dos en taxi. No quiero que me manchen el coche de sangre.

Balmes me miró sin odio, casi disculpándose.

Yo le devolví un gesto con la cabeza.

Sería un buen policía, si no lo echaban a perder haciendo de matón para su jefe.

Al de la derecha, Molina, le di una palmada conciliadora en la espalda, pero me miró con odio y tuve contenerme para no atizarle de nuevo.

Era, o sería en breve, el típico abusón que cree que por tener una placa y un arma está por encima de todos los demás.

Se alejaron y me acerqué al coche negro.

Él estaba igual que la última vez que lo había visto, hacía más de cinco años. Conocía de sobra su nombre de pila y hasta fuimos amigos en la academia, en otra vida.

Pero preferí llamarlo por el apodo que él llevaba décadas odiando y que yo mismo le puse cuando descubrí que había cambiado la vocación de servir por la de servil.

—¿Qué quieres de mí, Súper?

Entonces lo dijo.

Y lo malo es que supe que hablaba en serio.

—Eres la última persona a la que acudiría, Arregui. Pero España te necesita.

Me quedé sin aire.

La última vez que había escuchado esa frase, tuve que recorrer medio país de incógnito, perseguido por mafiosos y policías, y acompañado de una oveja bebé y un rey viejo que se negaba a crecer.

4/ Un hombre al borde de sí mismo

Entré en el coche por la puerta del acompañante y encendí un cigarro.

Me había prometido a mí mismo dejar de fumar antes de cumplir los cincuenta, pero no iba a desperdiciar la ocasión de incordiar al Súper.

Él se acomodó tras el volante y suspiró resignado.

Algo extraño pasaba.

Algo muy grave.

Estaba claro que esos dos inspectores novatos formaban parte de su guardia pretoriana. Es decir que su misión no era oficial.

Nadie de las alturas le había ordenado venir a verme.

Me di cuenta de que había encendido el motor cuando el lujoso coche empezó a moverse, silencioso como el poder verdadero.

—Nunca pensé que diría estas palabras, pero necesito que me hagas un favor, Txema.

Se me atragantó el humo a causa de la sorpresa y no podía dejar de toser. ¡El Súper llamándome por mi nombre y pidiéndome un favor!

Pensé en mil respuestas burlonas.

Pero las descarté.

—No entiendo. ¿Me necesita España o me necesitas tú?

—Ambos. Y en ese orden. ¿Me convidas un cigarro?

El Súper había dejado el tabaco cuando fumar se volvió políticamente incorrecto. Estaba claro que lo que ocurría era importante.

Le di uno, encendido, y él siguió conduciendo a paso de hombre, en dirección hacia Las vistillas.

—Como sabrás, Latro Rapíñez ha muerto — dijo—. Lo encontraron muerto en su casa de la sierra, esta mañana.

Asentí para disimular que no lo sabía.

Pero sí sabía quién era Joaquín Latro Rapíñez.

El hombre más odiado de España.

El que todos querían ver muerto.

Un político y empresario en el que se concentraban, aparentemente, todos los males del país. Corrupción, estafa, tráfico de influencias, blanqueo de dinero, y una lista interminable de delitos que hacían rasgarse las vestiduras de indignación a todos los contertulios de la radio y la televisión.

Había hecho negocios sucios para los dos grandes partidos, y con los sindicatos, y cuando la crisis económica recomendó buscar un chivo expiatorio, algún joven tecnócrata con más masters que cerebro había entregado a Rapíñez en bandeja de plata, olvidando que sabía demasiado de demasiada gente.

Lo último que recordaba de él es que estaba recluido en una casa de la sierra de Madrid, en espera de sentencia, y que en varias ocasiones anunció que no caería solo y estaba dispuesto “a

tirar de la manta”.

Al parecer, alguien se había tomado en serio la amenaza.

—Dame detalles —dije—. La verdad, no lo que le habéis dado a la prensa.

Detuvo el coche y se quedó mirando hacia el vacío verde y oscuro del Jardín de Las Vistillas.

—Se pegó un tiro en la sien, en algún momento antes del amanecer.

—¿Dejó alguna nota de suicidio?

—Ojalá.

La colilla le quemó los dedos y la lanzó por la ventana.

Le tendí otro cigarrillo y mientras lo encendía estudié su cara.

La nariz rota, hacía tantos años, por un puñetazo mío, le daba un aspecto más fatigado de lo que recordaba.

Parecía un hombre al borde de sí mismo.

Estaba preocupado de verdad.

Tanto como para acudir a mí. Y me imaginaba para qué.

Pero necesitaba que él me lo dijera.

—¿Qué quieres de mí, Súper?

—Que investigues su muerte. Con total libertad y fondos ilimitados. No es un asunto oficial, pero te abriré las puertas que necesites. Esto es algo personal. Y antes de que burles, te diré por qué te lo encargo a ti y no a mi gente —Me miró a los ojos—. Siempre nos hemos detestado mutuamente y sé que no apruebas mi forma de proceder. Pero tú sabes que nunca, jamás, he participado en nada sucio, Txema. Para ti soy un advenedizo, pero no un corrupto. ¿Me equivoco?

—No. Eres un cabrón, pero a tu manera, de los buenos.

Me miró de frente y le creí.

—Prácticamente todos los poderes públicos y privados de este país tenían mucho que perder si Latro hablaba. Y quiero, necesito estar seguro de que fue un suicidio. Si hallas indicios de que no lo fue, investigaremos hasta la última consecuencia. Y aunque me joda decirlo, solo me puedo fiar de ti, detective —sonrió con amargura—. Si hasta resulta gracioso, aunque no tenga ni puta gracia.

Ambos sabíamos que yo aceptaría.

Y que no se lo pondría nada fácil.

—Te creo. Pero no veo por qué tendría yo que meterme en un fregado como este, a tocarle las pelotas a todos los poderosos del país...

—Por eso mismo, Arregui. Porque eres el tocapelotas más tocapelotas que conozco. Y el más honesto. Además, después de tantos años de enemistad, conozco tu sentido del humor.

Apagó el cigarro en el cenicero y encendió el motor antes de terminar la frase:

—Y para ti será terriblemente divertido saber que te debo una. Es probable que nunca me la cobres, pero no dejarás de recordármelo nunca.

No dije nada.

Ambos sabíamos que estaba en lo cierto.

5/ Es otra cosa

Máximo Legrand sorbió pensativo su descafeinado, mientras con el rabillo del ojo izquierdo lamía con gula el tazón de café negro y oloroso que yo dejaba entibiar de mi lado de la mesa.

Una máquina tragaperras soltó su melodía de parque de atracciones pero no atrajo a nadie en el bar.

«Con esto de la crisis, hasta los ludópatas cuidan sus monedas», me dije.

Y me dije también que mi socio y amigo estaba cambiado.

Era un cambio en Max que no lograba identificar y eso me molestó, hizo que me sintiera viejo, como si estuviera perdiendo mis facultades de observación.

—Es un buen asunto, Txema —dijo Legrand—. Y al mismo tiempo, es un mal asunto.

—Entonces serían dos asuntos diferentes, Max.

—En cierto modo, sí. Porque es un buen asunto para la agencia que nos hagamos cargo de un caso que nos ganará los favores del Gobierno, quizás futuros contratos de asesoría. Y aunque de momento nos va bien, como tú no haces más que rechazar propuestas de colaboración con grandes empresas...

—De chacales a los que lo único que les interesa son mis supuestas relaciones con la Casa Real, Legrand.

—¿Y eso qué importa? Además, tus relaciones con el Rey no son tan supuestas, si mal no recuerdo...

Palpé en mi bolsillo la medalla circular, la moneda única en su tipo, de oro y con un número en clave y uno de teléfono, que el Rey me hizo llegar para sacarme de cualquier aprieto, y que siempre llevaba encima aunque no pensaba utilizar nunca.

Una historia antigua. «Y no tan antigua», me dije.

Hacía algo más de diez años, cuando yo aún era policía, salvé por casualidad la vida del Rey en un atentado del que la prensa nunca se enteró. Pero sí se enteraron los círculos concéntricos del poder económico, que cuando me retiré y abrí la agencia junto a Legrand, se apresuraron a contratarnos como asesores para ganarse favores reales.

Después, hace seis años, nuestros caminos volvieron a cruzarse en una aventura disparatada de la que salimos vivos de milagro, y compartiendo una amistad extraña, basada en la falta de contacto.

Como acababa de decir mi socio con respecto al nuevo caso, más que un asunto, lo mío con el Rey eran dos asuntos.

—Vale, aceptar el caso de Rapiñez es un buen asunto porque nos deberán un favor importante. ¿Y por qué es un mal asunto, Max?

—Porque te conozco y acabarás molestando a todos los bandos implicados. Y ya no estamos en edad de hacer el gamberro, Txema. Esa gente tiene matones mucho más duros que un par de policías novatos.

Una luz de alarma en mi cabeza.

Legrand nunca tiene miedo.

Pese a su escasa estatura, Max puede ser letal en la lucha cuerpo a cuerpo, trucos aprendidos de su juventud como ladronzuelo sin padre en la Barcelona más profunda primero, y luego como ladrón de guante blanco y firmes principios morales.

Así nos conocimos, hacía ya muchos años, cada uno a un lado de la línea imaginaria de la ley.

Legrand me informaba sobre delitos que le causaban repugnancia, sin aceptar jamás dinero a cambio; y yo lo hice cambiar las cajas fuertes ajenas por los libros de Criminología, con la promesa de montar juntos una agencia cuando acabara la carrera.

«Parece que fue ayer», me dije.

«Él está casi igual que entonces, salvo ese cambio que no logro definir».

—¿Las cosas van bien con Mariana, Max?

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Por nada.

Pero era por algo.

Legrand mostrándose preocupado por posibles matones.

Legrand distinto y yo no conseguía saber en qué.

Apuré el café y el retorno al despacho, inventando ya una excusa para separarme de mi socio en el camino y cumplir el vergonzoso ritual que practico, desde que era un policía brillante y molesto, para que mi memoria encuentre datos perdidos.

Miré la hora y calculé que el sex-shop de Atocha ya estaría abierto.

En esas cabinas que huelen a sexo solitario, frente a las pantallas por las que desfilan cuerpos trezados y desnudos mientras yo alimentaba ese deseo echando monedas por la ranura, mi memoria convocaba desde siempre asociaciones invisibles, conexiones que resolvían misterios, veía lo que los demás no podían ver.

Como siempre, me consolé diciéndome que Sherlock Holmes le daba los opiáceos y al violín para inspirarse. «Y seguro que tocaba fatal».

—Entonces, ¿aceptamos o no el caso?

—¿Y desde cuándo me pides permiso a mí, Txema? Eres el presidente de la empresa y además, no me jodas: ambos sabemos que vas aceptarlo. Y que lo llevarás por tu cuenta, a tu manera. Como siempre.

«Cambiado e irritable», me dije.

«Algo le pasa y es algo grave».

—De hecho, estoy seguro de que ya lo has aceptado anoche, y hasta le habrás pedido a Nemo que consiga toda la información escondida sobre Latro. ¿Me equivoco?

Bajé la cabeza y creo que se sintió culpable de mi culpa.

Me puso la mano en el hombro, para animarme.

—Nos conocemos demasiado y se te quiere como eres, aunque a veces seas un capullo. Solo te pido que lleves este caso fuera de la oficina, para no comprometer a la agencia. ¿Estás de acuerdo?

—En todo. Especialmente en lo de que soy un capullo.

Nos sonreímos sin ironía.

Cuando salíamos de la cafetería, sorprendí a Legrand mirándose furtivo en el espejo.

Sólo un instante.

Pero mis ojos tomaron nota de lo que buscaban los de mi socio en su propia cara.

El bigote.

Max se había teñido el bigote para ocultar las primeras canas.

Tenía miedo a estar envejeciendo.

«Bienvenido al club, amigo», pensé.

Él comentó que tenía que ir a visitar a un cliente, nos despedimos, y yo apresuré el paso en dirección a parking.

Quería llegar pronto a casa para encerrarme en el baño y controlar mis patillas, sospechosas de encanecimiento prematuro y con alevosía.

6/ Antes que nada, un hijo

Ya en mi despacho, me serví un bourbon con dos hielos y comprobé mi correo electrónico.

La ventaja de tener en nómina a un hacker tan bueno como Nemo es que puede rastrear, en tiempo récord, toda la información oficial y extraoficial que se oculta en los vericuetos de la Red y que te llevaría días de gestiones y entrevistas conseguir.

Y aunque el mocoso faltón vallecano se hubiera convertido con los años en un destacado estudiante del Instituto Tecnológico de Massachusetts, también conocido como MIT (con una merecida «beca» financiada por Arregui & Legrand Investigaciones), seguía empeñado, pese a la distancia, en emparejarme con su madre combativa y atractiva.

Su correo venía precedido de excusas para que fuera a su casa a cenar y arreglar con su madre que me devolviera el dinero, ya que el MIT lo había becado «de verdad», y lo firmaba, como siempre, «Para mi madero preferido», o sea yo.

La bella y temperamental madre de Nemo me seguía dando miedo. Casi tanto como la muchacha de pelo verde que no tardaría en volver a la carga.

Para no pensar en ello, me zambullí en el informe.

Joaquín Latro Rapiñez parecía condensar en su persona los males de España durante los últimos treinta años.

Al repasar su historia, daba la impresión de que alguien hubiera reunido todos los síntomas de corrupción de la democracia, los hubiera volcado en un embudo y colocado en el extremo más delgado a Rapiñez, cuyo apellido parecía premonitorio y mucho más propio de un tebeo de Mortadelo y Filemón que de la España del siglo XXI.

De pronto recordé mis lecciones de latín, que me indicaron que «Latro», en aquella lengua, significaba «ladrón». Y me dije que el padre del sujeto había tenido un peculiar sentido del humor.

Joaquín había nacido hacía ya 55 años en Valencia, una región española que fue famosa por sus naranjas hasta que empezó a exportar políticos corruptos a toda España. Y toda España trataba de hacer de altavoz de la corrupción de Valencia, quizás para olvidar que no se había salvado de ese mal ninguna autonomía, y casi diría que ningún ayuntamiento.

El bueno de Latro había hecho méritos para figurar en el cuadro de honor de lo peor de la democracia. Desde muy joven ofició de seguidor de lo que fuera para quien fuera, por un buen precio, y siempre cerca de los círculos políticos.

Se diría que entró en el partido de la derecha moderada porque encontró allí una puerta sin cerrar, pero en su juventud había hecho exactamente lo mismo con la izquierda moderada, y en ambos bandos había robado sin moderación alguna.

Durante un tiempo breve pero notorio se acercó a las primeras filas de la política, hasta que comprendió que esas filas están más iluminadas y por lo tanto es mucho más difícil robar sin que te vean.

A continuación pareció retirarse del terreno público, pero siguió dando y recibiendo sobornos y mordidas a cambio de sus influencias.

Encabezó varias promociones urbanísticas que nunca se realizaron, fundó fundaciones

caritativas que solo dieron beneficio a sus bolsillos, y cuando vio que todo aquello podía superarlo, volvió al partido, esta vez como tesorero, promocionando sus grandes virtudes contables y su capacidad para multiplicar el dinero.

Tanto lo había multiplicado, que un hacía un año se encontraron en diversas cuentas de diversos paraísos fiscales más de doscientos millones de euros a su nombre.

Y ese escándalo (que también salpicó a su partido en el gobierno, ya que se sospechaba que los fondos detectados eran solo un porcentaje de lo que Rapíñez habría «recaudado» de grandes empresas a cambio de favores), fue la primera vuelta de una madeja que parecía no tener fin. A medida que se indagaba en sus negocios, surgían nuevas informaciones que comprometían a nuevos poderes de la sociedad.

Pero ya era tarde para intentar acallar el escándalo en marcha. Muchos sectores enemistados alentaron el enjuiciamiento del ex político antes de darse cuenta de que ellos también se verían salpicados.

Frente al término «ingeniería financiera», tan en boga últimamente, se podría decir que lo de Joaquín fue «macramé financiero», porque tejó una red de negocios en la cual utilizaba el dinero de los sindicatos para ganar dinero con los empresarios; el de la iglesia para, siempre presuntamente, invertir en prostitución, y un larguísimo etcétera que seguía dando sorpresas, mientras el protagonista estaba cada vez más cerca de dar con sus huesos en la cárcel.

Me dije que era imposible que nadie hubiera detectado sus trapicheos durante tantos años, pero al avanzar en la lectura del informe comprendí un poco más.

Cotejando una serie de documentos confidenciales (que no quise preguntarme de qué modo había conseguido Nemo), deduje que en dos ocasiones, con gobiernos de distinto color político, se habían iniciado investigaciones respecto a sus actividades, que fueron cortadas de raíz casi antes de comenzar.

A nadie le convenía que se supiera lo que Latro había hecho.

Pero aunque lo que contó Homero en La Iliada no fuera más que una fábula, contenía lecciones importantes.

Nadie es invulnerable al cien por cien.

Siempre hay un talón donde pueden clavarte la flecha que empiece a acabar contigo.

El punto débil de Rapíñez fue intentar hacer honor a su segundo apellido, metiéndose incluso en pequeños negocios, solo para evitar que los hiciera otro.

La flecha que encontró destino, un minúsculo chanchullo inmobiliario en un modesto Ayuntamiento del centro del país.

Y el arquero, que seguramente había dado con un blanco mucho más importante de lo que esperaba, un joven y voluntarioso fiscal, libre de compromisos con el pasado, que presionó sin piedad a un pusilánime concejal de Urbanismo, quién acabó por señalar a Joaquín como el cerebro de esa trama.

El resto era fácil de imaginar.

El fiscal tiró del hilo, y comenzó a destejarse media España.

Cuando la mujer de Joaquín pidió el divorcio, se encontró con la desagradable sorpresa de que todos los bienes y cuentas legales estaban embargados, a excepción del piso de soltera que mantenía en Madrid desde sus tiempos de estudiante, cuando había conocido al aprendiz de triunfador.

En cuanto a él, se había recluido provisionalmente en un chalet de la sierra de Madrid, propiedad de su madre.

Y allí permanecía, en libertad condicional y en espera de juicio.

Lo cierto es que a Latro nunca le había gustado la ostentación que acabó perdiendo a otros políticos corruptos.

Antes de su caída poseía un patrimonio saneado y de sólida apariencia, pero se cuidó mucho de adquirir coches de futbolista estrella o yates de jeque árabe marbellí.

En un folio apunté, en forma de pregunta, la primera incongruencia en toda aquella historia: «¿Para qué robar durante más de media vida y amasar una gran fortuna, si nunca la disfrutó?»

Repasando sus gastos habituales de antes de la debacle, el único llamativo era la cuota mensual de la residencia de lujo en la que cuidaban de su madre como si fuera una princesa en el exilio.

Y según Nemo, esa importante cantidad se había seguido pagando puntualmente todo este tiempo, pese a que Latro Rapíñez llevaba mucho tiempo sin visitar a su madre.

Cuando comenzó el escándalo, Latro amenazó varias veces con «tirar de la manta» y dejar a medio país con el culo al aire, pero en los últimos tiempos había optado por la discreción y no salía de la casa de la sierra más que para recoger a su hija Dolores, de doce años, cuando se lo permitía el régimen de visitas que había defendido con una vitalidad que lo había abandonado para todo lo demás.

En esa casa lo hallaron muerto de un disparo en la sien, el lunes por la mañana.

El forense opinaba que los hechos ocurrieron el sábado por la noche, y los indicios preliminares apuntaban a un suicidio, aunque enseguida surgieron las dudas, convenientemente amplificadas por la prensa.

Se dijo que la prueba de la parafina no había revelado huellas de pólvora en su mano, que el ángulo del disparo parecía forzado, y que Latro sostenía el arma con la derecha, cuando en realidad era zurdo.

Pensé en que los despachos más poderosos del país, habrían brindado con alivio y champán, ya que si Latro iba a juicio, podría arrastrar con él a mucha gente.

También pensé que era llamativo el empeño periodístico y policial en descartar rápidamente el suicidio.

La prueba de la parafina rara vez es concluyente, en especial si se trata de un arma de pequeño calibre como el .22 que se halló junto a él.

Además, son demasiados los factores que pueden hacer fallar el test, mal que les pese a los guionistas de CSI y series televisivas por el estilo: Basta con que la víctima esté en contacto habitual con ciertos nitratos, por ejemplo. Y no se me había escapado, al leer el informe de Nemo, el detalle de que el nuevo hobby de Rapíñez, desde que no podía salir de su casa, era la jardinería, en la que se utilizan fertilizantes que contienen nitratos.

En cuanto al ángulo del disparo, revisando las pruebas, no resultaba tan extraño como se decía.

Indicaban que la culata del arma había estado más elevada que el cañón, en un ángulo de casi cuarenta grados.

No conozco a mucha gente que se ponga una pistola en la sien todos los días, de modo que quien lo hace, suele hacerlo por primera vez y no se le puede exigir una postura ortodoxa.

Y en cuanto al error de la mano que sostenía el arma, me sonó a recurso de película policial

barata.

Volví a revisar las copias de documentos firmados por la víctima (me costaba llamar así a semejante cabronazo), y sonreí mientras me servía otro bourbon y lo bebía de un trago.

Cualquier policía con cierta experiencia podría determinar, sin necesidad de ser un perito grafólogo, que Latro Rapiñez, firmaba y escribía con ambas manos.

Era ambidiestro, aunque probablemente hubiera ocultado siempre ese dato, como buen ladrón.

Me dije que por una vez haría las cosas como es debido, y que comenzaría a investigar por donde siempre se empieza, es decir por lo más bajo.

Pensé también en la madre hombre más odiado de España, muriendo de a poco en una residencia de lujo, y en lo que sentiría al haberlo sobrevivido.

Y me dije que Latro Rapiñez, pese a ser un tipo despreciable, siempre había cuidado de ella.

«Está claro», me dije, «Hasta un hijo de puta es, antes que nada, un hijo».

7/ El corazón de Jesús

La tasca quedaba cerca de mi casa, pero llevaba mucho tiempo sin ir. No me gustan los negocios pensados para que los turistas satisfagan su apetito de tópicos *spanish* con comida mala y cara. Pero pocos bares en los alrededores de la Plaza Mayor se salvan de ese pecado.

A juzgar por el rótulo anacrónico y la profusión de imágenes religiosas sobre la marquesina, El corazón de Jesús podría haber sido una iglesia al paso más que la mala copia de una taberna española de los tiempos de Quevedo.

Un local estrecho, forrado hasta el techo de azulejos con imágenes de santos y jamones, la barra alargada y de estaño todavía, pese a la normativa que obligó hace décadas a cambiarlo por acero. Al fondo, detrás de la barra, abarcando toda la pared, un mosaico con la clásica imagen de Cristo con el corazón sangrante en la mano, que debería quitarle el apetito a cualquiera, pero media docena de guiris rubicundos buscaban el ángulo adecuado para que saliera en el *selfie*, mientras pedían otra ración de un jamón que solo era *pata negra* en el precio y en la pintura de las pezuñas.

Repasé las figuras de santos colocados por todas partes sobre pequeñas repisas, y contabilicé por lo menos dos nuevas en la colección de Jesús, una en cada esquina, pero dudé que pudieran obrar el milagro de que de la cocina saliera un cocido decente.

En la planta de abajo, un estrecho comedor albergaba una decena de mesas en las que clones de estos rubios de arriba tragaban sucedáneos de paella que habrían provocado una insurrección popular en Valencia.

Pocas personas pueden, al mismo tiempo, experimentar y mostrar dos emociones contradictorias y simultáneas.

Jesús del Reino, sí.

Se alegró sinceramente de verme, y al mismo tiempo se preocupó.

—¡Dichosos los ojos, Arregui! —Y en voz más baja —: ¿Qué haces aquí? Creí que habías dejado la pasma... O que la pasma te dejó a ti.

—Fue un divorcio de mutuo acuerdo. Y he venido porque añoraba la belleza de tu local y ese vermú que no sirves a los turistas.

—¡Marchando un *vermucito* del bueno! —Dijo con falsa jovialidad.

Y me llenó hasta el borde un vaso con ese vermú de grifó que representa más la identidad de Madrid que la mismísima Cibeles.

Se dirigió hacia la campana de cristal bajo la cual agonizaban unas lonchas reseca de algún embutido, sobre un pan resignado.

—Como se te ocurra ponerme eso—dije en voz baja —, os pego un tiro a cada uno: al aperitivo y a ti.

—Siempre el mismo, Arregui. Pero no dirás que no a una ración de gambas...

—Jamás —contesté antes de disimular mi entusiasmo.

Y Jesús del Reino pidió con voz de barítono de bar “¡una de gambas, de las buenas, para un amigo de la casa!”

Desde la cocina asomó la sonriente figura del enorme mulato que era, desde hacía mucho, el cocinero de la tasca de Jesús, y su pareja. Aunque nunca lo habían admitido en público, y la educación franquista del tabernero lo llevaba disimular soltando piropos obscenos y muy poco convincentes cuando pasaba una muchacha por la acera.

El mulato sonrió más todavía al reconocermé.

Era de esos tipos que no sabes si son felices por idiotas o por demasiado sabios.

El mulato era mudo.

Algo más que conveniente si compartes vida y dormitorio que alguien que conoce todos los secretos de Madrid que no salen en los periódicos.

Nunca supe a ciencia cierta cuando empezó.

Hay quien dice que Jesús del Reino ya ejercía su oficio de papeles doblados durante la posguerra, otros que empezó a vivir de lo escondido mientras Franco se moría eternamente; pero por su edad, unos cincuenta y cinco, calculé que llevaba haciéndolo durante los últimos treinta años.

Como Rapíñez lo suyo.

Y en cierto modo, se parecían. Aunque el muerto reciente y deseado vistiera ropa de marca y se hubiera ido permitiendo ciertas mejoras estéticas, y el escueto tabernero siguiera teniendo pinta de personaje de película de Buñuel.

Algo los hermanaba, además de la talla de españoles que llegaron tarde a la alimentación sin miedo. Algo más que esa calvicie que asomó a los treinta años y seguía asomando un poco más en cada Nochevieja.

La mirada, me dije.

La de Jesús mientras trajinaba detrás de la barra, era prima cercana de la que recordaba de Latro Rapíñez en fotos y vídeos con poderosos, siempre intentando estar en segunda fila, pero no demasiado lejos de las decisiones y los beneficios.

Una mirada humilde y desafiante al mismo tiempo.

La mirada clasista de quién piensa que no debería estar adonde está, y se siente orgulloso y asustado de haberlo conseguido.

La diferencia es que Latro medraba con las grandes miserias del país, y Jesús del Reino con las pequeñas miserias de una ciudad que era más grande de noche que de día.

Y quizás por eso uno seguía vivo y el otro estaba muerto,

El método de Jesús era tan anacrónico como la decoración de su local.

Pero funcionaba.

Era un tablón humano de anuncios que no se pueden anunciar.

Cuando alguien necesitaba un arma sin números de serie, un pasaporte bien falsificado, un matón que le diera una paliza a un Don Juan de bragueta inadecuada, un experto en abrir cajas fuertes, o un perista al que colocarle el botín inesperado de un robo de principiante, se dejaba caer por El corazón de Jesús y pedía una de gambas.

Cuando se presentaba la ocasión, exponía su necesidad a Jesús, y él la apuntaba en su libreta negra.

El interesado pagaba una pequeña cantidad por el servicio y se marchaba.

Volvía tres días más tarde y se repetía el ritual.

Si Jesús había localizado alguien que ofreciera lo que buscaba, le daba el número de teléfono

y cobraba el resto del servicio de intermediación.

Si no, volvía cada tres días, hasta conseguir lo que necesitaba.

En realidad, Jesús resultaba barato. El total del servicio no superaba el importe de una buena cena para dos con vino decente en un restaurante en el que la paella fuera una certeza y no un desengaño anunciado. Una cena de lunes por la noche, cuando la tasca cerraba y tabernero y cocinero se ponían sus mejores galas y sus miradas felices fugaces pero rotundas.

A menudo me preguntaba para qué se arriesgaba tanto por tan discretos beneficios.

Tardé muchos años en descubrir los dos grandes secretos de Jesús.

El primero era que su verdadera ganancia no estaba en lo que cobraba por su intermediación, si no en el dinero que te dejabas en las sucesivas visitas para saber cómo marchaba tu gestión.

Y el balance no había sido malo. Al contrario.

Además del tabernucho en las inmediaciones de la Plaza Mayor, Jesús poseía desde hacía diez años uno de esos restaurantes con terraza en el interior de la Plaza. Una verdadera mina de oro, según lo que Nemo averiguó en su momento. Desde entonces, había adquirido dos asadores de lujo en el Barrio de Salamanca. Pero ninguno de esos negocios estaba a su nombre, sino al de una empresa anónima que los gestionaba

Me puso delante las gambas y la sonrisa invadió mi cara.

Acaso como compensación de sus otros delitos gastronómicos, en El Corazón de Jesús se sirven las mejores gambas de Madrid.

Sonrió, orgulloso, y le concedí ese breve triunfo mientras decapitaba con ternura la primera.

—¿De paseo, Arregui?— Preguntó sabiendo que no.

—Latro Rapíñez —dije en voz muy baja—. Quiero saber si alguien lo quitó de en medio simulando un suicidio.

Su cara se ensombreció pero sus ojos brillaron

—No. Ya no. La última vez fue la última, Arregui.

Hacía solo unos años yo había descubierto el otro gran secreto de Jesús del Reino.

Él sabía más que nadie de lo que pasaba en la cara oculta de Madrid.

Pero vendía conexiones, no información.

En eso se basaba su negocio. Incluso la policía acudía a él cuando necesitaba contactar con gente del otro lado de la ley.

Pero siempre según sus propias normas.

Dicho de otro modo, en todos sus años de trabajos opacos, Jesús jamás fue un soplón.

Hasta que yo descubrí su debilidad.

Alguien que sabe tanto de tantos, se muere por contarlo, pero sabe que es probable que lo maten si lo cuenta. Y pese a su nombre, su educación católica y la decoración de su antro, Jesús no se fiaba de los curas ni del secreto de confesión.

Pero se fiaba de mí.

Una vez que me confió un secreto, ya no pudo parar.

Me convertí en su droga, pero fui un camello responsable y solo le pedía información de vez en cuando, tras haber agotado todos mis recursos.

Jamás me quiso cobrar su módica tarifa y jamás lo puse en peligro.

Pero cuando sufrió aquél amago de infarto, me sentí culpable y sin decidirlo decidí que no volvería a someterlo a tanta tensión.

Y allí estábamos otra vez.

Mis buenas intenciones duran hasta que llega la próxima necesidad.

Jesús me rellenó el vaso de vermú y el mulato salió de su reducto con otro plato de gambas que puso delante de mí antes de tenderme la mano.

Era una mano enorme, casi una contradicción con su sonrisa amistosa. Dejé que estrujara la mía, y antes de retirarse le dedicó a Jesús una fugaz mirada amorosa que casi me hizo sentir envidia.

Cuando se alejó, Jesús dejó de disimular su miedo.

—Estoy retirado, Arregui, ya no...

—No —lo corté mientras bendecía mentalmente a Nemo, capaz de informarme en minutos de lo que a mí me llevaría días—. Estás a punto de retirarte. La empresa tapadera que tienes ha vendido los asadores del barrio de Salamanca, la terraza de la Plaza Mayor y hasta este antro. Eso tiene pinta de alguien que se dispone a pasar a retiro, Jesús. ¿Las Bahamas, Tailandia?

—Brasil. Soy un clásico y lo sabes —dejó de temblar—. Averiguaré lo que quieras, pero por favor, no hagas correr la voz de que me retiro. Demasiada gente puede temer que me dé por escribir mis memorias.

Estuve a punto de burlarme, pero recordé que, por esa misma causa, casi asesinan a Juanito. Y a mí con él.

Controló que ningún turista lo viera, caminó hasta el fondo y presionó, sobre el mosaico del fondo, exactamente sobre la imagen del corazón sangrante de su tocayo.

El azulejo se desplazó y dejó al descubierto un pequeño nicho del que sacó la legendaria libreta de tapas negras.

Me pareció absurdo que apuntara mi encargo, pero me dije que las costumbres de siempre no te las quitas nunca de encima.

—¿No temes que te roben la libreta y sepan todo lo que sabes?

—Que lo intenten —dijo sonriendo—. Está en código.

—Los códigos se descifran, Jesús.

—Antes de codificar lo escribo... en arameo. Pásate en tres días.

—No quiero que me vean mucho por aquí. Puede que en el transcurso de mi investigación acabe pateando pateo algún avispero y no te quiero comprometer —le di una tarjeta—. Cuando sepas algo, me llamas al móvil. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero me preocupas. Ya no estás en edad, Arregui.

La edad me tenía acomplejado y tuve la necesidad de herirlo.

—Me cuido bien solo. ¿A Brasil te llevas a tu novio mudo, o te buscarás uno más joven allí?

En cuanto acabé de decirlo me di asco.

Pero él sonrió.

—Novio, no. Marido. Nos casamos el año pasado. Mira.

Sacó un Iphone y comenzó a deslizar fotos en las que se los veía a ambos de chaqué y felices, en los jardines de una sala de fiestas.

Me llamó la atención una en la que posaban ante tres letras de tamaño humano: “J&M”.

—Nunca te pregunté cómo se llama el mula... tu marido.

—Tienes razón. Nunca lo preguntaste.

Fui hacia la puerta y traté de disipar mi vergüenza y cuando la empujaba, Jesús del Reino dijo

en voz alta:

—Magdaleno. Mi marido se llama Magdaleno. Y como hagas una broma al respecto, te enveneno las gambas cuando vuelvas, que volverás.

Pensé en Latro Rapíñez y en la ironía de los nombres.

—Ninguna broma, Jesús. Ninguna broma. Sed felices. Por favor.

Y me fui.

8 / Un ramito de jacintos

Su despacho era como lo esperaba: ni muy grande, ni muy pequeño. Ubicado en las últimas plantas del edificio de la empresa multinacional, pero no en la más alta. No tenía las mejores vistas, pero tampoco estaba del lado del que nunca da el sol.

El despacho de alguien con quién la empresa no sabe bien qué hacer.

Alguien a quien no se puede permitir perder.

Tampoco tenía una de esas secretarias con pinta de poseer media docena de másters y ser modelos por en los ratos libres. O viceversa.

En realidad, guardaba su puerta la secretaria de siempre, a la que seguramente había traído consigo al dejar su último puesto oficial.

Rosaura.

Cuando la conocí me gustó su nombre, porque parecía creado para ella. Seguramente eran cinco o siete años más joven que nosotros, pero desde siempre algo en su forma de ser la hacía parecer más madura, me imponía respeto y ternura.

Me recordaba a como era mi madre cuando yo era niño y creía que ella lo sabía todo y era inmortal.

Tal vez, por eso, en otros tiempos, cuando iba a ver su jefe al despacho, le llevaba un ramo de jacintos.

Las flores preferidas de la *amá*.

Me reconoció al instante.

Y al instante supe que él no le había comentado nada de mi visita.

Su cara expresó alegría y aflicción a la vez.

Como la de Jesús del Reino.

Y me dije que últimamente yo era un buen asunto y también un mal asunto para la gente que apreciaba.

Tomé nota mental de regañar a Nemo por no haberla incluido en el informe que meses antes le pedí sobre el hombre con el que venía a entrevistarme.

Luego, en letra también imaginaria pero mucho más gruesa, me regañé por mi pésima costumbre de hacer investigar a mis amigos para saber si estaban bien, en lugar de llamar y preguntar, como hace todo el mundo.

—Se lo ve estupendo pero delgado, señor Arregui —dijo Rosaura con voz maternal y temí que sacara un tuper con comida casera del escritorio y me obligara a llevármelo conmigo.

—Yo... No encontré ninguna floristería de camino, Rosaura.

—Por favor. No es necesario. La intención es lo que cuenta.

Presionó el botón del intercomunicador:

—El señor Arregui está aquí.

Y no esperó respuesta.

Me condujo hasta la puerta.

Abrió la boca para decirme algo, pero cambió de idea.

Por dentro, el despacho era como debía ser tratándose de él.

Apenas había cambiado.

Solo algo en su mirada.

Antes quemaba con la impaciencia de los que creen que con creer basta para crear un mundo nuevo.

Ahora las dudas salpicaban sus ojos celestes que tantos suspiros arrancaban en nuestros años de universidad.

—Cuánto tiempo, Gustavo. Te veo bien —dijo.

—Lo mismo puedo decir de ti, Buster.

Un viejo chiste.

Casi tan viejo como nosotros.

Del tiempo en que, siendo yo todavía un cadete prometedor en la academia de Policía, me infiltraron para detectar posibles grupos radicales tras la caída del Muro de Berlín.

Pero no había nada que detectar, salvo un puñado de charlatanes que hablaban de la revolución para llevarse chicas a la cama, y otro buen montón de futuros dirigentes que esperaban el momento adecuado para cambiar a Marx y Engels por Audi y Dom Perignon.

Sólo él creía que algo podía cambiarlo todo.

Lo seguía un grupo cada vez más numeroso, así que me sumé para saber de qué iba. Me descubrió de inmediato, pero no me denunció, acaso supo de inmediato que yo tampoco denunciaría a nadie. Y que no había nada que denunciar. Y le divertían mis contradicciones.

Eso lo supuse.

Lo de que se divertía.

Porque ni entonces ni después, le había visto sonreír.

Por eso propuse que su “nombre de guerra” fuera Buster.

Por el lacónico Buster Keaton.

Y él me devolvió la broma llamándome Gustavo, como la rana de los Teleñecos.

Cuando pregunté por qué, dijo que el personaje llevaba gabardina y decía ser periodista, pero tenía más pinta de ser de la secreta.

Con los años, desarrollamos una de esas amistades distantes mías, en las que no dices lo que ya se sabe ni preguntas lo que ignoras.

Él hizo carrera política. Sin venderse.

Creía en una revolución sin sangre, hecha poco a poco y contando con la gente. Si yo hubiera sido capaz de relacionar la palabra incorruptible con alguien, sería con Buster.

Y en los grandes partidos conviene tener alguien así.

Conviene durante un tiempo.

Llegó a ser ministro del Interior en una época en que era una patata caliente con la que nadie se quería quemar.

Él la agarró con firmeza y no se quemó.

Fue por entonces que el antiguo rey de España y yo nos metimos en aquél lío en el que miembros comprados de todos los cuerpos de seguridad del Estado intentaron matarnos.

Buster hizo una limpieza profunda y silenciosa, sin buscar los focos ni el reconocimiento. Se lo agradecieron tanto, que pasado un tiempo prudencial le quitaron el Ministerio para darle un cargo decorativo, prestigioso... e inútil.

Con el cambio de signo político, los nuevos se limitaron a darle otro cargo todavía más prestigiosos e inútil. Hasta que Buster se cansó y decidió aceptar uno de esos puestos ejecutivos en grandes empresas que llevaban décadas ofreciéndole.

Y no parecía que el cambio le hubiera sentado bien.

Aunque es difícil saberlo con alguien que jamás sonríe.

Me senté en la silla que me ofreció, y en lugar de preguntarme qué tripa se me había roto para aparecer por su despacho, empezó a contarme lo entusiasmado que estaba con el trabajo, y que lo pillaba por los pelos, porque en un par de días se marchaba a un congreso mundial sobre espionaje industrial.

Pero no parecía nada entusiasmado.

Y me hacía gestos para que le siguiera la corriente.

Lo hice mientras escribía en el posit que acaba de tenderme:

“¿Es que te han puesto micros?”

Y él contestó, con su caligrafía exacta:

“Ayer no había, pero hoy todavía no he revisado”.

Yo le conté en voz alta los logros de la agencia, y me sentí un poco ridículo hablando de empresas que son nuestros clientes y a las que suelo despreciar.

Él me interrogó con un gesto sobre el motivo de mi visita.

Y yo escribí:

“El caso Latro”.

Buster estaba hablando y al leer las tres palabras se atragantó y fingió toser, mientras escribía:

“¿Quién es tu cliente?”

Dudé. Pero mi cliente no me había pedido que ocultara su identidad, así que escribí:

“El Súper”.

Y entonces ocurrió lo imposible.

En el principio fue un amago de sonrisa.

Luego una risa.

Y enseguida una carcajada interminable.

Buster estaba riendo sin parar, y rió tanto que Rosaura abrió la puerta y se quedó paralizada al ver a su jefe a punto del colapso por no poder controlar las carcajadas.

Tardó un rato en calmarse, mientras nosotros lo observábamos como se hace con un milagro o una catástrofe.

Cuando pudo respirar, miró a su secretaria y la tranquilizó:

—Perdona, pero es que aquí, el amigo Arregui cuenta unos chistes irresistibles.

Luego se volvió hacia mí, y dijo con volumen suficiente como para que alguien pudiera oírlo:

—Y ya que no es una visita profesional sino amistosa, ¿nos bajamos un momento al bar a tomar un café?

Mientras lo seguía hacia el ascensor, me dije que muchas cosas habían cambiado en Buster.

No solo sabía reír.

También se escapaba a tomar café en horas de trabajo.

Y en cuanto estuvimos más cerca en el ascensor, su aliento me dijo que no sería café, sino whisky.

9 / De joven promesa a vieja gloria

No fuimos al bar para ejecutivos que había cruzando la Castellana, ni al del hotel de cinco estrellas que quedaba en la misma acera que la sede de la multinacional. Nos internamos por calles menos lustrosas hasta un bar discreto, elegante en otro tiempo que tampoco habría sido mejor, y en el que lo saludaron con la ausencia de entusiasmo que dedicas a quien ves varias veces al día.

Se dirigió hacia un taburete que parecía estar esperándolo, y el barman le sirvió un whisky sin alcurnia y sin preguntar.

Le sirvió bastante.

Yo le indiqué con la mirada que quería lo mismo.

Él vació la mitad de su vaso antes de preguntar:

—¿Quién dispara primero?

—¿Qué?

—Que si tú me cuentas qué haces trabajando en el caso más peligroso de tu vida y para un trepa que siempre fue tu enemigo, o yo te cuento por qué me he vuelto un perrito faldero de los alemanes y le doy a la botella como si no hubiera un mañana.

Nada me provoca más pudor que un hombre callado al que el dolor convierte en un charlatán.

Sé por qué lo digo.

—Empiezo yo. Me aburro. Cumplo cincuenta el viernes.

—Brindo por eso —dijo y apuró su vaso antes de pedir otra ronda con un gesto—. Nunca creí que llegaras a esta edad sin que te mataran antes.

—Gracias por los buenos deseos —imité el brindis y puse mi vaso para que el barman volviera a llenarlo—. Yo también me siento raro trabajando para el Súper. Pero me convencieron sus motivos. No quiere tapar nada, solo saber si alguien “suicidó” a Latro, para llevarlo ante la Justicia.

Lo pensó un momento.

—Tiene lógica. El Súper siempre fue un cabrón obsecuente, pero honrado. Por eso, pese a ser tan ambicioso, no ha llegado más alto. Ya ves, Arregui. Hasta los hijos de puta tienen su corazoncito.

Pensé en Latro, cuidando de su madre como una reina, y asentí.

—Entiendo por qué aceptaste el caso, pero no por qué acudes a mí.

Acabó la segunda copa y me apresuré a hablar antes de que pidiera la tercera.

—Si Rapíñez fue asesinado, la lista de sospechosos abarcaría a todos los poderes, ocultos y visibles del país, Buster. Como decía José Martí, tú has vivido en las entrañas del monstruo, y eres de los pocos que han salido enteros. Eres de esa clase de políticos raros que detestan los otros políticos, pero a los que acuden a pedir consejo cuando la tierra tiembla.

El camarero llenó los vasos.

Pero él bebió un trago más corto.

Había conseguido atraer su atención y por un momento volvía a ser el Buster de siempre.

—Sí. Me ha llamado gente. Querían saber si yo sabía. Si Latro murió o si lo ayudaron. Y si era cierto lo del dossier escondido. Pero no lo sé.

—Me importa más saber qué crees.

Yo también di otro trago breve.

—Seamos sinceros, Arregui. Que lo mataran o se quitara de en medio el mismo no es importante. La clave es el dossier. Imagina la cantidad de información que puede haber acumulado durante tantos años de trapicheos con todos los sectores de poder del país. La lógica indicaría que si lo mataron, fue porque antes encontraron el dossier. Pero creo que no fue así. Hay demasiada gente nerviosa por este asunto, y eso quiere decir que el dossier sigue por ahí. La leyenda cuenta que Latro tomó precauciones para que se difundiera si le ocurría algo. Pero vete a saber si eso era cierto.

Apuró la copa de un trago y se echó hacia atrás.

—En fin, haré algunas preguntas por aquí y por allí. Y si me entero de algo, te llamo.

Insistí en pagar pero el barman me miró como si acabara de insultar a su mejor cliente. Y puede que lo fuera.

Mientras salíamos, le pregunté:

—¿Por qué. Buster?

De detuvo y me miró desde el fondo de un dolor de pasillos interminables.

—¿Por qué bebo como un cosaco? Para olvidar que después de tantos años, no he hecho nada recordable. ¿Por qué me dejé comprar por esos alemanes de la empresa? Porque pagaron bien, Gustavo. Mi sueldo es diez veces el mejor de mi carrera, y no me piden que haga nada ilegal. En realidad, no me piden nada. Eso es lo peor de todo. Que he pasado de querer cambiarlo todo a cobrar por no hacer nada. ¿Te acuerdas de cómo era cuándo éramos jóvenes?

—Claro que sí. Si hasta yo, que nunca he creído en nada, creí en ti.

Me puso la mano en el hombro.

—Es la historia de nuestra generación, Txema. Los españoles nuevos, crecidos con un franquismo moribundo, inocentes de la broma pesada que fue la Tansición. Seríamos los adultos del nuevo siglo. Los que cambiarían el mundo. Y el siglo cambió. Y nosotros también. Sin pena ni gloria. Todos nosotros. Cada uno a su manera. Yo, tú, el Súper. Hasta Latro. Pasamos, sin darnos cuenta, de ser jóvenes promesas a viejas glorias. Somos como las caras de una figura geométrica, un dado que perderá la partida, caiga del lado que caiga.

Sumé a Jesús del Reino a ese dado y conté cinco caras.

Quizás en la sexta, la cara todavía sin cara, estaba la respuesta.

Nos despedimos en la puerta del bar y me dedicó un abrazo efusivo:

—Trata de que no te maten, Gustavo. Y gracias por no traerle esta vez el puñetero ramo de jacintos a Rosaura. Antes daba igual, pero llevamos más de siete años casados.

Aproveché que pasaba un taxi por la calle para pararlo con un gesto y evitar que viera mi cara de asombro.

Le dí la dirección de mi casa al taxista.

Ya pasaría más tarde a recoger mi coche.

Decididamente, tenía que regañar a Nemo.

10 / Dormir mucho y soñar poco

Decidí tomarme el resto de la mañana libre y Legrand casi se alegró. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo y ambos sabemos que cuando estoy a punto de cumplir años me vuelvo insoportable.

Mi padre volvió a llamar a la hora de la siesta.

Pero esta vez no me pilló por sorpresa

—¿Cómo va todo, aita?

—Aquí, ya ves: en mi yate de lujo, navegando por el Caribe y con tres mulatas perfectas esperando turno para que me las beneficie. ¿Y tú, hijo?

—Yo dormía la siesta.

—¿Otra vez? No te enfades, Txema, pero me temo que últimamente duermes mucho pero sueñas muy poco...

Mi padre, además de humorista, ¿se había convertido en poeta?

Volvió a la carga.

—¿Ya has pensado en el viaje de tu vida?

—Papá, ahora no es momento...

—Tu madre y yo soñábamos con ir a Argentina desde que éramos novios, ¿lo sabías? En realidad, el sueño era de ella, porque a mí, todo lo que sea alejarme del caserío... Pero estaba encantado de soñar a medias con ella. Al principio no lo hicimos porque no había dinero, luego nacisteis tú y tu hermana, y más tarde, cuando os fuisteis... Yo me había vuelto un viejo prematuro y rezongón, y aunque ya nos lo podíamos permitir, siempre encontraba una excusa para postergar el viaje un año más.

Algo sordo, recóndito y atormentado salía de su garganta aunque intentara reprimirlo, y me llegaba nítido y afilado a través del teléfono.

Mi padre sollozaba y era como si una montaña aguantara el llanto.

—Luego vino la enfermedad de mierda, y yo le decía que se pondría bien, que en cuanto mejorase haríamos el viaje a Argentina y veríamos las Cataratas esas que tanto la gustaban y el glaciario que se cae cada cinco años o algo así. Me leí un montón de libros sobre Argentina y le contaba todo lo que íbamos a visitar. Seguro que no lo sabes, pero llegué a comprar los billetes con fecha de noviembre, que allí es primavera y así pillaríamos buena temperatura. Yo dejaba los billetes a la vista, es su mesilla de noche. Y ella los escondía cuando tu hermana o tú veníais a visitarla.

Ahora era un planeta el que contenía el dolor en sus entrañas.

Y el dolor rugía como rugen los planetas heridos para siempre.

—¿Sabías que murió el mismo día en que nos tocaba volar con rumbo a Buenos Aires? Yo hacía tiempo que sabía que no lo lograría, pero aun así me negaba a devolver los billetes y le decía que siempre estábamos a tiempo de cambiarlos de fecha para un par de semanas más adelante, cuando estuviera repuesta del todo... No estoy senil, Txema. Sé que nada podía curarla. Pero cada día de mi vida he pensado que si hubiera hecho ese viaje con ella, habría muerto un

poco menos. La vida es un viaje, hijo. Y si no haces el viaje de tu vida, o el de la persona que amas, ¿para qué coño quieres la vida?

Y colgó.

Seguro que en la intimidad, dejó escapar el llanto durante horas.

Lo sé porque nos parecemos mucho.

Y eso fue lo que yo hice.

11/ Por eso se hundió el *Titanic*

Cuando llegué a la calle en que tenemos las oficinas de Arregui & Legrand Investigaciones, mi instinto funcionó a tiempo. Pero por poco.

La chica del pelo verde intentaba ocultarse tras una furgoneta de reparto pero, dada la discreción con que usaba los colores al vestir, era imposible no verla.

Pasé frente a la furgoneta y agradecí, una vez más, mi costumbre de usar cristales tintados en el coche.

Yo la vi, pero ella a mí, no.

Aparqué el coche en doble fila, en una calle lateral.

Había algo más.

Algo más que una muchacha de pelo verde.

Y no sabía qué era.

Pensé en ir al *sex shop* de Atocha y meterme en una de esas cabinas en las que el visionado continuado y distraído de películas porno siempre acaba por ordenar mis ideas, pero algo me impidió hacerlo, un fleco de la información que rondaba mi cabeza sin que pudiera identificarla.

Saqué el móvil de última generación que Legrand se había empeñado en que era el apropiado para el presidente de una agencia como la nuestra y busqué con el navegador hasta dar con varias páginas porno.

Seleccioné una que exhibía una interminable cantidad de miniaturas y las fui abriendo y reproduciendo una detrás de otra, mientras otro coche, al que le impedía el paso, hacía sonar el claxon detrás de mí.

Cuerpos. Cuerpos demasiado perfectos o demasiado artificiales.

Sonrisas ajadas, gemidos de plástico, proezas sexuales que eran superadas en el siguiente vídeo. Una chica de pelo verde, no en la pantalla del móvil, sino oculta —y mal— detrás de una furgoneta de reparto. Deseé sinceramente que al menos le pagaran bien a la pelirroja del vídeo, porque tras batir ese récord de sexos dentro de ella al mismo tiempo, seguramente habría quedado de cama y no en el sentido erótico. Una llave golpeando, insolente, la ventanilla de mi coche y no ya claxon. Otro vídeo de yate y capitán follando con media docena de chicas neumáticas y nadie al timón... por cosas como esta se hundiría el *Titanic*, fijo. Yo pasando por la calle de mi despacho y viendo a la chica pero ella a mí no; tampoco el conductor de la furgoneta, ¿es que era posible hacer eso que se veía en el vídeo?, pensé que me estaba haciendo viejo.

Comprendí y bajé el cristal de mi ventanilla y el hombre rubicundo y furioso se quedó golpeando el aire con su llave.

Interrumpió su queja al ver la pantalla de mi móvil, donde el tío desnudo con gorra de capitán seguía invadiendo pasajeras. Sin embargo, tras la sorpresa inicial, su enfado se multiplicó:

—¡O sea que el señorito interrumpe el tráfico para meneársela a gusto!

—No es lo que parece, pero le ruego me disculpe —contesté apagando el móvil—. Quito el coche de inmediato.

Confundió mi vergüenza con temor.

Grave error.

—¡Deprisita, pervertido, antes de que te quite yo! Los tíos como tú me dan asco, viendo porno en plena calle, en lugar de irse de putas como haría un hombre de verdad.

Me daban igual sus insultos y su machismo barato.

Pero yo estaba furioso.

No con él.

Pero él estaba ahí y era un bocazas.

Le agarré la muñeca que sostenía la llave y la torcí empujando hacia abajo. Su cara quedó frente a la mía y luego vio mi teléfono.

No vio nada más.

Me alejé hacia el parking, dispuesto a cumplir mi venganza, pero tuve que buscar un bar para hacer la llamada, porque mi flamante móvil había quedado casi tan averiado como la cara del conductor impaciente.

Un rato después llegué andando a mi portal y vi el despliegue policial que rodeaba la furgoneta mientras el conductor mostraba credenciales y la chica del pelo verde, de espaldas a mí, hablaba con una mujer policía.

¿Una furgoneta de reparto por la tarde, en la calle de Atocha?

Me dije que, pese a tanta tecnocracia y colaboración internacional, los espías españoles mantenían los vicios del franquismo.

Falta de originalidad.

Y de coordinación.

Había bastado con tres llamadas diferentes, a otras tantas comisarías, para librarme al mismo tiempo de la chica del pelo verde y del moscón. En una denuncié la presencia de una furgoneta sospechosa conducida por un tipo con pinta de musulmán, en la otra hablé de un acosador que intentaba llevarse a una chica por la fuerza y en la tercera hice una mezcla de las dos anteriores. Me dije que no estaba del todo mal para un cincuentón en decadencia.

Al entrar en la oficina, no me sorprendió la cara sorprendida de Mariana, pero le indiqué con un gesto que todo estaba controlado.

Y entré en mi despacho.

Él estaba dentro, como supuse.

—Buenas tardes, rey —le dije—. ¿O ahora debo llamarlo emérito?

12/¿ Cuánto vive una oveja?

Parecía avejentado, como si en lugar de pasar seis años, hubieran pasado el doble o el triple. El tiempo, leí en algún sitio, te alcanza cuando lo dejas alcanzarte, y aunque no era ningún chaval y ya andaría cerca de los ochenta años, parecían más porque su sonrisa traviesa se había pagado.

Sus ganas de complicarme la vida, no.

Sentado en mi silla de despacho.

Detrás de mi mesa.

Juan Carlos de Borbón, rey emérito de España.

Juanito, cuando nos metimos en aquella loca aventuras hace años.

—No me jodas con lo de emérito tú también, Txema —protestó mientras miraba el despacho —. Aquí no ha cambiado nada.

—¿Qué esperaba? Somos detectives, no diseñadores.

—Quiero decir en tu vida, Txema. No hay fotos, salvo las de tu madre y la de Claudia, y las de tus sobrinas, que ya están hechas unas mujeres.

—¿Y qué esperaba?

—Señales de vida nueva, de algún amor que te dure y marque el fin de tu viudez... ¿Cómo se llamaba aquella profesora con la que chateabas? ¡Olivia! ¿Qué pasó con ella?

—Le voy a ahorrar tiempo y se lo resumo, Juanito: soy un imbécil integral y jodo todo lo que toco. Olivia, que no se llamaba Olivia, se cansó de mis ausencias. Aunque mi cuerpo estuviera a su lado casi cada noche, yo andaba lejos, chapoteando en mis penas.

Su rostro se ensombreció y su aflicción era sincera.

—Perdona, Txema, no soy nadie para juzgarte. Me he portado como un real gilipollas....

—Pero un real gilipollas emérito —contesté con urgencia por deshacer su tristeza con una provocación, como entonces.

Soltó una carcajada corta pero sincera.

Y yo caminé hasta el panel de la pared que oculta un armario con vasos, unas cuantas botellas y una nevera con hielo y provisiones para las noches en que un caso me impide volver a casa, o volver a casa me da miedo.

—¿Un traguito, rey? —le ofrecí—. Seguro que se lo habrán prohibido. Y que usted no hará mucho caso, ¿verdad?

—Tú sí que me conoces, Txema. Con dos hielos, por favor.

Bebimos en silencio.

Él, abstraído en esa melancolía nueva para mí.

Yo, añorando, no lo negaré, aquel diciembre demencial en el que cruzamos España disfrazados para evitar que nos mataran.

Pareció leer mi mente.

—Lo pasamos de puta madre... ¿A que sí?

—Casi nos matan, usted hundió mi coche en un pantano, nos perdimos en una España frenada y terminamos trabajando de pinches de cocina en un restaurante, Juanito.

—¿Y lo que nos divertimos?

Durante otra copa siguió contándome la aventura como si yo no hubiera formado parte de ella, y debo admitir que cuando la contaba él sonaba mucho mejor.

Detecté una ausencia en su relato.

—¿Y Rosita, la oveja? ¿O es que no se acuerda de ella? Claro, para un rey, emérito o no, una oveja no significa nada, pero yo le pedí que la cuidara, Juanito. —A medida que hablaba, me iba enfureciendo, quería ofenderlo para perdonarme a mí mismo, porque yo también llevaba mucho tiempo sin pensar en Rosita—. ¡Ah!, comprendo: como ahora le da por los elefantes bebés, no tuvo tiempo para ocuparse de una ovejita. ¿Se la comieron asada los miembros de su guardia o solo la sacrificaron?

Hacía años que nadie me daba una bofetada.

La última persona fue Claudia y todavía dolía.

Mi padre, aunque tosco, jamás me levantó la mano.

En el ring, de vez en cuando, alguien seguía tocándome la cara, pero cuando tenía que sufrir mi reacción, se arrepentía de haberlo hecho y después durante semanas nadie quería cruzar guantes conmigo en el gimnasio.

La bofetada de Juanito resonó en todo mi despacho.

Sus ojos ardían.

Seguía habiendo en ellos afecto, pero también enfado.

—Ahora, si quieres, párteme la cara, Txema. Seré viejo, pero sigo siendo un hombre y ya no soy rey. Pero déjate de chulerías, amigo mío. Nadie es tan duro. No has querido ser feliz desde lo de Claudia, y llevo años sintiéndome culpable. Y toma, esto es para ti.

Me alcanzó una pequeña tableta y la encendió. Fueron pasando fotos en las que la oveja Rosita crecía, sin perder la sabia candidez de su mirada.

Me sentí tan imbécil y conmovido como ante las fotos de la boda de Jesús y Magdalena.

—Perdón, Juan. ¿Rosita sigue...?

—¿Viva? ¡Claro, si la cabrona come mejor que yo! La tengo en la finca de El Pardo y todo el personal sabe que es muy importante para mí. Siempre que puedo, me paso un rato con ella... ¿Creías que había muerto?

—Es que no sé cuánto vive una oveja.

—Unos doce años, si está bien cuidada, Txema. O sea que le queda casi media vida por delante. No como a mí. —Se sirvió otra copa y ni se preocupó de ponerle hielo—. Esto de jubilarse es un rollo, Txema. Mucho emérito por aquí, emérito por allá, pero en realidad me estoy tocando los cataplínes. Mi chaval no lo hace nada mal, teniendo en cuenta los tiempos que le han tocado, pero no me necesita para nada. No le importo a nadie ya.

—Al servicio secreto, sí. Una unidad de vigilancia camuflada de furgoneta de reparto estaba apostada en la acera de enfrente.

—¿Una furgoneta de reparto, en la calle Atocha y por la tarde? ¡Estos tíos son unos chapuceros! —Sonrió, otra vez, como entonces—. Pero seguro que tú les has hecho alguna putada y de las gordas... Cuenta, cuenta.

Le conté y se rio con ganas.

No dije nada de la chica del pelo verde, porque no quería que me diera otra vez la lata.

Cuando acabé la narración, había lágrimas de risa en sus ojos, que brillaban de nuevo.

—¿Ves lo que te digo? Ni siquiera ponen a un equipo de primera a seguirme, solo principiantes que no tienen ni idea. Me siento inútil, Txema. Por eso he venido a verte.

—¿Qué puedo hacer por usted, Juanito?

Me miró a los ojos de un modo que me recordó a la oveja bebé cuando estábamos perdidos en la España profunda, perseguidos por todos y sin armas ni dinero, pero los ojos de Rosita transmitían confianza total en mí.

—Contratarme como tu ayudante, aquí, en la agencia. Por el salario no te preocupes, que con el mínimo me apañó —me dijo el rey emérito de España.

13/ Una sonrisa perdida

Me perdí tres veces por el camino, y antes del cuarto intento pensé en llamar a Legrand para que me ayudara.

Pero desistí.

Nuestro pacto había sido dejar a la agencia al margen del caso Latro.

Además, no quería que mi socio preguntara por qué no usaba el GPS del teléfono que me había comprado.

Decidí que debía dejar de romper móviles contra la cara de idiotas violentos.

Odio a la gente violenta.

Le rompería la nariz a toda la gente violenta.

En el cuarto intento tuve más suerte, aunque fue la casualidad la que me hizo ver el discreto cartel que indicaba el desvío de la autovía hacia una carretera de servicio, y de allí a un camino de tierra que tras doblar la primera curva que lo dejaba fuera de la vista del tráfico, se convertía en una carretera privada con el asfalto cuidado y árboles perfectos a cada lado.

Después de varias curvas suaves, de las de anuncio de coche familiar caro, desemboqué en el en pequeño valle.

Había visto sitios como aquél, pero en películas.

Y llevaba años convencido de que eran un invento conveniente de los guionistas para reforzar sus tramas narrativas.

Un moridero de lujo para ancianos pudientes.

Muy pudientes.

En la recepción me atendieron con amabilidad bien pagada.

Me dije que la llamada del Súper anunciando mi llegada había sido de lo más eficaz e inapelable.

Una muchacha elegante y discreta me acompañó hasta mi destino mientras me ofrecía una visita guiada. Aunque tras leer el informe de Nemo ya sabía buena parte de lo que me iba contando, fingí un especial interés.

El prado se curvaba en suaves lomas para que los residentes no se fatigaran en exceso, salvo aquellos viejos optimistas que creen que si practicas el *running* puedes ganarle a la muerte la carrera. Y no puedes.

En el centro de todo, una reproducción exacta de una lujosa y enorme villa de la Costa Azul, con el preceptivo lago a falta de un mar selecto. Allí vivían los residentes que preferían tener compañía y alternar a diario, aunque por el tono de la muchacha deduje que era el lugar de los ancianos ricos, pero no demasiado.

Detrás, desperdigadas de modo aleatorio pero solo en apariencia, las moradas de los verdaderos viejos ricos, lo suficientemente distanciadas las unas de las otras, ninguna igual a las demás, pero todas con un estilo similar.

La que buscábamos tenía dos plantas y en la parte trasera una terraza muy amplia a la que siempre miraba el sol.

Le dije a la muchacha que a partir de allí seguiría solo y abrió la boca para protestar, pero luego recordó que yo venía de Jefatura y sus órdenes serían evitar toda tensión que pudiera derivar en inspección o molestia administrativa similar.

Sonrió y se fue.

Cuando estaba a punto de tocar el timbre, se abrió la puerta y salió una chica rubia y triste. A primera vista le adjudiqué entre quince y diecisiete años, por la estatura y la seriedad de la cara.

Pero enseguida la reconocí de las fotos.

Tenía doce años y una sonrisa perdida que acaso no volvería a encontrar.

Era Natalia, la hija de Latro.

—Usted debe ser el policía —dijo sin mostrar emoción alguna—. Mi abuela lo espera en la terraza. No la canse, por favor. Ya ha sufrido demasiado y además, a usted, como a los demás, la verdad le importará una mierda. La verdad siempre es una mierda —pareció arrepentirse y me miró a los ojos un rato.

Lo que vio en ellos la hizo cambiar de actitud, o eso quise creer.

—Perdone, no debí hablar así. La abuela lo espera. Sea bueno con ella, por favor.

Y se marchó por el sendero, dejando la puerta abierta.

Por dentro, la casa era espaciosa pero austera.

Muebles sencillos y de buen gusto.

Pocas fotos familiares, y muchos cuadros con paisajes diferentes vistos desde diferentes ventanas. Muy bien pintados. No serían obras maestras pero lograban conmovier con la soledad de la mirada del artista.

Subí las escaleras y me asomé, por pura deformación profesional, a las habitaciones de la planta alta.

El mismo confort medido. Poca ostentación.

Y más oleos de paisajes vistos desde detrás de unas ventanas.

Me encaminé hacia la terraza y la vi, a un par de metros de un atril con otro paisaje a medio pintar.

Era lo que se veía desde allí, pero enmarcado en una ventana gris.

La observé a ella.

Élida Rapiñez, viuda de Latro, había sido una mujer hermosa durante buena parte del siglo pasado. Alta y espigada, portadora de una belleza elegante que había dejado en herencia a la nieta, saltándose la generación del hijo.

Emprendedora cuando esa palabra significaba algo más que vendedora de humo, había empezado con una modesta peluquería en Valencia, a la que le siguieron varias más, hasta sumar una docena.

Quince años atrás, cuando parecía que estaba a punto de fundar un imperio, vendió todos sus negocios y se retiró a ese lugar lujoso y discreto a morir despacio y sin ruido.

Ahora, tumbada en la silla de ruedas y a punto de cumplir los ochenta años, parecía que lo había conseguido.

Pero su pecho subía y bajaba suavemente.

Dormía.

La cabeza ladeada hacia la izquierda.

El cuerpo laxo, como si alguien hubiera cortado el hilo invisible que unía sus partes por

dentro.

La observé durante un rato y luego carraspeé con suavidad.

Despertó sobresaltada y disculpándose con una voz más pequeña de lo que esperaba.

—Perdone. Me he quedado traspuesta. Las medicinas, ya sabe —se enderezó en la silla, recuperando el porte de anfitriona—. Usted debe ser el hombre que anunciaron de Jefatura...

—En efecto, señora. José María Arregui. Le ruego me disculpe por molestarla en estos momentos...

—No se preocupe, joven. Aunque no sé qué puedo decirle que no les haya dicho ya a los otros policías.

—En realidad, ya no soy policía, señora. Solo un asesor. Quieren una opinión externa para esclarecer al máximo..., lo ocurrido a su hijo.

No lloró. Pero estuvo a punto.

—Mi hijo ha muerto, señor. Es lo único que sé.

Calló y se quedó mirando el cuadro a medio pintar.

—¿Le puedo pedir un favor, señor? Mi nieta ha tenido que irse antes porque a su madre no le gusta que esté conmigo. Siempre me lleva a dar un paseo por el parque, a esta hora...

—Será un honor —contesté.

La ayudé a accionar la rampa para bajar en su silla y le puse sobre los hombros la manta que me indicó.

Me sorprendió lo poco que pesaba.

Salimos al exterior y pensé que en esos sitios caros hasta el aire huele mejor.

Empujé la silla con suavidad y al llegar a un cruce de senderos elegí uno que descendía hasta la orilla del lago. Ella volvió a dormirse, leve como una hoja que no acaba de asumir del todo la voluntad de los otoños.

Yo trabé las ruedas de la silla, encendí un cigarrillo y comencé a subir la cuesta a paso lento, disfrutando de ese aire tan limpio y costoso.

—¿Qué está haciendo? —Preguntó enfadada cuando había recorrido veinte metros

Giré y la miré desde arriba.

—Írme. Usted misma me ha dicho que no puede ayudarme.

—¿Y me dejará aquí abajo? No creí que fuera un hombre capaz de abandonar a una pobre vieja inválida.

—Señora, si usted está inválida, yo soy un rastafari —le contesté en voz baja, aunque no había nadie cerca de nosotros, mientras me acercaba lentamente—. Para empezar, ese cuadro en la terraza mostraba pinceladas tan frescas que la pintura goteaba, pero el atril estaba demasiado alto para su silla y no había taburete alguno. Y antes de que improvise algo descabellado, como que la que estaba pintando era su nieta, le diré que no soy experto, pero era obra de la misma mano que los del resto de su casa, y muchos de ellos están fechados hace treinta años. Muy buenos, por cierto. Muy buenos.

Abrió la boca y me miró como si no comprendiera.

Yo dejé el que el humo del cigarrillo la rondara, antes de seguir:

—Ignoro si finge estar parálitica para que no la atosiguen en busca de los papeles que todo el mundo cree que dejó su hijo, o solo porque le encanta tener un as en la manga, una ventaja inesperada sobre un probable oponente. Yo no lo soy. Pero si admite un consejo: en cualquier

impostura cuentan más los detalles que la intensidad. Viviendo aquí, no creo que use usted zapatos de segunda mano. Y los que lleva, bastante caros pero discretos, no tienen más de un año de uso. Y la suela gastada de un modo parejo, como las gasta alguien que no solo puede andar, sino que también lo hace con paso seguro y la espalda erguida.

Cerró la boca y me miró.

Yo seguí:

—Lo crea o no, me han contratado para descubrir la verdad, aunque la verdad, como me dijo hace un rato su nieta, casi siempre es una mierda.

Y lo haré, con su ayuda o sin ella.

Y Élida Rapiñez, viuda de Latro, me dijo con una voz tan poderosa y seductora que no pude dejar de evocar a Laureen Bacall:

—Ya era hora de que me mandaran a alguien con cerebro y músculos. Menudo discurso, el tuyo.

Se levantó con una agilidad que me sorprendió, y caminó con elegancia hasta el banco de madera más cercano.

Se sentó y me dijo:

—Siéntate a mi lado, guapo. Desde que despidieron al jardinero ruso de este nido de estirados, no puedo pasar un rato cerca de un hombre de verdad, como tú. Y convídame un cigarro. Me muero de ganas de fumar.

Y, por supuesto, hice lo que la señora me ordenaba.

14 / Un hombre a contracorriente

Fumó con calma, disfrutando del humo, y no me sentí culpable por haberle convidado el cigarrillo. Miraba hacia el lago como si estuviera pintando uno de esos cuadros suyos con las pupilas, y me pregunté qué marco de ventana le pondría a la imagen cuando por fin lo hiciera.

Mi propio cigarrillo se acababa y encendí uno nuevo

—¿Sabes que eso te matará, verdad? —Preguntó la señora.

Y durante un par de minutos no pudimos contener las carcajadas.

Cada uno de nosotros reía para burlarse de su propio miedo a la muerte, o para celebrar a sus muertos propios.

Después de un rato, dijo:

—Tienes pinta de detective privado de película, Arregui. De esos cabezotas que no paran hasta que los matan, se suicidan, o se casan con una rica heredera, que viene a ser lo mismo. Dime que llevas el tónico al extremo y en la chaqueta guardas una petaca con buen whisky del malo...

—Lamento desilusionarla, pero no. Prometo enmendarme.

Se desentendió de mí y de pronto estaba muy lejos, en cualquier `paisaje remoto visto desde una ventana cerrada.

Pero ya no fingía senilidad.

Estaba lúcida, afilada en sus recuerdos.

Y ese día aprendí que cada anciano es una máquina del tiempo.

Lo malo es que el tiempo al que vuelven, ya no existe.

—Yo nací guapa, demasiado —dijo en un tono de voz que me llevaba de viaje con ella, décadas y más décadas atrás.

—Nací cuando la guerra se acababa, pero empezaba el hambre de verdad —siguió—. Durante una guerra, estés del bando que estés, la emergencia hace que vivas con lo que sea; porque ganes o pierdas, sabes que la guerra un día acabará. Pero el hambre y el miedo, y el miedo al hambre, nunca se acaban. Mi padre era un perdedor nato, aunque en la guerra Civil peleó del bando ganador, y luego fue un celoso vigilante de la lealtad al Régimen por parte de nuestros vecinos. Pero cuando naces para perder, pierdes incluso si ganas. Nunca tuvo un puesto de privilegio, y creo que murió entre dos reverencias ante algún funcionario intermedio de los que cada cierto tiempo le prometían la justa recompensa a su amor incondicional hacia Franco.

Me hizo un gesto demandando otro cigarrillo.

Se lo di pero no se lo encendí y siguió hablando, como si no lo advirtiera.

—Yo era guapa desde niña. Demasiado. Y al llegar a la pubertad y sin padre a la vista, como si el mío hubiera servido para algo, me rondaban todos los gavilanes de Valencia. Mi madre me mantuvo alejada del peligro como pudo, y cuando cumplí los dieciocho me casó con un hombre tan inútil como mi padre. Nunca supe si lo hizo para repetir en mí sus miserias o porque no conocía más que eso. Latro venía de una familia importante venida a menos desde hacía años, pero su apellido todavía imponía algún respeto. Mi marido, ninguno.

Le encendí el cigarrillo y pensé que si algún guardián de la salud ajena llegaba de pronto para

privarla de ese pobre placer, se iría con la nariz rota.

—Resumiendo, que es gerundio: que el señor Latro era un inútil pichafloja y sin carácter, como mi santo padre, al que Satanás, si es que existe, sodomice por toda la Eternidad. Mi marido vivía enfermo y tenía menos carácter que un gato de escayola. El poco tiempo que no pasaba en cama, estaba buscando trabajo o ideando algún negocio fallido. Yo sentía que debía hacer algo, pero no sabía qué. Eran tiempos en los que encontrar trabajo, siendo mujer, era casi imposible. ¿Y qué se hace cuando no encuentras trabajo?

—¿Lo inventas?

Me miró otra vez.

—Vaya, que además de guapo, resultará que eres listo de verdad. Sí, lo inventé. Un trabajo que me llevaba poco tiempo y para el que no necesitaba el permiso de mi marido. En aquellos tiempos, lo que quedaba del Maquis era casi de risa, pero se hablaba de apertura, de posibilidades de cambio, todo eso que tardó casi veinte años más en llegar. Necesitaban pasarse mensajes y para eso, ¿qué mejor que una joven mujer con marido franquista aunque sin dinero ni un trabajo decente? Ya, te preguntarás cómo contacté con el Maquis, en Valencia y en esos años. ¿A qué sí? No lo busqué. Solo buscaba un hombre de verdad, no un muñeco inútil como el que tenía en casa. Y lo encontré, no te rías, en la iglesia.

Claro que me reí.

Y ella también.

Tosió un poco pero me hizo un gesto que prohibía, con toda claridad, que me sintiera culpable.

—Y antes de que preguntes, no. No era un cura. Aunque el cura de aquella parroquia tenía fama de ser menos convencional que otros. Quizás por ello comencé a ir a sus misas y encuentros. Y en uno de ellos conocí a Vladimir. Que en realidad se llamaba Sisebuto, lo otro era su nombre de guerra, pero ya sabes lo histriónicos que se ponen los comunistas. Me atravesó con la mirada la primera vez que nos vimos, rodeados de beatas y delatores en potencia. Y las quince veces siguientes. Sin cruzar palabra o miradas cómplices. Una tarde, lo supe. Al acabar la misa lo seguí a distancia hasta una casa de un compañero, que se había ausentado para la ocasión. Perdona la vulgaridad, pero nunca supe si esa tarde fui follada o reclutada, pero me encantó. Y durante dos años llevaba y traía mensajes para el Maquis, a cambio de unos honorarios discretos que me pagaba el Partido y unos polvos legendarios que me pegaba Vladimir.

Se quedó en silencio un espacio de tiempo tan breve como diez segundos o cincuenta y cinco años.

—Como ya habrás deducido, detective, fue Vladimir y no Latro el padre de Joaquín. Un día tuvo que pasar a la clandestinidad y huyó a Francia. Y nunca supe si murió en combate o engordó como un cerdo casado con una rubia de Normandía. Se acabó el dinero del Maquis y seguía teniendo un marido inútil y un hijo que me recordaba el único fuego que me había quemado de placer en mi vida. El resto fue sin querer y me da igual lo que pienses. Uno de los jefes menores a los que mi marido adoraba y lo hubieran ignorado por completo de no haber tenido una mujer hermosa, fue más persistente que los demás en el mejor (o el peor) momento, y como yo no respondía a sus insinuaciones, me contrató como su secretaria para tenerme a mano y nunca mejor dicho, ya sabes lo que digo. Lo que no sabía era que yo había aprendido ya lo necesario, nada de regalitos baratos, dinero en efectivo y secretos que valían más que el dinero. Cuando comprendió, ya era demasiado tarde. Creyó que era el único, pero gracias a su fanfarronería al presumir de mí,

tenía ya un buen número de protectores, y cada uno cuidaba de mí y de su secreto. Para no perder mis favores ni ganarse mi enemistad, me apoyó para abrir la primera peluquería, convencido de que era un negocio a la medida de una mujer. Pronto abrí la segunda, y con ella la tapadera para pasar más tiempo con mis benefactores, fuera de los radares de la minúscula sociedad de entonces. Latro murió antes de que abriera la tercera peluquería, cuando yo aún no había cumplido los treinta y era el paradigma soportable de la mujer moderna, capaz de hacer negocios de mujer pero sin dejar de ser un ejemplo de madre.

Siguió recordando sin palabras pero no me costó llenar los huecos de su narración.

Un rato después siguió hablando:

—Sé lo que piensas, y agradezco tu delicadeza al no decirlo. Pero lo digo yo: fui una puta. Por amor y deseo primero, por cálculo y supervivencia después. Y no me arrepiento. Me educaron para víctima y me negué a cumplir mi destino Pero al menos no fui verduga —bajó la cabeza—. Nada es gratis, y a menudo tenía que llevarme a Joaquín conmigo para cubrir las apariencias. Y lo dejaba con un juguete o con un libro en un salón, mientras yo, en el despacho, o en la habitación de al lado...

Su voz se quebró y le puse con suavidad la mano en el delgado hombro. La quitó con ternura pero sin vacilar.

—Siempre fue muy listo, como su padre. Aunque por algún castigo del destino, físicamente se parecía más a Latro que a Vladimir. Pero sabía, tenía que saber de dónde venía el dinero que nos permitía vivir holgadamente. Por eso, cuando más tarde empezó a hacer negocios con el poder, no le dije nada. No podía. ¿Lo entiendes, verdad? Estaba jodiendo a los hijos de los que habían jodido con su madre. ¿Qué podía decirle, cómo juzgarlo? Sé que cometió muchos delitos, pero también que ha sido el chivo expiatorio de muchos otros que se enriquecieron más que él. ¿Tienes alguna pregunta?

—Tenía, pero ya no. Era el motivo por el cual vendió usted las peluquerías y se retiró, cuando podría haber creado un imperio. Pero ya sé por qué lo hizo.

—Claro que lo sabes. Porque fue el último intento de Joaquín por hacer negocios honrados. Vendí todo y le di el dinero para que empezara de nuevo. ¿Sabes cuánto tardo en quebrar?

—¿Dos años?

—Uno y medio. Pero seguro que ya lo sabías. Te habrás informado, sacado conclusiones. No eres como los demás, que solo tienen prisa por rellenar el expediente e irse a casa. Tú nunca tendrás casa, aunque poseas varias, detective. Tú eres un hombre que necesita perder para saber que ha tenido. Eres el amante de la intemperie. Todo el mundo busca los supuestos papeles en los que mi hijo pudo dejar con el culo al aire a los poderes del país. Tú solo buscas la verdad, por eso eres peligroso. Eres como mi Vladimir, un hombre a contracorriente. Y ahora llévame a casa, por favor. Y en la silla. Si lo haces, te regalaré el cuadro que elijas de mi casa. Claro que puedo andar, pero prefiero que aquí sigan pensando que soy una vieja puta y con dinero y no una puta vieja y sin amor que recordar. Llévame a casa, hombre sin hogar.

La ayudé a sentarse y empujé la silla cuesta arriba y sin hablar.

No me llevaría ningún cuadro como pago de sus confidencias.

No todavía.

15 / Dinosaurios

Solía ocurrirme.

Pero cada vez me ocurría menos, desde que Claudia murió.

Y sin embargo, volvió a ocurrirme al salir de aquel secadero de gente pudiente.

Eso.

Lo de ser al mismo tiempo dos Arreguis opuestos.

O como decía Claudia, dos extremos del mismo Arregui.

Uno capaz de retener y relacionar detalles y datos insignificantes hasta extremos desesperantes.

El otro apenas podía de articular dos palabras seguidas.

Me ocurría cuando un caso me absorbía especialmente e intuía que la solución era tan endiabladamente sencilla que por eso era tan compleja. Claudia decía que una parte de mí se iba de viaje astral, y la quedaba en tierra era muy torpe pero adorable.

Y que en parte, por esa dualidad, no se aburría de mí.

Hasta que se aburrió.

Quiero decir que yo sabía que bastaba con girar a la izquierda y seguir el camino para salir a la carretera.

Pero giré hacia la derecha.

Y me perdí por caminos irregulares flanqueados por ostentosos esqueletos de chalés a medio terminar desde hacía años.

«Dinosaurios», pensé.

Restos fósiles de un tiempo cercano y remoto en el que cada español se sentía un *brooker* de Wall Street y jugaba a la bolsa con sus ahorros.

A esos dinosaurios no los había exterminado un meteorito, sino la crisis.

Una colisión con la realidad más antigua desde que empezamos a cambiar tiempo por cosas: da igual lo bien que juegues, siempre gana la banca.

En eso iba pensado mi mente mermada, mientras el resto perseguía demasiadas pistas a la vez. Tantas que antes de caer en la cuenta de que me había equivocado de camino, descubrí que alguien me seguía.

Un coche de color vino tinto, robusto y con los cristales tintados.

Uno de esos coches caros que no están pensados para ir por caminos de tierra como el que tomé sin pensarlo.

Aceleré, para provocarlo.

Y me siguió sin esfuerzo.

Fuera quien fuera el que conducía, era bueno.

Y no temía ser descubierto.

Porque venía por mí.

Celebré la inminencia de un poco de acción.

La proximidad de de mi cincuenta cumpleaños me hacía sentir que yo también era un dinosaurio.

—¿Quieres guerra? —Pregunté en voz alta— La tendrás.

Toda mi torpeza se había evaporado de repente, suplantada por una coordinación de reflejos y pensamientos de la que me sentí estúpidamente orgulloso.

Con una mano giré para dirigirme dando un rodeo hacia un fósil de mansión especialmente grande, mientras mi pie apretaba más el acelerador y la mano derecha buscaba la automática en la guantera.

El coche de color vino me perdió en una curva y giré a la izquierda con violencia hasta quedar oculto por la estructura elevada de la mansión sin techo.

Bajé de mi coche casi en marcha.

Y corrí a toda velocidad para rodear la casa.

Y llegué desde atrás en el momento en que el coche color vino se detenía junto al mío.

Y apoyé la pistola en la ventanilla del conductor, a la altura de la cabeza que solo se veía en silueta.

Y el cristal bajó en silencio y mi perseguidor me miró a los ojos.

Llevaba gafas de narco, gorra de rapero, y una camisa hawaiana que ningún hawaiano se pondría por voluntad.

—¿Esa es manera de tratar a tu ayudante, Txema? —Preguntó Juanito, el Rey emérito de España— Tendré que cobrarte plus de peligrosidad.

—¿Me puede explicar qué pretende siguiéndome así? —Estallé.

—¡Ayudarte! ¿No es eso lo que hacen los ayudantes? Y aparta eso, que las armas se disparan solas cuando menos lo esperas.

—Si no lo sabe usted... —dije para mortificarlo mientras guardaba la automática en la chaqueta.

Él masculló un insulto sin demasiado enfado y bajó del coche. Sacó de una pitillera dos cigarrillos de aspecto exótico y me ofreció uno.

Olía de maravillas y sabía como el primer beso.

Es cierto que existe una vida mejor.

Y también que es más cara.

Fumamos apoyados en el costado de su coche.

—Le dije que me lo pensaría, Juan. Lo de darle trabajo.

—Lo sé, Txema. Pero te vi tan confuso, que me preocupé. Cuando uno empieza a hacerse mayor, evita asumirlo metiéndose en asuntos que le quedan grandes...

Cerré el puño y se lo mostré:

—¿Sabía que quemar una foto suya ya no es delito? De modo que si le rompo la nariz de un puñetazo, como mucho, me caerá una multa.

—Hazlo, si te apetece. Pero sabes que eso es lo que te está ocurriendo. O está a punto de ocurrirte.

No dije nada porque estaba en lo cierto.

O estaba a punto de estarlo.

—Sé que no debí seguirte, Txema.

—En eso tiene razón.

—Pero hoy, en tu despacho, tenías cara de alguien que quiere estar en otra parte, pero no sabe cuál. Y cuando estás así, te descuidas, Txema. Y que conste que yo no digo que el caso Latro te

quede grande, pero...

Pegué un salto en el sitio, pero volví a relajarme.

No servía de nada enfadarme con él.

Yo necesitaba saber.

—¿De dónde saca que estoy metido en ese asunto?

Suspiré mientras observaba los esqueletos de los edificios sin terminar salpicados por el verde.

De verdad parecían dinosaurios.

Inmensas bestias venidas a menos, de las que solo quedaba el armazón como testimonios de una grandeza marchita.

Como Juan.

Como yo.

—Sigo esperando una explicación —murmuré.

—Yo..., no sé cómo decirlo —empezó el rey—. Conozco a algunas personas que están pasando sus últimos años en ese complejo residencial...

—¿Viejas amistades?

—A mi edad ya no tienes amistades nuevas, Txema.

—Creí que me había dicho que yo era su amigo.

—Y lo eres, aunque te gusta negarlo. Pero nuevo, nuevo... Estás bastante gastado. Digamos que un par de antiguas... amigas, viven allí, y en alguna ocasión he venido a visitarlas. Por eso sabía que la madre de Latro Rapíñez es residente. Y no tuve más que sumar dos más dos. No soy tan mal detective como crees.

—Yo ya no creo en nada, Juan ¿Lo conoció? Al hijo, digo.

—Si te refieres a sí hice negocios con él, no. No quise. Y me importa un carajo que me creas o no.

Le creía. El rey siguió:

—Y no fue porque él no lo intentara. Buscó todas las formas de acercarse a mí, y hasta consiguió hacerse invitar a un par de cenas en palacio. Me llamó la atención su mirada. Era un tipo inteligente y muy contradictorio. Parecía un audaz emprendedor capaz acometer cualquier empresa, pero tenía mirada de animalillo acorralado. ¿Crees que se suicidó, o que lo suicidaron?

—Ya le he dicho que no creo en nada, Juan. Pero, como usted, me aburro. Así que aunque piense que me queda grande el caso, voy a seguir investigando.

—Y yo te ayudaré, Txema. Emérito no, todavía tengo contactos que pueden abrirnos muchas puertas.

A unos cincuenta metros, al borde de la curva, el coche negro se detuvo asomando el morro.

—La mejor ayuda es no seguirme a todas partes, Juan. La única opción que tengo de averiguar algo pasa por no llamar mucho la atención. Y con usted detrás de mí y sus guardaespaldas siguiéndolo, esto parecerá un desfile y no una investigación.

—¿Qué dices? Yo he despistado a mi escolta hace horas, y no hay forma de localizarme.

—Pues lo han hecho —dije apuntando con la barbilla hacia el coche.

—¡Eso es totalmente imposible, Txema! —Se indignó el rey.

Entonces lo supe.

No se trata de intuición, ni de ningún sentido extra que se adquiriera con los años de oficio.

Es parte del mismo oficio.

Un detective detecta.

Todo el tiempo.

Suma indicios.

Descarta posibilidades.

Enumera los hechos

Un hecho: Si Juan estaba seguro de que había dado esquinazo a su escolta, yo también lo estaba. Era demasiado bueno conduciendo y llevaba media vida despistando a sus guardaespaldas.

Otro hecho: el lugar en que estábamos era el final del camino y no llevaba a ninguna parte.

Por lo tanto, ese coche no estaba de paso.

No se había perdido.

Nos había seguido.

Había intentado esconderse, pero no del todo.

Lo suficiente como para llamar mi atención el tiempo necesario para hacer algo similar a lo que yo había hecho un rato antes.

Dar un rodeo.

Y aparecer por el otro lado.

Miré en la dirección contraria y no vi nada más que árboles y arbustos muy altos.

Comprendí.

—¡Seré gilipollas! —Grité mientras empujaba al rey sobre un montón de arena un segundo antes de que la bala impactara contra el costado del coche.

Volvieron a disparar y esta vez la bala aulló a un metro de nosotros.

Hice girar a Juan para que la arena nos sirviera de parapeto y empecé a disparar con mi automática

No respondieron a mis disparos.

El rey quiso asomarse pero no se lo permití. Podía ser el truco más viejo del mundo para hacer que saliéramos al descubierto.

Aunque también podía ser...

Escuchamos el sonido de motor del coche negro al retroceder a toda toda velocidad.

—¿Los seguimos? — Pregunto Juan.

—No. Quizás es lo que quieren que hagamos y caemos en una emboscada.

—¡Pero han intentado matarnos, Txema!

Estudí los impactos de bala en su coche,

—No. Solo fue un aviso.

El rey palideció.

—¿Crees que otra vez...?

—¿Que otra vez quieren matarlo? Con la pinta que lleva no lo reconocería ni su mujer. Además, no se lo tome a mal, Juan. Pero usted ya no es tan importante. Venían por mí.

Eso pareció ofenderlo más que aliviarlo.

—¿Y tú si eres importante? ¡Ah, ya caigo! El caso Latro, ¿verdad?

—Supongo. A alguien no le ha hecho gracia que empezara a preguntar y me ha dado un susto para que abandone el caso,

El rey empezó a reír y no podía parar.

—¿Y creen que por un par de disparos tú vas a tirar la toalla? Está claro que esa gente no te conoce ni sabe lo cabezota que es Txema Arregui.

Lo convencí de que era mejor que yo me fuera antes, por si había alguien esperando en alguna curva.

También aceptó conectar el GPS y esperar en el lugar la llegada de su escolta.

A cambio, prometí solemnemente considerar darle trabajo como mi ayudante.

Mientras me alejaba, lo vi por el retrovisor y me dije que, aunque lo negara, me importaba ese viejo niño.

Y también que había acertado en lo relacionado con el ataque.

Quien lo había ordenado, no me conocía en absoluto.

O me conocía demasiado.

Es curioso lo que el tiempo llega a decirte cuando lo miras pasar.

Aquí, mi sombra, lenta, avanza como un caracol que no tiene prisas, porque sabe que llegará.

Aquí, en una hora cabe una vida, o por lo menos los errores y algún acierto de la última semana.

Y por eso te lo cuento, aunque seguramente ya lo sepas casi todo.

En algún libro leí (o acaso estuve a punto de escribir, cuando creía que escribiendo me curaría), que los muertos nos ven a los vivos por la tele, como si fuéramos cutres concursantes de lo que erróneamente llaman en Francia télérealité, cuando es todo lo contrario de la realidad.

Si eso es así, te habrás reído como loca viendo mi deambular y mis tropiezos.

Mi programa será una telecomedia barata y olvidable, de esas que ponen antes de la teletienda.

Pero es mía, y sigo empeñado en dirigirla.

Así me va.

Ha pasado solo una hora y mi sombra se asoma apenas, como si el sol la desenrollara de mi cuerpo con pereza.

Pero avanza.

Inexorable.

Tarde o temprano, como yo suelo llegar, y aunque no me esperes, mi sombra te alcanzará.

Y entonces todo estará claro entre nosotros.

Para siempre.

13/ Leonard Cohen y canto tirolés

El dolor anestesia el instinto o lo agudiza. Al mío lo mantuvo dormido durante varios días.

El caso Latro parecía estancado y yo no hacía más que pensar en el viaje que nunca hice con Claudia.

Tocaba esperar que el primitivo método de Jesús del Reino diera sus resultados.

O que alguien volviera a dispararme.

Juan me llamaba a diario para preguntarme por el empleo, y mi padre había vuelto a su pétreo silencio.

En cuanto a mí, había logrado esquivar a la chica del pelo verde un poco por casualidad y otro poco gracias al entrenamiento de mis años como policía. Cuando te has pasado media vida en misiones especiales o encubiertas, no solo aprendes a disfrazarte: intuyes de qué lado puede venir el peligro y lo previenes.

Pero el viernes yo cumplía cincuenta años, y más que las reflexiones sobre el paso del tiempo, más que los avisperos de poder que podía alborotar investigando la muerte de Latro, me asustaba la obligatoria celebración a mediodía que me habían impuesto Max y Mariana.

La comida estaría bien, aunque no sería una sorpresa.

Todo el mundo, cuando me invita a comer, me lleva al Asador Donostiarra, como si por el hecho de haber nacido en San Sebastián no pudiera disfrutar de otras gastronomías regionales.

He perdido la cuenta de los años que llevo en Madrid, pero en cuanto la gente escucha mi apellido, enseguida saca a colación algo que tenga que ver con Euskadi y creo que no me preguntan si no soy *aizkolari* y me dedico a partir troncos a hachazos en los ratos libres porque mi gesto los detiene. Es como si cada argentino estuviera obligado a saber bailar el tango.

Lo que me preocupaba, además de los regalos que no me hacían ninguna falta, era el sermón en estéreo que la parejita me dedicaría a los postres, recomendándome que me dejara de ligueos con muchachitas y amantes ocasionales, que me abriera a la inigualable experiencia del amor y todo el largo etcétera que ya conocía de memoria.

Así que la chica del pelo verde me pilló desprevenido, a punto de entrar en el portal del edificio donde están las oficinas de Arregui & Legrand Investigaciones.

Antes de que ella pudiera abrir la boca, corrí escaleras arriba, en busca del refugio de mi despacho.

Soy rápido y me mantengo en forma, pero me sorprendió la velocidad que ella podía desarrollar sobre esos tacones.

Me alcanzó en la puerta de la agencia.

—Solo serán unos minutos, señor Arregui —suplicó—. Estoy dispuesta a todo, con tal de que me ayude.

El tono con que lo dijo fue sobreactuado, pero su mirada me asustó, porque era cierto.

La hice pasar y sin mirar a Mariana, la guié hasta el despacho.

Detrás de mi mesa me sentí más confiado.

Ella se quedó de pie.

—Tendrá que disculparme, señorita, pero en este momento no podemos aceptar nuevos clientes, todos nuestros colaboradores están...

—¡No quiero colaboradores, lo quiero a usted! —Estalló dando una patadita al suelo, pero se arrepintió y me dijo con aire confidencial—: Además, vengo recomendada...

—¿Ah, sí? ¿Y quién le ha hablado de nuestra agencia? —Pregunté sin necesidad, porque ya lo sabía.

—El comisario Bermúdez.

Mi cuñado.

Suele mandarme clientes, como si nos hicieran falta, y también me envía a gente rara que quiere quitarse de encima.

—Seguro que usted resuelve el caso en unos minutos, pero para mí es asunto de vida o muerte —insistió ella—. ¡Han secuestrado a mi pequeña Patty y solo tiene seis meses!

—Entonces es algo que debe llevar la policía, señorita...

—Dalia. Dalia Aguilar.

Recordé lo que dice ese casi amigo mío, borracho con clase aunque nunca sepas qué clase de borracho es. El Poe, al que llaman así porque es medio poeta y medio cabronazo, después del tercer bourbon te confiesa que «las mujeres con nombre de flor, suelen resultar fatales».

Ella se removió bajo el vinilo color sangre y supe que para mí siempre sería la Dalia Roja.

Estalló en sollozos.

—¡La policía dice que no puede hacer nada y me enviaron a verlo a usted! Y, como le dije, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa...

Se enderezó y las curvas tenues pero bien dibujadas de su cuerpo se adaptaron al vinilo de la cortísima gabardina.

Siempre he sentido debilidad por las flacas curvilíneas de piernas largas.

De pronto imaginé que debajo de esa capa roja de plástico dócil, no llevaba nada.

¿Una broma de cuñado por mi cumpleaños?

No parecía probable.

Por muy comisario Bermúdez que sea, Paco sabe que no tengo muy buen genio. Su rota nariz de boxeador se lo recuerda cada mañana al afeitarse, desde hace años.

No.

Paco no se atrevería a mandarme una estríper disfrazada de clienta extravagante.

¿O sí?

Ella buscó en su bolso, sacó un par de zapatos y un gran altavoz portátil con su iPhone de última generación encajado en la ranura y lo colocó sobre la mesa.

Se cambió el calzado con pericia y presionó la pantalla del iPhone.

De los altavoces brotaron los primeros acordes de *Dance me to the end of love*, de Leonard Cohen.

Retrocedió hasta el centro del despacho para ofrecerme una vista más completa y tiró del cinturón rojo de vinilo.

Me avergüenza admitirlo, pero cerré los ojos, por si estaba desnuda

Me hizo abrirlos un sonido inesperado, fundido con la voz honda de Cohen que desgranaba su «Dance me to your beauty with a burning violin».

En el centro del despacho, la chica del pelo verde bailaba claqué, vestida con un minúsculo

pantaloncito verde de tirantes y una camisa blanca.

—«Lift me like an olive branch and be my homeward dove» —rogaba Leonard cuando ella se acercó sin dejar de zapatear y sacó algo de su bolso.

Era un diminuto acordeón, que comenzó a tocar al ritmo de la canción y, extrañamente, no desentonaba.

Me dejé llevar por el asombro durante unos segundos.

Pero cuando la canción llegaba a lo de «Show me slowly what I only know the limits of» y ella empezó a cantar en tirolés...

Fue demasiado.

Apagué el aparato de un manotazo.

—Usted gana. Cuénteme el caso, pero vuelva a vestirse, por favor.

—Mejor se lo explico sobre el terreno —propuso mientras se ceñía la gabardina, y yo no podía evitar lamentarlo.

No era necesariamente guapa, pero tenía algo especial.

«Como todas las dementes», me dije.

—No comprendo. Creí que tenía urgencia, que era asunto de...

—De vida o muerte —completó—. Y así es. Pero seguro que usted lo soluciona enseguida. ¿Le va bien a las nueve, esta noche?

Me apuntó un número de teléfono y una dirección en un trozo de papel reciclado y le pedí que incluyera su nombre.

Seguro que Nemo, mi hacker privado, podría averiguar algo sobre ella.

Antes de salir me miró con sus ojos profundos y alucinados y me dijo:

—No me falle, señor Arregui. O volveré con mi número de Elvis fusionado con salsa y canto gregoriano —sonrió con inocencia—. Y tenga cuidado al andar por el despacho, con esos pies tan grandes: en el rincón, junto a la ventana, hay una hormiga. No la pise, por favor. Son una excelente compañía para alguien tan solo como usted.

Y se fue.

Y yo me quedé pensando en que tenía que ir al chino de la esquina para comprar pan y azúcar y me pregunté qué nombre debía ponerle a la hormiga.

Salí sin mirar a Mariana, y por el camino decidí llamarla *Soledad*.

14/ Un harén de una sola mujer

Uno de los regalos de Legrand y Mariana fue desconcertante.

El otro, previsible y excesivo.

Me extrañó que insistieran en que fuéramos al asador en mi coche, ya que según mi socio, conduzco por Madrid como un ciego que se ha peleado con su perro.

Y tiene razón.

En carretera, y durante una persecución (o una huida, que de todo toca en mi oficio), mi pulso no tiembla y el coche es un miembro más de mi cuerpo. Pero en la ciudad no puedo evitar sentirme tan desamparado como la hormiga *Soledad* en una manifestación del signo político que sea: por lógica, has de colisionar con alguien.

Mientras caminábamos hacia el parking, evité preguntarle a Mariana por la Dalia Roja. Aunque nuestra secretaria es más del tipo neohippy que del inclasificable estilo de la chica de pelo verde, estaba seguro de que se conocían de alguna ONG o algo parecido.

Apostaría mi mano izquierda.

Y soy zurdo.

Cuando llegamos al coche, supe que el regalo estaba dentro por la cara de expectación de la parejita.

Y estaba.

Vaya si estaba.

Pequeño y compacto, pero destacando sobre el salpicadero como si fuera una bola de espejos de una discoteca desfasada, el GPS me miraba desde su pantalla.

—Bastaría con una aplicación en tu nuevo móvil —dijo Max—, pero seguro que nunca la usarías. Y hablando de tu móvil, ¿dónde está? Acabo de ver que llevas el Nokia jurásico de siempre.

—Yo... ¡Se me cayó al váter el martes! —improvisé.

—Hábermelo dicho... Bueno, como te conozco, lo contraté con seguro total, así que mañana te darán uno nuevo.

Dudé que el seguro cubriera el uso del móvil como cachiporra.

—En fin, ahora no tendrás excusa —dijo Legrand mientras encendía el aparato y marcaba la dirección del Asador Donostiarra—, para llegar tarde a las reuniones con clientes que te caen mal porque te has perdido.

—No es mi culpa que los alcaldes de Madrid lleven décadas cavando en busca del oro de Moscú —me defendí automáticamente.

Y luego no sé qué dije.

Porque el GPS me había saludado con voz de mujer, sedosa y al mismo tiempo imperativa.

Una voz que, por absurdo que suene, me resultaba conocida.

Durante el resto del trayecto seguí como pude la conversación de Legrand sobre clientes y empleados, porque cada vez que la voz mecánica pronunciaba una frase, yo sufría un conato de erección.

No reconocía esa voz.

Pero mi cuerpo, sí.

No comenté nada con mis acompañantes, desde luego.

Solo me faltaba aguantar sus bromas sobre los desaparejos efectos que estaban provocando en mí los cincuenta años.

Le pregunté a Legrand si se podía cambiar la voz, y me explicó cómo y se ofreció para hacerlo en el momento.

Le dije que luego.

Mejor luego.

A los postres llegó el sermón.

Mariana se ausentó con la excusa de hablar por el móvil, aunque en el local había una excelente cobertura, y Legrand me extendió un sobre con el segundo regalo.

Era una estancia de una semana para dos personas en un spa de lujo en Italia, promocionado como el más romántico de Europa.

—Utilízalo con alguien que te importe —me pidió antes de entrar en materia—. Sabes que no me gusta meterme en tu vida, Txema...

—Sigue sin hacerlo, Max. Las buenas costumbres son las mejores.

—No te burles de mí. Nos preocupas.

El plural que incluía a Mariana, en lugar de molestarme, me enterneció.

Encendí un cigarrillo sin recordar la ley antitabaco y fruncí el ceño.

Tanto, que el camarero que venía a regañarme, cambió de idea y giró sobre sus talones.

—No es por la empresa, que todavía vamos bien, aunque un día, pronto, tenemos que hablar de eso. Los tiempos cambian y debemos estar a la altura, Txema —siguió Legrand—. Nos preocupas tú. Desde hace meses estás disperso, lejos de todos y de ti mismo. No dejas que nada te toque y solo aceptas los casos más raros, como una excusa para no pararte a pensar.

Estuve a punto de hablarle de la chica del pelo verde y de mi inminente intervención en un caso de secuestro o algo parecido, pero cambié de idea y tomé por el camino del contrataque.

—¿Qué sugieres, Max, que me enamore de una veinteañera con rastas? Eso tiene solución: contratamos a otra secretaria y asunto arreglado.

Cerró los puños y yo me puse en tensión.

Máximo Legrand apenas supera el metro y medio de estatura, pero es uno de los pocos tíos con los que preferiría no enfrentarme en una pelea.

No ha olvidado los trucos de supervivencia aprendidos durante su infancia huérfana en los bajos fondos de Barcelona y si tuviera que usar una palabra para definir su manera de pelear, la palabra sería «letal».

Suspiró y me miró con algo parecido a la compasión.

—Cuando te conocí, querías ser el policía perfecto, Arregui. Atento a tu propio código y sin precio a la vista. Cuando montamos la agencia, te vi buscar el perfil del perfecto detective de novela, más interesado por la verdad que por la justicia oficial. Siempre has buscado la perfección, Txema, y al fin has logrado ser un perfecto gilipollas. Pero eres mi amigo y me preocupas.

Se puso de pie y me abrazó como nunca había hecho en los casi veinte años de nuestra extraña amistad.

Respondí al abrazo, y el camarero de antes pasó de largo procurando no mirarnos.

Legrand y Mariana se quedaron en la zona porque tenían que discutir algo con el proveedor informático de la agencia.

Así que volví solo.

Guardé en la guantera el espléndido regalo de una semana en el paraíso que no tenía con quien compartir y traté de no pensar en nada.

Durante el camino de regreso, mientras el GPS me indicaba que debía ir más rápido o más despacio, recordé por qué esa voz me alteraba tanto el pulso y el sexo.

No tuve la menor duda.

Era la voz de Claudia.

Una de sus voces.

Entre sus muchos trabajos como locutora de radio y actriz de doblaje, un par de años antes de morir, le ofrecieron grabar miles de locuciones para un GPS de alta gama.

Recordé cómo ensayó durante semanas —,en la cama y conmigo— las diferentes voces que hacían que Claudia fuera un harén de una sola mujer, y que juntos elegimos esa, entre autoritaria y sexy.

También recordé su enfado al descubrir que había firmado un contrato basura y que sus locuciones podían ser vendidas una y otra vez sin que ella cobrara o tuviera decisión sobre el uso de ese material.

—«Reduzca la velocidad» —me ordenó, enérgica, su voz.

—Lo siento, mi amor —contesté achispado por el vino y la sorpresa de ultratumba—. Para decidir sobre mi vida, no tendrías que haberte dejado matar.

Y apreté el acelerador.

15/ Con flores o sonrisas

Ya en casa, me serví un bourbon con dos hielos que favoreciera la siesta y comprobé mi correo electrónico.

Decidí no regañar a Nemo.

Seguía siendo el mejor para dar vuelta al bolsillo de la red y sacar de él hasta la más pequeña pelusa de información.

Y pese a ello, no había mucho que averiguar sobre la Dalia Roja.

Dalia Aguilar.

Veintinueve años.

Hija de una familia muy acomodada a la que la crisis no había logrado desacomodar del todo.

Varias carreras comenzadas y ninguna terminada. Había vivido un año en la India e incursionado en todas las variedades de las terapias alternativas, además de formar parte de la plantilla de una ONG.

Su ocupación más reciente era dirigir su propio centro de Musicoterapia de Fusión Liberadora (MFL), una técnica de la que yo había tenido una muestra en mi despacho.

El archivo hablaba de una hermana, Rosa, de una madre delicada de salud y de un padre empresario muerto antes de ver cómo la polca de la especulación bailaba sin recato sobre sus sueños de perpetrarse en un imperio comercial.

No decía nada de una hija de Dalia.

Con respecto al lugar de reunión, quedaba muy cerca de su domicilio legal, en una zona próxima al aeropuerto, sembrada de chalés, que limitaba con un poblado gitano y lo que quiso ser un pueblo de servicios a la sombra de los vecinos ricachones.

Minucioso como siempre, Nemo se había extendido en detallar el entorno. Mientras leía, de los folios saltó un nombre y unos apellidos que me recordaron mis tiempos de policía confiado en la Ley.

Consideré no acudir a la cita.

Pero la Dalia Roja volvería, a saber con qué absurdo baile.

Además, todo sería un malentendido, una pelea con su pareja o algo por el estilo.

Si lo del secuestro hubiera sido cierto, Paco no la habría mandado a verme.

Me dormí con el eco de la voz del GPS cantando a coro en mi cabeza con Leonard Cohen algo sobre bailar hasta el fin del amor.

Soñé con el viaje de nuestra vida que soñamos Claudia y yo. Tuvimos muchas oportunidades de hacerlo, pero lo fui dejando para luego. Como mi padre.

El plan era tomarnos un año sabático. Ella era *free lance* y mis superiores en Jefatura me lo hubieran gestionado encantados, con tal de librarse de mi mal genio y el reguero de narices rotas que iba dejando entre tíos que confundían ser policías con tener licencia para pisotear ciudadanos.

Un año recorriendo Europa en auto-caravana, parando un día o un mes en cualquier sitio que

nos pareciera bello o divertido.

Ningún recorrido prefijado, salvo las ganas de tenernos y mirar los paisajes al mirarnos.

Pudimos haberlo hecho.

Pude haber cumplido ese sueño de Claudia y hacerlo nuestro.

Pero estaba demasiado ocupado en creer que teníamos tiempo de sobra, mientras el tiempo, en la penumbra, afilaba su guadaña y sonreía.

Cuando desperté, durante unos instantes, sentí que seguía tumbado en la cama de la autocaravana y que Claudia volvería de un momento a otro, con flores o sonrisas.

Lo curioso fue que por las ventanas redondeadas, no se veía ningún paisaje europeo, sino las cataratas del Iguazú, en la Argentina.

Mientras volvía a dormirme, me dije que a fuerza de incumplir los viajes de nuestra vida, los Arregui acabábamos confundiéndonos.

16/ Pequeñas y grandes muertes

Un célebre francés dado al lenguaje poético dijo que el momento después del orgasmo es la *petit mort*. Yo, desde hace años, creo que la pequeña muerte es la siesta.

Cuando duermes de noche, es porque el cuerpo se ha quedado sin gasolina, porque el sueño promete sueños, o sencillamente para que la semana pase de página.

Cuando duermes la siesta, estás haciendo trampa, escondiendo la mente de avestruz en el agujero de un refugio inseguro.

Y pese a pensar de ese modo, o acaso por eso, hago siestas con frecuencia.

De aquella pequeña muerte salí para toparme con otras más grandes.

El sonido del teléfono fijo me sacudió la baba de la autocompasión y atendí de inmediato.

—Dime, aita.

—Soy Max, Txema. Solo quería decirte que lo siento. Sé que, a su manera, era tu amigo. Y da igual lo que dijeran de él, nadie merece ser asesinado con tanta crueldad. Te conozco, y en estos casos prefieres estar solo, pero si nos necesitas, cuenta con Mariana y conmigo.

—Yo...

—Y por favor, no vengas esta tarde al despacho, Txema. No hay mucho trabajo y así descansas un poco.

Colgó sin poder preguntarle quién había muerto.

Me senté en la cama de un salto.

¿Y si me había equivocado y en realidad esos disparos sí fueron contra Juan?

Encendí la tele y esperé como un idiota hasta que recordé que había desconectado la antena hacía meses.

Eché de menos el teléfono moderno y con internet, que me hubiera permitido acceder de inmediato a la información, y me mordí los labios con impaciencia mientras arrancaba mi portátil y buscaba la página de algún diario.

La noticia abriría la edición en grandes titulares.

Pero no había nada nuevo.

Nada sobre un rey emérito asesinado con crueldad.

Seguí buscando, extrañado y aliviado a la vez.

Un asunto que eran dos asuntos.

Encontré la breve noticia en la sección de local de Madrid, en el apartado de sucesos.

Apenas tres párrafos debajo de una foto que evité mirar, en los que se daba cuenta de un «macabro hallazgo» efectuado por la policía horas antes en una tasca cercana a la Plaza Mayor.

Según el periodista, el establecimiento, conocido como “El corazón de Jesús”, no había dejado de abrir nunca en más de treinta años.

Por eso, la mujer que realizaba la limpieza se extrañó de hallarlo cerrado el miércoles, pero no usó su llave para abrir porque «Don Jesús era muy suyo y no le gustaba que estuviera sola en el local».

Pero al no poder contactar con su jefe durante varios días, convenció a una patrulla de la

policía para que la acompañara.

Al entrar en la taberna, se encontraron ante «un dantesco espectáculo».

El propietario, Jesús del Reino Martínez, de 64 años, y el cocinero, Magdaleno Jaramillo, de 57, yacían sin vida en el suelo del local, por el que «parecía haber pasado un huracán».

No pude dejar de tomar nota de las edades.

Tanto Jesús como el mulato parecían diez años más jóvenes.

«Quizás el amor es la jodida fuente de la juventud», me dije.

Y seguí leyendo para no gritar.

Ambos habrían sido asesinados a golpes y se desconocían las causas «del despiadado ataque».

No se desconocían.

Yo las conocía.

Habían muerto por mi culpa.

Seguí leyendo y se me revolvió el estómago.

A falta de hipótesis oficiales, el periodista ofrecía dos, «procedentes de fuentes cercanas a la investigación», o lo que es lo mismo, lo que la policía creía o quería que se creyese.

La primera hipótesis hablaba de un intento de robo fallido.

El local estaba devastado, como si los atacantes hubieran buscado algo concreto, quizás una importante suma de dinero.

Yo sabía lo que buscaban. Pero no sabía si lo habían hallado.

La otra conjetura hizo que la bilis me llegara a la garganta.

No se descartaba «un crimen pasional» como móvil del doble crimen.

Había salido a la luz el reciente y secreto matrimonio entre el dueño de la tasca y el cocinero, siendo el último originario de Colombia.

No pude soportarlo más y corrí al baño para vomitar todo el asco que me inundaba.

Asco de país capaz de todo con tal de que nada cambiara.

Asco de periodismo hecho de retales cosidos con tópicos y más tópicos.

Asco de policía que se limitaría a investigar según sus prejuicios, o a tapar cualquier rastro del verdadero motivo de esas muertes.

Asco de mí.

Sobre todo de mí.

Por miedo a la edad, por aburrimiento, y por seguir jugando a que seguía siendo el rey de algo, había guiado a la muerte hasta una pareja que se quería y llevaba haciéndolo desde hacía años.

Iban a marcharse lejos para empezar a vivir.

Acababan de casarse.

Me pregunté si en la ceremonia del matrimonio civil se incluía la típica frase «hasta que la muerte los separe».

Y seguí vomitando.

17/ Mejor, el de acero

La gente que no me conoce pero cree que sí, sostiene que tengo mal carácter y que me cuesta controlar mi ira.

Se equivocan.

A medias.

Es cierto que tengo mal genio, aunque Claudia afirmaba que sólo era una coraza para ocultar mi timidez.

Pero en cuanto a la ira, sé frenarla.

Cuanto más furioso estoy, más tranquilo parezco.

Y esa tarde parecía demasiado tranquilo.

Fui dando un paseo hasta el centro comercial más cercano.

Lo bueno de vivir en La Latina, es que al doblar una esquina dejas el plácido aire de barrio y desembocas en el centro.

De camino, pasé cerca de “El corazón de Jesús”.

La puerta estaba clausurada por esa cinta policial que suele envolver el regalo de la muerte, y un agente joven y envarado montaba guardia.

Me dolió un poco comprobar que entre la tasca del pobre Jesús y mi casa, no había más de trescientos metros de distancia.

Y pese a ello, solo me había dignado a visitarlo cuando quería información.

Quizás si me hubiera dejado caer de vez en cuando por allí, sin más objetivo que un buen plato de gambas y un poco de conversación, sabría más cosas sobre él, y me sentiría menos culpable.

«O igual de culpable, pero con más motivos», me dije.

En el centro comercial busqué la zona de telefonía y pregunté por el teléfono más caro y moderno.

Pagaría con mi tarjeta personal y no con la de la empresa. Así me ahorraría las quejas de Legrand por no haber esperado a que me dieran el terminal de recambio del seguro.

El dependiente me ofreció dos modelos a elegir.

Parecían joyas u objetos extraterrestres.

Le pregunté por la diferencia entre uno y otro.

—Son prácticamente idénticos —contestó—. Solo que este tiene la parte trasera de cristal templado, y la de este es de acero.

—Mejor el de acero. Nunca sabes cuándo vas a tener una discusión de tráfico.

Él me miró sin comprender, pero sonrió como le habían enseñado.

Volví a mi barrio dando un paseo. Si alguien me estuviera vigilando (y no descartaba que así fuera), solo vería a un Arregui despreocupado, casi lento.

Y eso era lo que quería.

Busqué la cafetería que hace esquina en las calles Latoneros y Cuchilleros. Allí hacen un café excelente, y en la terraza sobre la que da la sombra, siempre hay mesa libre. Los turistas quieren sol español en vena.

Me tomé dos cortados mientras configuraba mi nuevo móvil.

Tardé casi una hora, aunque podría haberlo hecho en menos tiempo. Finjo ser más torpe en asuntos tecnológicos de lo que soy en realidad. Pero necesitaba ese tiempo para controlar si llegaba alguien a la escena del crimen.

“El corazón de Jesús” está en la acera de enfrente de la cafetería, unos veinte metros hacia la Plaza Mayor.

Pero solo estaba el joven agente uniformado y tieso ante la puerta.

Llamé a Nemo y le conté mi suposición.

Me dijo lo que debía hacer.

Saqué de mi cartera la tarjeta con el número directo que me había dado el Súper y marqué.

Atendió de inmediato.

—¿Alguna novedad, Arregui?

—Demasiadas. ¿Es una línea segura?

—Por supuesto —se ofendió— ¿Tienes algo que contarme?

—Han matado a Jesús del Reino.

—¿Es alguna especie de broma religiosa? —Se ofuscó el Súper.

—Ninguna broma. Acabo de enviarte un enlace por WhatsApp. Cuando leas la noticia, me llamas.

Y colgué.

Llamó minuto y medio más tarde.

—Es horrible. Ahora recuerdo quién era el tipo.

Sonaba sincero. Cuando te pasas tantos años en las alturas de los despachos, tiendes a olvidar a los que viven a ras del suelo.

Carraspeó antes de preguntar, preocupado:

—¿Esas muertes están relacionadas con tu... investigación?

—No. En absoluto —le mentí.

—¿Entonces, para qué me llamas?

—Para que me hagas un favor, ya que ahora somos tan amigos. Quiero visitar la escena del crimen. Solo. Y acceso a las notas de la autopsia.

—¿Y por qué piensas que vulneraré todos los procedimientos de una investigación?

—Porque me debes una, Súper.

—Aún no te debo nada. Y deja de llamarme así, que ya no somos unos críos, Txema. Además, todo esto huele a un asunto personal, y lo menos que puedo pedirte es que te dediques en exclusiva a lo que te encargué. Tengo a la prensa encima, el ministro me llama diez veces por día...

—El lunes —lo corté.

—¿Qué pasa el lunes?

—Que podré darte una respuesta definitiva.

Silencio. Pensé que se había quedado sin aire.

—¿Tanto has avanzado? —Preguntó al cabo de un momento.

—Lo suficiente como para que alguien me dispare con un rifle de competición. Dos veces. Fue después de interrogar a la madre de Latro.

—¿Estás... herido?

Me conmovió su preocupación. Solo un poco.

—No dispararon a dar. Querrían asustarme para que deje el caso.

Empezó a reír y, como al rey, le costaba dejar de hacerlo.

—¿Dejar el caso, tú? Se ve que no te conocen...

—Cuando dejes de divertirme, por favor, haz las llamadas para que me dejen entrar a “El corazón de Jesús”. En veinte minutos. Si pueden ser diez, mejor.

Comprendió,

—¡Qué cabrón, ya estás por la zona! ¿Por qué tanta prisa?

—Es que esta noche tengo una cita —dije antes de colgar.

Y tras hacerlo, me pregunté por qué había dicho esta estupidez.

El agente se cuadró cuando le dije mi nombre y pensé que lo habría llamado el Súper en persona. Me franqueó el paso y le pedí que siguiera de guardia para que nadie me molestara.

—Yo... Ya sé que tengo órdenes, señor —Se excusó—. Pero me puede la curiosidad. Me han dicho que es usted un experto. ¿Cuál es su especialidad?

—Investigación paranormal —dije sin dudar—. Soy asesor psíquico de la policía. Por favor, que nadie me interrumpa.

Y le cerré la puerta en la cara.

Giré lentamente.

Y por un instante, creí en mi propia mentira.

Porque aunque habían retirado los cuerpos, me pareció ser testigo fantasmal de sus muertes. Me paré en el centro del local y estudié el desastre.

Todo estaba revuelto o roto.

Manchas de sangre.

Brutalidad metódica.

Quien lo había hecho, disfrutaba al hacerlo.

Eso es un error.

Los tipos así se ponen cachondos mientras matan.

Y el placer siempre distrae.

Estudié todo sin tocar nada.

Luego fui al almacén y encontré lo que buscaba.

Una escalera de mano.

Con ella llegué hasta una de las dos figuras de santos que me parecieron nuevas en mi visita anterior.

Desenrosqué la estatuilla para sacar del interior la micro-cámara.

Repetí la operación con el santo “nuevo” de la esquina opuesta.

Estudié las cámaras inalámbricas.

Llamé a Nemo y le di la información que pidió sobre números y modelos. También me hizo localizar el *router* del wifi del local, fotografiar y enviarle la imagen de la etiqueta de la parte

trasera con los datos de la conexión, y cuando le pregunté si podría conseguir lo que yo necesitaba, se ofendió.

—¡Desde luego madero! Aunque llevará por lo menos un día o dos.

—No importa, Nemo. Mis amigos ya no tienen prisa.

Estaba por marcharme, cuando me acordé.

Pasé al otro lado de la barra y fui hasta el mosaico con la imagen de Jesucristo.

Presioné con suavidad sobre el corazón y se abrió la pequeña puerta.

Dentro estaba la libreta negra.

Entusiasmados con su festival de violencia, los asesinos no pudieron encontrar lo que buscaban.

Abrí la libreta de los secretos mejor guardados de Madrid y fui pasando las hojas.

Estaban en blanco.

Ni textos en código ni palabras en arameo.

Jesús Guardaba los encargos en su memoria, y habría inventado lo de la famosa libreta como una especie de broma.

Una broma mortal.

La guardé en mi chaqueta y salí a la calle.

El joven agente quería contenerse pero no podía.

—¿Ha podido... contactar, señor? Me pareció escuchar que hablaba con alguien. ¿Eran espíritus?

—Santos —le dije—. Nada escapa a la mirada de los santos.

Y me fui.

18/ La luna aprueba

Llegué demasiado temprano al lugar de la cita con Dalia, como siempre que no llego demasiado tarde. Y aproveché que estaba oscureciendo para reconocer la zona.

Cuando aceptas un encargo estrafalario de una clienta seguramente desquiciada y en un barrio que no conoces, no está de más estudiar las vías de escape.

El informe de Nemo era exacto.

La zona está dividida en tres por accidentes geográficos y sociológicos. La parte más vasta, una tenue ladera salpicada por dos docenas de chalés, ocupa la mayor extensión.

Hace veinte o veinticinco años, alguien pensó que sería el sitio de residencia ideal para los nuevos privilegiados de una España que empezaba a creerse Europa.

Luego, los rumores de ampliación del aeropuerto frenaron la idea y la reciente crisis había hecho el resto. Algunos de los chalés se veían descuidados; otros, como el de la familia de Dalia, mantenían cierto aire orgulloso, pese a que estaba claro que no volverían a ser lo que acaso nunca fueron.

A unos ciento cincuenta metros, y separado por un barranco, un poblado gitano bastante pulcro recordaba que sus moradores estaban allí desde mucho antes y allí seguirían mucho después de que los chalés acabaran de desmoronarse.

Y al otro extremo, al final de una pendiente que parecía indicar que allí acabarían los desperdicios de los otros dos barrios, media docena de calles que una vez soñaron con ser un pueblo próspero, habitado por proveedores y empleados de los chalés.

Ahí estaba el lugar de encuentro marcado por la Dalia Roja, pero cuando el GPS me dijo que había llegado a destino, temí que fuera una alegoría de mi vida.

Allí no había casa alguna, solo un solar vacío, ocupado por altos matorrales. Pasé de largo con el coche, convencido durante unos cientos de metros de que era una broma que le ahorraría a mi cuñado un buen dinero en cirugía estética cuando le enderezara la nariz de otro puñetazo.

Pero cuando ya buscaba la carretera para volver a Madrid comprendí que no podía ser una broma: los datos de Dalia eran reales, Nemo los había comprobado. Y Nemo no falla.

Tuve una intuición tan absurda que solo podía ser acertada, así que volví a entrar en el boceto de pueblo, pero dejé el coche a dos calles del solar abandonado y me felicité, una vez más, por no seguir los consejos de Mariana, empeñada en cambiar mi look para vestir.

Con el vaquero negro, la camisa del mismo color, y caminando pegado a los muros, era muy difícil verme.

Me detuve metros antes de la esquina del solar de la cita.

Y escuché.

Nada.

Podría haberme deslizado hasta el extremo y colarme en el terreno plagado de malezas sin que nadie me viera, pero acababa de cumplir los cincuenta, necesitaba sentirme activo y no pensar en Jesús y ni en Magdaleno.

Así que encajé el pie derecho en un saliente entre dos ladrillos, me aferré al borde del muro y

balanceé el cuerpo hasta saltarlo limpiamente.

La idea era caer con las piernas flexionadas sobre el suelo al otro lado, como los ninjas de las películas, como yo mismo solía hacer no hacía tanto.

Pero no contaba con la superficie irregular y plagada de cascotes.

Mi pie izquierdo pisó en uno al caer y se torció un poco.

Dolió. Pero mi orgullo dolió más. Ahogué un quejido y esperé.

Al principio creí que era el eco de una televisión en una casa cercana o el lamento reiterado y supuestamente festivo de la música electrónica en el reproductor de un vecino hortera.

Pero era otra cosa.

Algo que brotaba apagado, como encerrado en una diminuta lata. Algo demasiado grande para caber en una lata pequeña.

Escuché más y cuando identifiqué el sonido, creí haber perdido la razón: era el canto de una sirena.

En tierra firme, en las afueras de Madrid.

En lugar de ir directamente hacia el origen, di un rodeo y cuando estuve cerca, salté con las manos hacia delante sobre el bulto de una figura humana acuclillada detrás de un matorral.

No se quejó. Solo dijo «¡Uy!» y permaneció tendida debajo de mí.

Yo tardé en comprender que lo que aferraba eran sus pechos y un poco más en decidir que eran más grandes y sólidos de lo que hubiera esperado. Me separé y la ayudé a levantarse.

La Dalia Roja era ahora negra, porque ese era el color de la minigabardina que llevaba puesta, como negras las medias para que sus blancas piernas no resaltaran en la penumbra, la boina de la mañana y unas enormes gafas de sol a juego.

También tenía la cara tiznada de negro.

Se quitó los auriculares de los que brotaba el canto amatorio de las ballenas y me miró.

—Llega tarde —dijo como si me pidiera disculpas.

—Es una vieja costumbre. ¿Qué hacemos aquí?

—Rescatar a *Patty* —contestó señalando a la acera de enfrente, hacia una casa humilde con las ventanas iluminadas. Y luego levantó la mirada hacia el cielo—. La noche es ideal: hay luna llena.

—Creo que para la vigilancia es mejor que no haya luna...

—Al contrario: la luna aprueba lo que haremos y nos está marcando el camino. ¿Ve la sombra?

El edificio vecino al solar, el único de dos plantas en esa manzana, proyectaba su sombra hasta la puerta de la casa de enfrente.

Decidí que Dalia estaba más loca de lo que había creído y le seguí el juego:

—¡Ah! Por eso sabes que la tienen ahí...

—No seas bobo: lo sé porque me lo dijo el camarero de un bar del pueblo, cuando mi hermana y yo pasamos pegando carteles y ofreciendo una recompensa... El dueño es ecuatoriano y la pareja que vive ahí, que es del mismo pueblo, estuvo presumiendo que tenía a mi bebé pero no pensaban devolverla a casa...

—Dalia —apoyé una mano en su hombro—, estuve investigando. Tú no tienes un bebé, no figura en ninguna parte.

—Pero ¡lleva conmigo desde que nació! —protestó dando una patadita al suelo—. Lo mismo me dijo el policía: si no tienes papeles, no existes.

No me costó imaginarla capaz de hacerse cargo de un bebé abandonado y ni siquiera tramitar

la adopción.

O incluso robar un bebé creyendo que lo hacía por su bien.

Con Dalia cualquier cosa era posible.

Y me extrañó que Bermúdez no hubiera indagado más, aunque solo fuera por molestar a una familia adinerada. El deporte preferido de mi cuñado es fastidiar a todo aquel cuya casa tenga dos habitaciones más que la suya. Él lo llama «conciencia de clase».

—Cuéntame más.

—Lo que te dije: hace una semana, a mediodía, yo estaba con ella en el jardín, entré en la casa un momento y al salir se la habían llevado.

—¿Y no habéis recibido una llamada exigiendo un rescate?

—No. Y nadie se mostró tentado por la recompensa que ofrecimos en los carteles que pegamos por todo el pueblo. ¡Y eran 300 euros!

Sabía que la crisis estaba golpeando hasta a los propietarios de chalés, pero aun así no parecía una gran recompensa.

—¿Tienes alguno de esos carteles aquí?

Revolvió en su enorme bolso y me tendió un panfleto que estudié a la luz de la luna llena.

Debajo del SE BUSCA, las señas de *Patty*, el anuncio de recompensa y el número de teléfono, la foto en color de una gatita me miraba con mala cara.

También había una foto del transportín rosa dentro del que estaba cuando fue sustraída del patio del chalet.

Me sentí imbécil y estuve a punto de saltar el muro y correr hacia mi coche. Pero si la dejaba sola era capaz de intentarlo por su cuenta.

Y si quería llevármela a la fuerza, organizaría un escándalo, con o sin claqué.

Miré hacia arriba y encontré la solución.

—La rescataremos, Dalia —aseguré—. Pero no esta noche.

—¿Por qué? —lloriqueó mientras se tambaleaba.

—La luna ya no está de acuerdo. Mira.

Levantó los ojos y vio la luna oculta por unas rotundas nubes salvadoras. Temblaba pero asintió.

—Tienes razón —dijo y en ese momento me di cuenta de que llevábamos tuteándonos un buen rato—. Mañana por la noche...

Avanzó un paso y se desplomó en mis brazos.

No estaba desmayada ni fingía.

Pese a la oscuridad y el tizne, resaltaba la palidez de su cara.

—¿Desde cuándo no comes? —pregunté.

—El día que se llevaron a *Patty* —murmuró.

Pasé mi brazo por debajo de su axila y la llevé hacia la salida del solar. Apenas si pesaba.

—Ven, Dalia Roja. Te llevaré a un lugar donde el dueño te pone de comer y de beber lo que a él le da la gana, pero nunca se equivoca.

19/ Dos balas, dos nubes

Si la llevé al Malone no fue, como llegué a sospechar después, porque quede a pocos metros de mi casa, sino porque, de alguna manera, es mi casa.

Ese borrachín cínico y lúcido que es el Poe, dice siempre que «un tío que no tenga un bar en el que lo echen de menos durante dos semanas si la palma, es que ya estaba medio muerto».

Y como llevo años sospechando que estoy solo medio vivo, me he hecho asiduo del Malone.

Salvo que vayas los domingos, cuando hordas de turistas y madrileños necesitados de sentirse tales invaden La Latina, el local es tranquilo y la clientela la forman hombres callados y muchachas tristes.

Siempre he sentido debilidad por las muchachas tristes.

A Dalia le fascinó la ecléctica y abigarrada decoración del lugar, en cuyas paredes y rincones se acumulan toda clase de objetos inverosímiles.

Saltaba de un lado al otro, reconocía los objetos, los acariciaba como si su tacto pudiera contarle sus historias.

De hecho, ni siquiera preguntó por qué había cinco pianos repartidos por el salón y ningún pianista.

Eso me ahorró la fatiga de tener que contarle que todas esas cosas, y muchas otras que atestaban el sótano, eran el resultado de esas apuestas absurdas, imposibles de ganar, que Beto propone a los clientes, y nunca pierde.

De hecho, con él perdí, hace años, poco después de la muerte de Claudia, mi pistola favorita.

Yo aún era policía y Beto me dijo, sin venir a cuento, que era capaz de adivinar cuántas balas faltaban en mi cargador.

Yo seguí lo que suponía una broma y le pregunté qué apostaba él.

—El bar —contestó sin dudar—. Si me ganas, podrás dejar la policía, que falta te hace.

Acepté y él, antes de arriesgar, se asomó a la calle y miró hacia el cielo.

—Tres —dijo al volver a la barra—. A tu pistola le faltan tres balas.

Había acertado. Puse el arma sobre la barra y la empujé hacia él.

—¿Puedo preguntar cómo lo supiste?

—Estás lleno de rabia, Arregui. A tu novia la mataron, casi sin querer, dos yonquis con el mono. Te encantaría cargártelos, pero no lo harás, porque sigues creyendo en el sistema, pese a todo. Traes barro en los zapatos, probablemente de ese terreno en la sierra que compraste en secreto para regalarle a Claudia la casa de sus sueños. Anoche llovió por esa zona, pero hoy había cielo despejado, salpicado de nubes tentadoras, a las que disparar para no disparar a otros...

No le pregunté por qué solo tres balas, porque yo conocía la respuesta. Él también.

Cuando estaba a punto de marcharme, me devolvió el arma.

—Dos balas, dos nubes —afirmó—. La tercera era para ti, pero cambiaste de idea en el último momento. Hiciste bien. Nada te la devolverá, pero le debes tratar de vivir para no ser tan idiota la próxima vez.

Pero esa noche, con la Dalia Roja, Beto sacó a relucir sus otras dotes adivinatorias.

El cliente del Malone nunca sabe qué comerá o beberá allí, porque es Beto quien decide lo que más te conviene.

Y nunca se equivoca.

Miró a Dalia un momento y dictaminó:

—Lomo alto a la brasa, de ternera, corte a la argentina. Poco hecho. Antes, un batido de frutas y cereales, y de beber un tinto malbec, cosecha 2007. —Volvió la cabeza hacia mí—. Y para ti, almejas y salmón salvaje en papillote. Otra vez tienes cara de andar disparando a las nubes, Arregui. Antes os traeré un aperitivo.

Me asombró que Dalia aceptara su menú sin protestar.

—Hubiera jurado que eras vegetariana.

—Este mes, no. Y también puedo beber alcohol.

Llegaron los aperitivos y dos Campari que ella degustó con avidez. El suyo y el mío. Me explicó que llevaba desde la adolescencia probando todas las disciplinas alimentarias, espirituales y físicas conocidas, y había llegado a la conclusión de que cada una alberga una parte de verdad, pero no la verdad completa.

Por eso creó un sistema rotatorio por el que un mes era vegetariana, animista y practicaba kick boxing; al siguiente solo comía carne, hacía yoga y creía en Jehová, y al otro combinaba nuevas posibilidades.

—Si hubiéramos venido la semana pasada, tu amigo lo tendría más difícil: ese mes solo comí raíces, bebí champán y seguía las enseñanzas de Buda —me explicó.

Brindamos y no le dije que Beto lo hubiera conseguido igualmente. Tarda bastante en preparar los platos que elige para cada cliente, pero sospecho que consigue los ingredientes que no tiene de los restaurantes vecinos, cuyos dueños han perdido alguna apuesta con él.

Dalia dio cuenta de una porción de carne que parecía pesar más que ella, y los colores volvieron a su cara.

El vino argentino ayudó también, y repetimos botella.

A los postres, mientras íbamos por la tercera, preguntó:

—No me ayudarás a recuperar a *Patty*, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Porque es una gatita y te crees demasiado importante para perder el tiempo por un animal.

—Te diré lo que haremos. Mañana me presento ahí, hablo con la pareja y les convengo de que es mejor aceptar la recompensa que meterse en líos... No tienes pruebas de que ellos tengan la gata, ni de que te pertenezca...

—Los seres como *Patty* no pertenecen a nadie —repuso ella—. Nos conceden el privilegio de compartir tiempo con ellos. Además, sé que la tiene esa gente, no entiendo por qué no entramos, la cogemos y punto.

Quise explicarle que eso era ilegal, pero comprendí que sería inútil.

—Lo pensaré, ¿vale? Ahora te llevo a tu casa, descansas y mañana...

—No quiero ir a mi casa. No esta noche.

Y lo dijo con un tono en el que cabían la inocencia y la provocación torpe pero franca de quien no ensaya sus deseos.

Beto rompió el silencio con otra ronda de cócteles cuyo nombre e ingredientes preferí no

conocer, pero que lograron que me distendiera.

Ella, con naturalidad, le pidió otra botella de vino, para llevar.

Y yo, de una manera desconocida, o tan remota que ya no lo recordaba, por primera vez en muchos años, me sentí en paz.

20/ Fantasmas nuevos

Mientras caminábamos hacia mi casa, dije a la defensiva que el sofá cama de mi salón era de lo más cómodo y estaba nuevo porque nunca recibo visitas.

Ella sonrió y no supe qué decía esa sonrisa, pero me gustó.

Estaba harto de ligues a los que luego no sabes cómo pedirles que se marchen, o mujeres que veían en mí alguien que completaría sus vidas, cuando yo solo era un trozo de mí mismo.

Sería un correcto anfitrión, le prepararía la cama en el salón y al día siguiente vería cómo resolver el rescate de la gata.

Ya en casa, abrimos la segunda botella de malbec que Beto insistió en regalarnos, como la cena, y ella no se insinuó como suelen hacerlo las chicas que calculan cuánta noche queda por delante.

Me habló de la India, de sus viajes y sus miedos, de algún fracaso amoroso reciente pero que sonaba como si fuera añejo, y yo le respondí dejando caer confidencias que nunca hubiera hecho a mi mejor amigo. Solo cuando volvía al tema de la gatita parecía retornar a ella ese aire obsesivo e impaciente, como cuando un niño pequeño quiere explicar a un bobo adulto algo que no cabe en las palabras.

—Nadie escapa del karma —me dijo.

La noche avanzaba apacible, sin riesgo de otras implicaciones y eso era lo correcto.

Me pidió que le mostrara la pistola de la que había hablado Beto, y lo hizo con tal curiosidad que no me pude resistir.

Se quedó mirando la automática como si fuera un artefacto extraterrestre, y cuando la devolví a su cajón de la cómoda, pareció respirar más tranquila.

—¿Por qué le disparas a las nubes? —preguntó

—Para no dispararle a la gente.

—Estás triste, llevas demasiado tiempo triste, como el que se debe un viaje que nunca cumplirá, porque en realidad teme hacerlo.

Recordé a mi padre y su obsesión reciente, y antes de darme cuenta, le estaba hablando a esa muchacha extraña de mi relación con Claudia, de cómo un día se cansó de ser lo segundo más importante en mi vida, de mi testarudez para no ceder, pese a que la espiaba todo el tiempo, de cómo reaccioné cuando vi que la rondaba otro hombre, le propuse un encuentro para ofrecerle casarnos, dejar la policía, cambiar de vida, encuentro al que no asistí por cobardía.

Y mientras me esperaba, dos yonquis imbéciles la mataron por treinta y siete euros que llevaba en el bolso y un poema que comencé a escribirle pero nunca acabé.

Siempre me he tenido por un tío parco en palabras, aunque el Poe asegura que en ciertas noches y con cierta cantidad de bourbon, hablo sin parar, pero creo que lo dice solo para fastidiarme.

Esa noche, sin embargo, fue cierto. Le hablé a Dalia de la temprana muerte de mi madre, del muro de silencio que me separaba de mi padre, de mi preocupación por el futuro de la relación entre Legrand y Mariana...

Hablé de todo lo que no solía decirme a mí mismo, por miedo a no estar de acuerdo con mis opiniones.

Y luego callé.

Abrió la tercera botella, respetó el silencio que me envolvía como un humo espeso y solo cuando bebimos el segundo sorbo me dijo:

—Tienes un aura complicada, Arregui. Eres bueno, pero temes que si bajas el cristal blindado con el que proteges tus sentimientos, alguien los haga trizas. Pero si no los expones, ¿para qué te sirven? Cuidas de los que quieres, pero siempre desde cierta distancia, te gusta tenerlos cerca, pero no tanto como para que tu sombra los alcance.

No supe qué responder, porque sus ojos ya no eran espejo de alucinaciones sino transmisores de una mirada de madre, de amante, de hija, de mujer sin edad ni tiempo.

—¿Y tú?

—Podría contarte la versión cómica, la trágica o la patética, y ninguna está completa del todo, ninguna me cuenta quién soy y por qué. —Apoyó su mano en la mía—. Todos tenemos fantasmas, Arregui. Y nos acostamos con ellos. Pero a fuerza de amarlos, se gastan.

—¿Qué hacer, entonces?

—Hay que encontrar fantasmas nuevos.

Se levantó para ir al servicio y yo, que me sentía incómodo solo en el sofá, fui a la cocina en busca de más vino.

Al abrir la puerta del baño quedamos frente a frente y Dalia preguntó, con algo que nunca sabré si era inocencia o tímida invitación:

—¿Has visto cómo me pone los labios el vino?

Miré su boca y aunque vi lo que quería decir, me acerqué:

—A ver...

El beso fue el resumen de todos los besos que podíamos llevar horas dándonos si hubiéramos querido jugar al juego de la seducción programada, y por eso, porque no estaba preparado, fue más poderoso.

Tres segundos después estaba completamente desnuda y nunca sabré si lo hizo ella o lo hice yo.

Tuve una remota noción de que no me había equivocado: era una bella flaca curvilínea, pero dejé que mis manos miraran por mí.

En un parpadeo estábamos arriba, en mi cuarto, enredados en una dulce furia que desde fuera podía parecerse a la de otros encuentros y otros amantes, pero que sentí diferente.

No sé cuánto tiempo y cuantas caricias pasaron, pero de pronto estábamos en el suelo, ella a cuatro patas y yo encima, repetidos por el espejo en el que nos mirábamos sin vernos, y supe que debajo de esa dulzura casi tímida, ella ocultaba al animal más bello del mundo.

Me abandoné, olvidé los trucos, la cortesía que reservo a mis amantes para que duela menos cuando no quiera volver a verlas, y fui otra vez ese extraño que solía ser con Claudia, pero diferente, actual, otro hombre que sentía y no quería dejar de sentir.

El alba tardaba en llegar por la ventana, para no interrumpirnos.

Ella se durmió enroscada en mi pierna y yo había olvidado que tenía el pelo verde, mientras acariciaba el arcoíris de su espalda.

Por primera vez en mucho tiempo, dormí sin premoniciones ni culpas.

Al despertar, Dalia no estaba.

Es su lugar en la cama, una nota:

«Pareces de roca pero sabes a melocotón. Volveremos a encontrarnos, cuando tu sombra me alcance».

Releí esas quince palabras primero con una sonrisa boba y luego con inquietud creciente.

Rebusqué en el cajón de la cómoda y supe que había acertado.

Faltaba la pistola que perdí con Beto en aquella apuesta, cuando disparaba a las nubes para intentar herir el cielo.

Dalia se la había llevado.

21/ Muebles de IKEA

Creo que batí algún record de velocidad y, por suerte, en el camino no me topé con ningún patrullero. No me hubiera detenido. Tampoco recuerdo en qué momento encendí el GPS, pero sí que la voz de Claudia me gritaba instrucciones y advertencias que no pensaba escuchar.

Solo quería llegar antes de que ella hiciera una locura.

Amanecía, y yo tenía la absurda sensación de que si la alcanzaba antes de que se hiciera de día no podría ocurrir nada malo.

Mi mente policial procesaba datos, calculaba tiempos.

Ella había ido al centro conmigo, en mi coche.

Y a la hora en que se marchó, el metro estaría cerrado. Así que tuvo que pillar un taxi en la parada de La Latina.

Tiempo estimado de llegada, a esa hora: veinte minutos o más.

Cuando desperté, todavía sentía su tibieza en mi cuerpo, aunque el dato no era muy fiable, porque durante esas horas con ella me había sentido cálido por primera vez en mucho tiempo.

Recordé el tacto del colchón, de su lado: frío.

Calculé que me llevaría unos treinta minutos de ventaja.

Habría llegado a su barrio hacía diez minutos.

Más lo que yo tardara en llegar: media hora.

Tiempo suficiente para que ocurriera algo irreparable.

Yo lo sabía bien. Bastan unos segundos.

Cuando quedaban trescientos metros para llegar, levanté el pie del acelerador.

No es conveniente aparecer en una esquina a toda velocidad cuando en las inmediaciones hay una muchacha probablemente desquiciada y con un arma cargada.

Apagué las luces y asomé por la esquina al ralentí.

En el solar abandonado no había señales de vida. La supuesta casa de la pareja ecuatoriana tenía las luces del salón encendidas.

Bajé del coche con cuidado y sin saber cuál sería mi próximo paso.

Quizá ella había cambiado de idea y había vuelto a su chalé.

Y no podía tocar el timbre de una casa desconocida, para preguntar si había ido una muchacha de pelo verde a reclamar su gatita con una automática en la mano.

Esperé. Nunca se debe esperar en casos como este.

Esperar es invitar a la desgracia a que pase antes que tú por esa puerta que no te atreviste a cruzar.

De pronto, las ventanas del salón se iluminaron al compás de los disparos.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Cuatro veces.

No pensé en que yo venía desarmado.

No pensé en que no debía meterme en ese lío.

No pensé en nada, salvo en la Dalia Roja.

Echar una puerta abajo de una patada en las películas parece muy fácil, pero en la realidad no lo es tanto. Salvo que la furia de la culpa haga brotar en ti la fuerza que no deberías tener ya a la avanzada edad de cincuenta años.

Aun así, tardé casi cinco minutos en echarla abajo; en el momento en que la puerta cedió, recordé que, con las ganzúas que guardo bajo el asiento del coche, la hubiera abierto en quince segundos.

El aire olía a pólvora, y no es un olor agradable cuando se mezcla con el de la carne quemada por las balas.

Era una casa sencilla, compuesta por un salón amplio con cocina americana en el que había dos puertas, una que conducía al dormitorio y otra, a un pequeño baño.

En un costado de la cocina, una puerta que daba al patio irregular. No estaba cerrada con llave ni vi a nadie en el trozo de terreno que había soñado con ser un bonito jardín y ya no sería nada.

Volví a entrar.

No tenía mucho tiempo.

Muebles de IKEA. «En este país la gente sigue creyendo que tener personalidad es comprar lo que compra todo el mundo», me dije antes de recordar que yo también tengo estanterías Billy para mis libros en casa.

El resto de los muebles también parecía sacado del catálogo de esa firma sueca, desde el sofá que podía hacerse cama para recibir a algún visitante, hasta la mesita de la tele o la gran mesa de comedor sobre la que había dos bolsas cuadradas y una buena montaña de polvo blanco.

La alfombra también era del repertorio de esa misma firma aunque supuse que ya no serviría: las manchas de sangre no salen con facilidad de los tejidos rústicos, y menos si son de ese tamaño.

Tendido sobre la alfombra y con dos balas en el pecho, yacía un hombre bajo de piel cobriza y pelo recio, abundante.

El revólver todavía parecía quemar en su mano.

Y a unos pasos, frente a él, como si compusiera la estampa de un duelo del viejo Oeste, caída boca abajo en un charco de su propia sangre, con una automática en la mano, estaba mi Dalia Roja.

Muerta también.

No podía permitirme sentir.

Solo pensar.

Registrar lo ocurrido.

Apropiarme de todos los detalles que luego, cuando viniera la policía, se perderían con tanta profusión de expertos de la Científica y demás especialistas en suponer qué es lo que ha ocurrido, en lugar de preguntárselo a las pruebas.

Supongo que no debía hacerlo.

Pero algo tenía que hacer.

Y salvo que me moviera con rapidez, después no me dejarían.

Marqué el número que conocía de memoria, el que durante años había estado impreso en el reverso de esa medalla o moneda de oro fabricada exclusivamente para mí.

Tardó un rato en atender, pero cuando lo hizo estaba completamente despierto y despejado.

—¿Txema eres tú? ¿Qué ha pasado?

—Buenos días Juanito. ¿Sigues en pie su oferta de ser mi ayudante?

—¡Desde luego!

—¿Y sabe usted lo que hace un ayudante?

—¿Ayudar?

—Exacto. Necesito su ayuda.

22/ Gafas oscuras y gabardina

Emérito o no, estaba claro que seguía teniendo bastante influencia. Cuando llegaron las patrullas, dirigidas por mi cuñado, como sugerí, el rostro de Paco era indescriptible. Estaba al mismo tiempo enfadado conmigo y orgulloso de que alguien tan importante como un rey le hubiera pedido un favor.

Cuando reconoció a Dalia, su gesto se ensombreció.

Ordenó a sus hombres, con mucha más brutalidad de la habitual, que no tocaran nada; a mí me llevó aparte.

—¿Qué coño es todo esto, cuñado? Esa muerta de ahí es la misma loca de pelo verde que te envié hace unos días a tu despacho. ¿Me equivoco?

—No.

—Creí que habías pasado de ese asunto o que la loca no se había presentado. Y ahora me la encuentro muerta y a ti irrumpiendo en la escena del crimen. Ya sé que tienes amigos importantes, pero ni siquiera él podrá sacarte de este lío si no tienes una explicación convincente.

—Era mi clienta, Bermúdez. La estaba siguiendo porque temía que se pusiera en peligro, pero llegué tarde.

Sacudió la cabeza, y ese movimiento me recordó a un caballo viejo que sabe que va a perder la próxima carrera.

—Lo que tú digas, Txema. Lo que tú digas. Pero eso de la mesa es cocaína. Por lo menos, un kilo. Y aquí hay dos muertos.

Me dije que, aunque mi cuñado sea un buen policía, comete con frecuencia el error de los demás.

Fijarse en lo que hay, y no en lo que falta.

Y en esa escena del crimen faltaban varios elementos.

Por ejemplo, el bolso de Dalia.

El gran bolso que no había dejado en mi casa ni habría tenido tiempo de llevar hasta la suya. Y mi pistola.

Salvo que la tuviera dentro del bolso.

Porque me había bastado un vistazo para saber que el arma que humeaba todavía en su mano no era la mía.

La pregunta evidente era: ¿si ella ya tenía un arma, para qué había robado la que yo guardaba en un cajón de la cómoda?

Decidí reservarme esas reflexiones para no preocupar más a Paco.

Parecía a punto de sufrir un infarto.

Se debatía entre el cariño por mí, la petición de colaboración por parte de Juanito y el impulso funcional de cubrirse el culo contándole todo a su superior inmediato.

—¿Qué has visto, cuñado? —Me preguntó de pronto Bermúdez—. Tú siempre ves algo que los demás no vemos.

—El gatito —dije—. Dalia quería rescatar a su gatita, y allí en la zona que hace de cocina, se

puede ver un plato flamante, un cuenco para agua que todavía tiene la etiqueta con el precio, comida para gato pequeño... Pero no hay gato.

Bermúdez encendió uno de esos puros apestosos que fuma últimamente, y cuando el forense lo miró con desagrado y se quejó por el humo le respondió que aprendiera a contener la respiración.

—Al fin al cabo sus clientes lo hacen durante mucho tiempo y no he oído que se quejen, doctor.

A mí me dijo al oído:

—Esto no es una broma, cuñado. Tu «amigo» me ha pedido que te deje llevar la investigación y que él moverá sus hilos para que durante un tiempo esta historia no nos estalle en la cara. Pero no será demasiado tiempo. Tienes veinticuatro horas para aclarar esta locura. Ni un minuto más.

Mi permiso seudoficial me permitió comprobar que el ecuatoriano muerto, que respondía al nombre de Elías Zambrano y tenía todos sus papeles de residencia en regla, no vivía solo.

Ropa de mujer en el armario, cosméticos de marca blanca de supermercado en el lavabo, todo indicaba que una mujer vivía con él o, al menos, pasaba por allí bastante tiempo.

Para escándalo de los de la Policía Científica, abrí sin ponerme los guantes el cajón de la mesilla de noche del lado derecho del dormitorio, la que deduje que sería la de la mujer cuyo rastro buscaba, puesto que la del lado izquierdo, obviamente, era la que utilizaba Elías: en el portarretrato que descansaba sobre ella aparecía una señora de edad avanzada y sonrisa bondadosa abrazando al hombre que yacía muerto en la alfombra del salón cuando tenía diez años menos.

Dentro del cajón había de una novela romántica y un billete de avión Quito-Madrid-Quito, del que solo se había utilizado el primer trayecto. Estaba a nombre de Margarita Fuentes. Al sacudir la novela romántica cayó una de esas tiras de fotos horribles de fotomatón, ese pecado en el que todos caemos al comienzo de un enamoramiento o de un amor.

Elías sonreía como el tío que ha encontrado un tesoro, y una muchacha de rostro redondo a su lado lo miraba como si fuera el hombre más guapo de la Tierra.

Aproveché una distracción de los de la Científica para guardarme en el bolsillo tanto el billete como la foto.

Ocultar pruebas a la policía es un delito, pero dejar que las mastique el engranaje de la investigación oficial me parecía un pecado.

Claudia decía siempre que yo tenía alma de jesuita.

Y la muchacha que yacía muerta boca abajo en el salón, a pocos pasos, me había dicho solo unas horas antes que yo tenía pinta de monje. Un monje de esos que nunca sabe si va a llegar al cielo o al infierno, pero que tiene que hacerlo por su propio camino.

Era lógico. Si abres una puerta, alguien acaba por entrar.

Tenía que haberlo previsto, pero mi cabeza estaba en otro sitio, buscando un gatito perdido y tratando de relacionar dos conceptos tan opuestos como mi Dalia Roja y el tráfico de drogas.

Por eso me tomó por sorpresa cuando Frontela, uno de los agentes jóvenes, de esos que todavía creen que soy una leyenda y no la oveja negra del cuerpo de policía, me informó con voz respetuosa de que mi ayudante había llegado.

Lo curioso fue que nadie lo reconociera, ni siquiera mi cuñado, el comisario Bermúdez.

Que nadie se preguntara quién era en realidad ese hombre alto de edad avanzada, con

sombrero calado hasta las orejas, gafas oscuras y gabardina de detective de película antigua. Había completado su disfraz con un grueso mostacho que se movía cada vez que hablaba y siempre parecía a punto de despegarse de su labio superior.

—¿Me quiere decir qué es lo que está haciendo aquí? —le pregunté sin necesidad, pues conocía la respuesta.

—Ayudar —me dijo—. ¿No es lo que hace un ayudante?

Lo hice salir fuera de la casa y mientras fingía intercambiar opiniones con él, le hablé con dureza.

—Gracias, Juanito, por su ayuda. Pero no puede quedarse aquí. ¿Sabe lo que es eso que hay sobre la mesa de la cocina?

—Salvo que estuvieran a punto de preparar espaguetis para un regimiento y me digas que es harina, creo que sí. Pero deberías probarla con la punta de un cuchillo, para estar seguro. Es lo que hacen en la tele.

—¿No se da cuenta de que no puede verse usted implicado en un asunto en el que, además de muertos, haya drogas de por medio?

—Me da igual. En casa me aburro y tú me necesitas. No sé cuánto tiempo más podré conseguir para que resolvamos este asunto. Y por cierto, perdona que te lo plantee, ya que tú eres el profesional, pero me da la sensación de que tienes alguna implicación personal en todo esto, Txema. Sé que jamás te meterías en algo ilegal, pero creo que merezco saber por qué estamos en este lío. Entre compañeros, no hay secretos.

En ese momento sonó mi nuevo móvil y una idea revoloteó por mi cabeza, pero escapó cuando leí en la pantalla que el que llamaba era mi padre.

Rechacé la llamada.

No estaba en ese momento para hablar de viajes perdidos, sino para despedir a una muchacha tierna y extraña.

Caminé hacia la esquina con Juanito y traté de contarle mi relación con Dalia, la gatita *Patty*, el canto tirolés, la calidez de su abrazo... todo lo que me había llevado hasta allí.

El intento mantener la compostura, pero pronto lo vi morderse los labios, atragantarse con su propia risa que por fin escapó.

Me pidió disculpas:

—Perdona, perdona, Txema. Pero solo tú podías meterte en semejante follón para rescatar una gatita perdida.

No pude enfadarme, porque era absolutamente cierto.

Luego me puso la mano en el hombro y dijo, con ese extraño inglés que utilizaría para fingir ser mi ayudante, que si yo veía algo extraño en la muerte de mi amiga no pararíamos hasta descubrir lo que había pasado.

Sonó bastante teatral.

Pero yo necesitaba tanto pensar que así sería, que lo creí.

Es curioso lo que se aprende del movimiento cuando te quedas quieto.

Las sutiles transformaciones, el modo en que el sol pinta las cosas y representa sobre ellas la parodia que va del nacimiento a la muerte.

Supongo, por el largo de mi sombra en el suelo, que serán ya más de las tres de la tarde, pero hasta ese dato me resulta ajeno, una frase que si la repites todo el tiempo acaba por perder significado. Decir o pensar «tresdelatarde-tresdelatarde-tresdelatarde-tresdelatarde» es ir perdiendo las convenciones a las que nos aferramos para tener la sensación de control.

Somos como esos ingenuos marinos que empuñan con firmeza el timón para convencerse de que son ellos los que mueven al mar y lo gobiernan, cuando es la inmensidad líquida la que juega con su voluntad, y algunas veces se conmueve y algunas otras los perdona. Otras, los devora sin dejar huella.

Mi sombra te busca.

Mi sombra acabará por alcanzarte.

23/ El asesor del asesor

El chalé de la familia de Dalia era tal como lo había imaginado por los informes de Nemo y por la breve inspección que había hecho desde el coche la noche anterior, hacía solo unas horas, aunque pareciera que habían pasado meses.

Preferí que fuéramos andando, y en cada poste, en cada árbol, en cada escaparate de cada comercio, había un cartel ofreciendo una recompensa por la gatita *Patty*, como el que me había mostrado Dalia.

Extraña comitiva, la nuestra.

Al frente, un José María Arregui furioso por llegar siempre demasiado tarde o demasiado temprano a donde nadie lo esperaba.

A su derecha, el comisario Francisco Bermúdez, simulando estar al mando, aunque era consciente de que su papel era el de intimidar con la presencia oficial para que yo pudiera llevar las riendas de la investigación sin protestas.

A su lado, el agente joven de un rato antes, de apellido Frontela, que si no pedía hacerse un *selfie* conmigo sería porque también conocía la exagerada leyenda de mi mala hostia. Pero no dejaba de convidarnos todo el tiempo a gominolas de una bolsa que guardaba en el bolsillo.

Y cerrando las filas, como si nos protegiera, un Juan al que nadie reconocía, en parte por su desmesurado disfraz y en parte, me dije, «porque en España, si dejas de salir por la tele unas semanas, nadie se acuerda de ti».

Cuando llegamos, antes de llamar, mi cuñado me dijo, en voz baja:

—Está claro que todo esto me queda grande, Txema. Y que cuanto menos sepa, mejor. Pero ¿me quieres decir quién es el viejo estafalario este?

Cuando Paco cree que habla en voz baja, en realidad, es que apenas ha dejado de gritar.

Juan se adelantó y le tendió la mano mientras hablaba con su acento británico de sainete.

—Perdone mi falta de educación, *shit*, comisario Bermúdez. Debe saber que en Scotland Yard estudiamos muchos de sus casos como ejemplo de... ¿Cómo se dice en español? ¡Sagacidad, eficacia y cojones!

Bermúdez lo miró con desconfianza hasta que comprendió que era un elogio y se ablandó.

—Gracias, mister. ¿Y usted es...?

—El señor acaba de decírtelo, comisario —intervine para abreviar la mascarada—. Es un asesor de Scotland Yard. Pero está de incógnito.

El rey le tendió la mano y se presentó:

—Llámeme John, comisario. Pero puede llamarme Johnny. Johnny Bourbon. Para servir a usted y a la reina emérita.

Para evitar un desastre que no tardaría en ocurrir, toqué el timbre y les di instrucciones sobre cómo llevaríamos los interrogatorios.

La casa, por dentro, estaba mucho mejor conservada que por fuera, y los muebles eran bastante nuevos y no eran de IKEA.

Aun así, desentonaba que la criada llevara uniforme de criada: resultaba anacrónico y

llamativo.

Para la familia era algo natural ignorarla y la trataban como a un mueble más.

Se llamaba Alcira y venía de Venezuela.

Tenía el pelo muy oscuro y la cara redonda, y, aunque no sonreía, me recordó vagamente a la mujer de la foto en la casa de Zambrano.

La interrogué brevemente y antes que a la familia, en la cocina.

Había llorado.

Me contó que llevaba menos de un año trabajando allí, pero que no vivía en la casa, y que la señorita Dalia era la persona más buena del mundo y que ella no creía las cosas que decían sobre la forma en que había muerto.

—Yo tampoco, Alcira. Yo tampoco.

Me acompañó de vuelta al salón y se quedó en un segundo plano.

Traté de imaginarme a Dalia viviendo con esa gente y me costó.

Su hermana era tan parecida a ella como solo puede serlo alguien completamente opuesto.

Sus gestos eran medidos, reposados, serenos.

Y no utilizo más adjetivos porque redundarían todavía más con el único que, acaso, la describía de una manera precisa: Rosa, la hermana de Dalia, era una muchacha sensata.

Aun así, el parecido físico era notable y ella se vio en la necesidad de aclarar que no eran mellizas y que era un año mayor que la difunta.

Tras identificarse, Bermúdez me pidió que yo realizara el interrogatorio previo, aclarando con un tono cargado de intención que así quizá pudiéramos evitar tener que repetirlo horas más tarde en comisaría.

Rosa hablaba con corrección y había llorado un poco.

Solo un poco.

Su novio, a su lado, era el típico chico que nace guapo, crece guapo, y a partir de los treinta y cinco empieza a tener pánico a envejecer, aunque siga siendo un guaperas.

Ese tipo de hombres a los que, en un acto de justicia de la vida para con el resto de los hombres, a partir de cierta edad, se les pone cara de señoras mayores.

Lo identifiqué como seguro propietario del Jaguar aparcado fuera.

No me gustó.

Ni yo a él.

Y menos aún cuando le pedí que saliera un momento del salón y se llevara a la madre de las chicas.

La mujer, que se daba un aire a ambas, pero teñido de distancia del mundo y de un pasado mejor, parecía un fantasma a consecuencia de los tranquilizantes que, sospeché, ya tomaba antes de saber que solo le quedaba una hija.

Bermúdez salió a fumar.

Cuando nos quedamos solos Rosa, Juanito y yo, le hablé a la muchacha con dureza.

—Usted estaba enfadada con su hermana. Enfadada o algo más. Cada vez que menciona su nombre parece que lo escupe.

Me devolvió una sonrisa amarga pero no excesiva.

—Comprendo. ¿Usted también llegó a conocer a Dalia antes de esta noche verdad?

Asentí.

—Es decir, que usted también ha caído en el engaño de mi hermanita, la ecologista, la pacifista, la *buenrollista* hija de mil putas, que siempre engañaba a todo el mundo con esa carita de mosquita muerta.

Se echó a llorar.

Johnny Bourbon hizo el ademán de acercarse para consolarla, pero lo frené con una mirada que no dejaba lugar a dudas.

—No me alegra que haya muerto, se lo juro. Pero tarde o temprano iba a terminar así. Desde que éramos niñas, ella hacía lo que le daba la gana, y era yo la que pagaba los platos rotos, la que estaba obligada a ser responsable. Cuando murió papá y la crisis nos golpeó con más fuerza, ¿cree que ella intentó ayudar a sacar a flote la empresa? ¡No, eso era para la tonta de Rosa! Ella se fue a la India, a hacer lo que fuera que hiciese allí, preferíamos no saberlo. Mi hermana parecía el prototipo de chica perroflauta inofensiva, pero era un mal bicho y estaba metida en cosas peligrosas. Dalia podía parecer una especie de duende, pero en realidad era una bruja que no respetaba a nada ni a nadie.

Mientras decía esto, inconscientemente, miraba hacia la puerta por la que había salido su novio.

Consulté mis notas.

Se llamaba Alejandro Pedralbes y aunque no veo la tele, lo identifiqué como uno de esos personajillos de efímera vida en la prensa del corazón, que diez años más tarde siguen ordeñando la vaca de una fama que casi nadie recuerda.

Pedí que volviera al salón junto con la madre de las dos chicas.

El guaperas no me miraba directamente a los ojos, pero me estudiaba disimuladamente. Quería saber qué me había contado su novia.

Decidí dejarlo sufrir un poco más.

Juanito simulaba tomar notas y, de vez en cuando, murmuraba alguna palabra en inglés.

Pedralbes quiso saber quién era y Bermúdez le dijo que un asesor.

—Pero ¿este señor no es también un asesor? —Me señaló con una barbilla que supe, más pronto que tarde, iba a probar mi puño izquierdo.

Además, ese «señor» iba cargado de sentido despectivo hacia mi edad.

Había cuadrado los hombros y endurecido los brazos para resaltar sus músculos y parecer amenazante.

Estaba fuerte.

Pero era un pardillo.

Los músculos no son para lucirlos, sino para usarlos. Y si los cansas haciendo posturitas, a la hora de golpear resultan menos eficaces.

—Es el asesor del asesor, Pedralbes —mencioné su apellido como si fuera el de un preso. Odio cuando me brotan esos modales de madero clásico, pero hizo efecto y su cara enrojeció.

Pedí permiso para pasar al baño, pero en realidad necesitaba comprobar en el botiquín algo que ya sabía.

La madre era una de esas personas que jamás se habría fumado un porro por considerar que eso era cosa de drogadictos, pero llevaba media vida flipando con drogas legales.

Había de todos los colores.

Al volver la interrogué con suavidad, porque estaba claro que ella no sabía nada de nada.

De su hija, de su familia, del mundo.

La pobre mujer era una planta de interiores que conservaba todavía cierta belleza y vestía como cuando su familia era aún muy pudiente.

Había sido una hermosa mujer, Pero la vida le había cambiado la sonrisa por esa mueca que tienen las personas que no necesitan oxígeno para respirar, solo pastillas.

Pensé en la madre de Latro.

Dos caras de una moneda que el tiempo no cesaba de devaluar.

—Creo que yo no conocía a mi hija, señor. Cuando murió mi marido entré en un túnel del que no sé salir, pero creí que lo mejor que podía hacer por ellas era no llevarlas conmigo.

Le apoyé la mano en el hombro y le propuse que subiera a descansar.

Ya hablaríamos en otro momento.

Asintió con blanda gratitud y se marchó viendo elefantes de color púrpura en miniatura flotando en el aire

Cuando le tocó el turno a Alejandro, el guaperas, pedí a Rosa que saliera un momento, lo que lo puso muy nervioso.

Intercambió miradas con su novia, que lo calmó con un gesto tierno antes de salir.

Él enderezó la espalda y comenzó a hablar como si ofreciera a la cámara su perfil más agraciado.

—Verá, poco puedo decirle de Dalia. Yo apenas si la conocía, pero por lo que me han contado...

—Déjate de tonterías, chaval —le dije sintiéndome mayor de lo que era—. Su hermana odiaba a Dalia y a ti te idolatra, aunque seguramente serás un putero de cuidado. Dos más dos son cuatro. ¿Qué pasó, estuviste acosando a la pobre chica con tu pinta de galán de cine pasado de moda?

Juan se sorprendió por la violencia de mi voz.

Alejandro, en lugar de sobresaltarse, soltó una carcajada.

—Perdona que me ría, pero tiene gracia. Era ella quien me acosaba a mí. Se había encaprichado conmigo porque no soportaba que su hermana tuviera algo que ella no pudiera tener.

Bajó la vista.

Había perdido casi toda su chulería.

—No quiero excusarme, ni quitarme responsabilidad. Pero fue ella quien me acorraló aquella noche en que Rosa estaba de viaje y me pidió que me quedara para cuidar de su madre. Me hizo beber hasta que estuve borracho y no paró hasta meterme en su cama. Tuve la suerte de que Rosa conociera la verdadera forma de ser de su hermana y me perdonara. Pero yo jamás le hice daño a Dalia. No tuve nada que ver con su muerte, pero me alegro de que alguien le haya dado su merecido. Debajo de ese aspecto de chica atontada y espiritual, se escondía la tía más malvada y retorcida que he conocido en mi vida. Era capaz de engañar a cualquiera, durante un tiempo. Incluso a un tipo duro como usted.

Le dije que luego continuaríamos con el interrogatorio, y que no saliera de la ciudad.

Y me sentí todavía más estúpido al decirlo.

24/ Cambiar el logotipo

Mi socio, Máximo Legrand, no comprendía nada. Y eso lo pone de mal humor. Pero creo que vio en mí un gesto de tanta preocupación que, en lugar de quejarse, me abrazó.

Estábamos en el único bar del pueblo, por llamarlo de alguna manera, donde yo lo había convocado sin dar explicaciones.

Dos mesas más allá, mi ayudante, Juanito, se había alejado lo máximo que pude conseguir.

—No comprendo, Txema, qué hacemos aquí. ¿Ha ocurrido algo grave?

En lugar de responder, le pregunté si podía darme un billete de cincuenta.

Sacudió la cabeza, pero me lo dio.

Lo guardé en mi bolsillo.

Deslicé sobre la mesa el sobre con los papeles que había redactado e impreso un rato antes en el único locutorio del «barrio».

Legrand comenzó a leerlos, pero yo no tenía mucho tiempo.

—Acabo de venderte mi parte de Arregui & Legrand Investigaciones por cincuenta euros, Max. No es un mal negocio. Como verás, la fecha del documento es del viernes pasado. Incluso hay un registro de la transacción en distintos soportes informáticos oficiales. Ni siquiera un análisis profundo y detallado podría demostrar que no te he vendido la empresa hace una semana. Te recomiendo que mantengas contratado a Nemo, porque vale mucho más de lo que le pagamos.

—No entiendo nada, Txema. ¿Qué ha ocurrido?

—Lo que tenía que ocurrir, amigo mío. Que he terminado metiéndome en un lío demasiado grande y no quiero que salpique ni a la empresa, ni a Mariana ni a ti. Será inevitable que el prestigio de la agencia se resienta un tiempo, por mi culpa. Pero eres un excelente detective, y todavía un mejor gestor, por lo que no dudo de que en poco tiempo podrás salir a flote y volver a estar entre los primeros. Solo te pido que no fumigues mi despacho, y que cada dos días le dejes pan con agua y azúcar a mi hormiga. Se llama *Soledad*.

Él dobló el documento, lo guardó en el sobre y me miró a los ojos.

—Te agradezco el gesto, pero necesito entender por qué. Algo me dice que no tiene nada que ver con el caso Latro Rapíñez...

Tenía derecho a saberlo, y yo ya no podía sentirme más estúpido.

Así que le conté cada detalle del acoso de la chica de pelo verde, del GPS con la voz de Claudia, de mi padre y su extraño comportamiento, de cómo acepté el caso más absurdo de mi carrera y terminé en la cama con la clienta, que me robó el arma y luego se hizo matar mientras mataba a alguien.

Máximo me miró durante un rato sin parpadear.

Luego comenzó a reír y no podía parar. Él también.

—¿Por un gatito, Txema, por un gatito?

—En realidad, es una gatita, y se llama *Patty*.

La risa se convirtió en carcajada y creí que iba a ahogarse.

Pese a mi pena por Dalia y a la pena por mí mismo que llevaba acarreado tanto tiempo,

durante un segundo lo vi como él lo veía, y me pareció todo tan ridículo, tan cómico, que también comencé a reír.

Y no dejé de hacerlo, incluso cuando mi socio rompía en muchos pequeños pedazos el documento con el sobre y estiraba la mano para reclamarme su billete de cincuenta euros.

—Cuando te conocí, Arregui, yo era un ladrón de guante blanco que tarde o temprano terminaría por mancharse las manos de sangre. Tenía tanto odio dentro que lo disfrazaba de romanticismo a la hora de despojar los más ricos, pero solo sentía rabia por haber nacido sin familia, por haber tenido que convertirme en un animalillo salvaje para sobrevivir con mi pequeño tamaño en una ciudad donde todos parecían gigantes. Apareciste tú y me convertiste en tu confidente como una manera de engañarme para que terminara siendo tu amigo. Me amenazaste con esos puños grandes pero lentos que tienes para que estudiara Criminología y abriéramos juntos una agencia de investigaciones. Gracias a ti soy otro hombre, incluso aunque te rías de mí, un hombre feliz y enamorado. Tú no te vas, porque la agencia eres tú. Vamos a seguir juntos, aunque haya que cambiar, en las tarjetas de visita, el logotipo con forma de ojo global que nos diseñó Nemo por la silueta de un gatito.

No hubo manera de convencerlo de lo contrario. Insistió en colaborar, y aunque me resistí durante un rato, tuve que reconocer que sus habilidades me serían de utilidad.

Se lo expliqué y aceptó.

Por primera vez en mucho tiempo, no parecía enfadado conmigo y le pregunté por qué, si acababa de meterme en el lío más absurdo desde que nos conocíamos.

—No puedo estar enfadado contigo, Arregui, porque a pesar de que esto no pinta nada bien, hay algo que me alegra: has empezado a sentir otra vez, amigo mío. Y eso es lo más importante para mí. —Se acercó para hablarme al oído—. Y dile al rey que con ese disfraz no engañará a nadie.

Cuando Max salió del bar, me llegó desde la mesa de Juanito su voz que decía con acento, creo que escocés, como el whisky que estaba bebiendo:

—Elementary, my dear Txema. Elementary

25/Igual que en la tele

Gracias a los servicios de Nemo, que probablemente no dormiría nunca, mientras conducía rumbo a la sede de la ONG en la que había trabajado Dalia, pude conocer más sobre la historia de Margarita Fuentes, la mujer del billete de avión.

Había ingresado con visado de turista y no figuraba que estuviera tramitando los documentos para obtener la residencia legal en España.

En su expediente figuraba una carta de invitación por parte del difunto Elías Zambrano, de quien Nemo, que en estos años ha aprendido ya mucho del oficio, me proporcionó dirección y teléfonos de familiares aquí y en Ecuador.

También averiguó en cuestión de minutos todo lo relacionado con el guaperas de Alejandro Pedralbes.

Tenía su pasado. Nada espectacular, pero suficiente para completar mi boceto de quién era y cómo pensaba el conductor del Jaguar.

—Estoy recogiendo más información de la ONG en la que trabajaba la pava esa. ¿Sabías que tenía el pelo verde? Te lo he enviado todo a tu correo electrónico, pero dudo que sepas manejar ese teléfono tan moderno que te has comprado, madero. No me enfadé por el mote.

Ya eran demasiados años conviviendo con su insolencia de supuesto macarrilla vallecano que se hacía el duro para no admitir que era un genio.

Me emocionó, o algo así, darme cuenta de que la voz que me llegaba por teléfono desde el otro lado del mundo ya no era una voz de chiquillo: aunque no lo supiera, Nemo se estaba haciendo un hombre.

—Gracias, Nemo. Descansa un poco.

—De eso nada, Arregui. Seguiré buscando, que siempre acaba por aparecer algo. Y ya me falta menos para cumplir con tu otro encargo, lo de las cámaras de la taberna. Además, aquí mucho MIT, mucho MIT, pero todo es tan fácil que me aburro cantidad.

—¿No has pensado en echar un polvo?

—¿Y tú no has pensado en ir a visitar a mi madre, como prometiste?

La asociación de ambas frases, tan próximas, me incomodó y colgué.

John Bourbon me seguía en su Volvo negro con cristales negros y sin matrícula oficial.

Y en otro coche, detrás, venía Bermúdez con el agente Frontela ofreciéndole gominolas todo el tiempo.

Mi cuñado no evitaba mi compañía, pero trataba de mantener cierta distancia, para que cuando todo estallara no lo salpicara demasiado.

Una vez más, el rey volvió a sorprenderme por su habilidad para conducir. Me adelantó tres veces, hasta que yo paré el coche, él retrocedió y se puso a mi altura.

Bajamos las ventanillas y le pregunté si él sabía hacia dónde nos dirigíamos.

Cuando dijo que no, se quedó pensando y pareció comprender.

—Coño, Txema, lo lógico sería que tú fueras delante.

Y lo dijo como si el que se hubiera equivocado fuera yo.

Mijail Péres había nacido para ser directivo de una ONG como HAC (Holidays for All Children). No podría imaginarlo desempeñando ningún otro trabajo.

Era afable, serio, fiable, comprometido, solidario y sensible.

Y como en el caso de la hermana de Dalia, me parecieron demasiados adjetivos.

En la época en que yo me dedicaba a enseñar Literatura en mi tiempo libre y soñaba con escribir una novela que no fuera una novela más, había aprendido a desconfiar de los adjetivos.

Péres se mostró contrariado ante la noticia de la muerte de Dalia y quiso conocer detalles, que obviamente no le ofrecí, por estar en curso la investigación policial.

Bermúdez, a mi lado, asintió con aire severo.

Y Juan, detrás, murmuró: «*That's life*».

Le pregunté a Mijail si durante el tiempo en que trabajó allí, Dalia había hecho algún enemigo.

Sonrió de un modo extraño.

Un modo que no me gustó nada.

De alguna manera, ese gesto era similar a los que habían hecho la hermana y el cuñado de Dalia al hablar de ella.

—No parece usted sorprendido de que haya tenido una muerte violenta, señor Péres.

Bajó levemente la cabeza, para expresar culpabilidad, pero no se sentía culpable.

—Lamento si parezco frío, pero como usted ha apuntado, no me sorprende. La señorita Aguilar no era lo que parecía, y se marchó de aquí por ciertas irregularidades que casi suponen el final de esta organización.

—Le ruego que se explique mejor — le dije y no estaba rogando.

—HAC es una ONG que centra sus esfuerzos en conseguir que los niños más desfavorecidos puedan vivir un par de meses al año de otra manera, ver otro mundo, otro futuro. Desde hace años traemos a España para que pasen vacaciones con familias de acogida, a niños del Sáhara o de distintos países de África, de regiones en conflicto. Y aunque pueda parecer que solo es un parche o una tirita —lo veo en su expresión—, esos niños vuelven a su casa con la esperanza de poder acceder a una vida mejor. De ahí que resulte incomprensible que alguien fuera capaz de manipular las cuentas de la organización y robarle esas vacaciones a cientos de niños.

—¿Está usted insinuando que...?

—La señorita Aguilar se ocupaba de la contabilidad y la administración de los recursos. Cuando descubrimos el agujero contable, se limitó a negarlo todo, pero al día siguiente su madre ingresó el dinero en las cuentas de la organización. Por eso no presentamos una denuncia formal y nos limitamos a despedirla.

Señaló las fotos de niños sonrientes que cubrían todas las paredes del despacho.

—Así que siento mucho si le parezco poco sensible, señor Arregui. Pero no pienso llorar por alguien a quien no le importa acabar con las esperanzas y las sonrisas de todos estos niños.

Su interés por los críos me parecía más falso que un billete de treinta y cinco euros, pero eso no demostraba nada.

Le pregunté si tenía pruebas del desfalco de Dalia, y se ofreció a poner a nuestra disposición toda la contabilidad, incluidos los comprobantes de la transferencia hecha por su madre.

Nos despedimos del señor Péres.

Juanito no dijo nada.

Ni en inglés, ni en ningún otro idioma.

Mi cuñado, sí.

En cuanto estuvimos en la calle, me tomó del brazo e hizo que nos alejáramos a mi estrafalario ayudante.

—No te reconozco, cuñado. Te ha faltado esto para partirle la cara a ese cabronazo de ahí arriba. Y ya sé que eso formaba parte de tu estilo cuando eras policía, pero ahora no tienes ninguna prueba. Mejor dicho, todas las pruebas apuntan a que tu florecita, más que estar loca, se hacía la loca, pero era una buena pieza.

Deseé tener evidencias para responderle que no, demostrar la falsedad de todos los testimonios que habíamos oído.

Hablarle de esa sensación de mariposas en mi cabeza que se deshacía antes de poder verla con nitidez, pero tenía que significar algo. Convencerlo (y convencerme) de que, aunque no pudiera demostrarlo, Dalia era inocente.

No dije nada.

Y Bermúdez volvió a la carga:

—Aquí está claro lo que ocurrió, cuñado: la tal Dalia utilizaba como tapadera para el tráfico de coca todas esas actividades de perroflauta venida a más. Si desvió la pasta de la ONG, habrá sido para financiar alguna operación o pagar una deuda, y como hacen todos estos niñatos de mamá, cuando las patatas quemaron, tuvo que pedir ayuda a la familia. El ecuatoriano muerto debería de ser su socio o algo por el estilo y le birló la coca. Entonces ella se inventó la historietita de la gatita perdida para que alguien fuera a asustarlo. El pobre Elías, que no tenía antecedentes, sí que era un novato, y los novatos se suelen poner nerviosos. Cuando tu chica intentó recuperar la coca por la fuerza, disparó, dispararon y murieron. Fin de la película.

Juan me vio debatirme, apretar los puños, y se acercó.

Bermúdez utilizó con el asesor inglés su famosa mirada fulminante, pero sin resultados.

—No puedo dejar que termine así, Paco.

—¿Por qué no? ¡Ahora lo entiendo: tú te la tiraste, cabronazo! Pero si hace una semana ni siquiera la conocías, cuñado... ¿Cómo te puede importar tanto? ¡Te estás jugando tu agencia y mi carrera por una loca de pelo verde que te tomó por un pardillo, cuñado!

Entonces Juanito, mi ayudante, se acercó mucho al comisario, levantó sus gafas oscuras y abandonó el acento inglés cuando le dijo:

—¿Por qué no te callas, Bermúdez?

Y sonó igual que en la tele.

Mi cuñado lo reconoció y se cuadró.

Solo le faltó gritar, como los marines de las películas norteamericanas, aquello de «¡Señor sí señor!».

Luego comenzó a sudar tanto, que Juanito le pasó la mano por el hombro y le pidió que se relajara.

—Conoces a Txema de toda la vida y sabes que es un investigador de primera. Y que siempre se ha implicado personalmente en los casos, así que esta no será la primera vez. Nos quedan pocas horas para tratar de demostrar que está en lo cierto. ¿Vas a pasarte todo ese tiempo tocándole los cojones, por miedo a que se equivoque por una vez o lo vas a apoyar como él ha

hecho contigo durante toda tu carrera?

Bermúdez asintió, se disculpó y me tendió la mano.

Yo no sabía qué contestar a eso, porque el discurso de Juanito también me había emocionado.

Me dije que serían cosas de la edad.

—Cuenta conmigo, cuñado —declaró Paco—. ¿Adónde vamos ahora?

—Aunque Dalia no fuera la culpable, aquí hay cocaína de por medio. Había poco más de un kilo en la casa, pero, por lo que vi, también los ingredientes necesarios para cortar una cantidad mucho mayor. El lugar de tratar de adivinar lo que ocurrió, deberíamos ir a preguntárselo al dueño de esa cocaína. O mejor dicho, a alguien que sabrá quién es el dueño.

Juan murmuró otra vez, aquello de «*Elementary*» y antes de que pudiera impedirselo, se sentó en el asiento de acompañante de mi coche. Cuando lo miré, me dijo que un ayudante tiene que ir junto a su jefe.

Y no pude rebatir ese razonamiento.

Y debo decir que el comisario Bermúdez, Paco, mi cuñado, el padre de mis maravillosas sobrinas, se portó como todo un hombre, aunque parecía más pálido que una hoja de papel cuando subió a su coche y nos siguió con destino al poblado gitano cerca de la casa de Dalia.

Se metía a puñados las gominolas que Frontela le alcanzaba.

26/El retorno del vasco loco

Por el camino volvió a llamar mi padre, y esta vez atendí el teléfono. Juanito se había puesto unos cascos y escuchaba música en su ultramoderno teléfono móvil.

—Perdona, aita. Es que estaba trabajando.

—Es lo que tiene ser esbirro, hijo mío: hay que obedecer siempre al que paga. ¿Has pensado ya en lo de tu viaje?

—Ahora mismo estoy muy ocupado, como para eso. Pero en cuanto resuelva unos asuntos, te prometo que lo pensaré.

—Pensar, pensar, pensar. A veces, hijo mío, lo que corresponde es hacer y no pensar tanto... que luego, cuando queremos darnos cuenta, se nos ha acabado el tiempo

Al colgar, y pese a que intentaba disimular, comprendí que Juanito no estaba escuchando música.

Dicen que soy un tío bastante hermético, al que hay que sacarle la información con sacacorchos, especialmente si tiene que ver con mi vida y mis sentimientos. Así que no comprendo por qué me vi de pronto hablándole a Juanito de la extraña y reciente fijación de mi padre por los viajes, de la historia de la travesía a Argentina que nunca hizo y de aquel año sabático con Claudia que ya nunca podría tomarme.

No dijo nada y se lo agradecí.

A las afueras del poblado convencí a Bermúdez para que no viniera. Conmigo. Si quería ayudar, bastaba con que se quedara allí, a la vista.

Le dije al agente Frontela que su presencia allí podría comprometerlo, y él respondió que verme en acción era mejor que ver una peli.

Acto seguido, me ofreció más gominolas de una de esas bolsas enormes que siempre llevaba.

Se la quité de las manos y comprobé que estaban caducadas.

—Se las compro más baratas a un chino de mi barrio —explicó—. Todo el mundo sabe que lo de la fecha de caducidad es mentira. Como lo de negar que hay extraterrestres entre nosotros, o afirmar que el hombre llegó a la Luna.

Preferí no discutir y me eché un buen puñado al bolsillo.

Juanito insistió en venir conmigo, pero le dije que, como ya habría visto en mil películas, un compañero siempre cubre al otro cuando se interna en terreno peligroso. Y aceptó el razonamiento.

Con Bermúdez, me bastó recordarle que si él me acompañaba la visita sería oficial y mucho más comprometedor.

Así que me interné en el poblado.

Todo parecía en calma, pero sabía que detrás de cada ventana había alguien vigilando.

Agradecí una vez más lo detallista y meticulado que es Nemo. En aquel informe inicial que le pedí para saber algo sobre Dalia, cuando creía que era solo una loca inofensiva, incluyó datos del

barrio y alrededores.

También del poblado, en el que vivía, aparentemente retirado de todo tipo de negocios, el patriarca Peláez.

Nunca he creído particularmente en los tópicos y aprendí muy pronto que es un error reducir a cualquier etnia o colectivo a sus peores exponentes.

Ni todos los judíos son comerciantes, ni todos los musulmanes son terroristas, ni todos los gitanos venden droga.

Peláez nunca había pisado la cárcel y su leyenda decía que había sacado a mucha de su gente de los negocios sucios.

El aspecto del poblado, que en realidad era un barrio como cualquier otro y más limpio que muchos, ratificaba esa impresión.

Pero las impresiones, a menudo, engañan.

Muy a menudo.

Dos muchachos altos y fuertes salieron de esquinas opuestas y se acercaron al centro de la calle.

No me estaban cortando el paso exactamente, pero tampoco lo dejaban libre.

—Lejos te veo de tu barrio, payo —me tuteó el más alto.

—Yo creo que se ha perdido —comentó el más bajo y también más fuerte—. No se preocupe, señor, que el primo y yo lo acompañaremos hasta la salida.

—¿Y cuándo sacáis las guitarras, empezamos a dar palmas y os arrancáis por bulerías? —pregunte burlón. Clavé mis ojos en el más bajo.

—Dile a Peláez que Arregui lo busca.

Se miraron desorientados, pero tenían que seguir en su papel.

—No me suena ningún Peláez y mira que vivo aquí desde que era pequeño. ¿Y a ti, primo?

—Peláez, Peláez... A mí tampoco. Se habrá equivocado de barrio.

—Tú debes de ser su nieto, el Tomás —le dije al más bajo, que se sobresaltó admitiéndolo, a pesar de que negaba con la cabeza—. Cuando te conocí, eras tan pequeño que te llamaban El Ladilla. Y de mayor, querías ser policía, como yo.

La incredulidad de un recuerdo olvidado, la necesidad de negarlo, la sorpresa... fueron más fuertes que su necesidad de mantener el tipo.

—¡Tú, tú, tú tu eres el vasco loco!

Hacía muchos años que nadie me llamaba por ese nombre y de algún modo me reconfortó, como si me devolviera al tiempo en que no solo era más joven, sino que creía en la humanidad y, por tanto, también en mí.

—El mismo, Tomás.

El otro solo había entendido la palabra «policía».

Echó la mano hacia el bolsillo trasero del pantalón, pero una voz lo frenó en seco...

—Deja esa mano quieta, muchacho, que el vasco loco estará más viejo pero es capaz de romperte la nariz antes de que parpadees.

Peláez siempre había parecido viejo, pero ahora lo era.

Seguía manteniendo ese aire regio, de patriarca, de hombre que es ley entre los suyos, el mismo que tenía hace casi veinte años, cuando nos vimos por última vez.

—¿Qué te trae por aquí, Txema?

—Admirar cómo has convertido en realidad tus sueños, José.

—Mucho queda todavía, y sigue siendo difícil, más con la mierda esta de la crisis. Pero pasa, que tú no eres de hacer visitas de cortesía.

La casa era sobria y amplia, sin lujos excesivos a la vista, aunque con una enorme pantalla de televisión que ocupaba casi toda la pared del salón.

—¿Vienes por lo de la muerte de allí abajo? —preguntó en cuanto me senté.

—Sí, Peláez, un asunto feo que puede salpicarte a ti y a tu gente.

—¿A nosotros? ¿Por qué? Siempre la misma historia. Hagas lo que hagas y aunque trabajes todo lo que trabajes, cuando un payo tiene un problema, el culpable es un gitano.

—Venga José, que ya estás como esos chavales ahí fuera: te falta sacar la guitarra y marcarte un fandango.

Esas palabras le dibujaron una sonrisa. Creo que muchos de los que estaban presentes, observándonos, no lo habían visto sonreír jamás.

—Dejé toda esa mierda y lo sabes, Arregui. Bien que lo sabes.

Mientras lo decía se pasaba el dedo por el puente de su nariz de boxeador.

Hacía muchos años, por familia y por obligación del entorno, Peláez tuvo que asumir un mando y unos negocios que detestaba. Nuestros caminos se cruzaron y digamos que yo lo ayudé a decidirse.

Buena parte del clan lo abandonó, pero él comenzó a construir su sueño de un barrio en el que los niños fueran a clase, en el que los robos no fueran su escuela ni la droga su universidad.

Conseguirlo no había sido fácil: el suyo era un ejemplo peligroso.

Y puede que debiera más de una muerte para defender otro modelo de vida.

Pero hace años supe que lo había logrado y lo celebré.

Lo que no imaginaba era que tanto tiempo después estaríamos otra vez frente a frente.

Él tenía la mirada de quien tiene una misión y cree en ella. Ç

Mi mirada, me dije, sería la del viajero que busca el horizonte y nunca lo alcanza.

—Yo sé, José, que aquí no entra ni sale droga. Pero mucha gente no lo sabe o no lo cree. Ahí abajo se encontraron un kilo de coca y todo lo necesario para cortar por lo menos diez. La policía supone que forma parte de un tráfico mayor. ¿Adivinas a quién le van a echar la culpa?

Bajó la cabeza, la ladeó un poco como si escuchara un pensamiento ajeno y me miró con los ojos achinados.

—Pero seguro que tú, vasco loco, tienes alguna idea.

Se lo expliqué y no le gustó.

—¡José Peláez nunca ha dado información a la policía!

—Genial, porque ya no soy policía, patriarca. Pero de algún modo, y lo sabes, soy tu amigo.

Dio dos palmadas y comenzaron a salir mujeres con viandas y dulces y vinos y licores.

Yo no había probado bocado desde la noche anterior en el local de Beto. Y hubiera sido poco amable por mi parte despreciar las delicias con las que me agasajaban.

—Supe lo de tu mujer —dijo—. Lo siento mucho.

—Y yo, José. Y yo.

Hizo chocar su copa con la mía en un mudo brindis por Claudia, que agradecí sinceramente, esto es, sin decir nada.

—Pregunta, Arregui. Y si puedo contestar sin traicionar a los míos, lo haré.

27/ Un completo gilipollas

Una investigación se basa en el trabajo rutinario, en el tesón de la hormiga y a menudo en la repetición sin sentido de la gota que termina perforando la roca.

Aunque en esta era de la información global e instantánea es relativamente fácil conseguir datos de sobra, lo primero que aprendes en mi oficio es que ningún dato sobra.

La intuición y los sentimientos también cuentan, pero el trabajo es el que termina por resolver los casos.

Y el trabajo que le encargué a Juanito era monótono y pesado, pero lo hizo con ese buen humor suyo que resultaba envidiable.

Yo me instalé en el bar del pueblo y me dediqué a esperarlo.

El comisario Bermúdez también tenía una tarea y, aunque no comprendía demasiado, no quería arriesgarse a que el rey volviera a llamarle la atención.

Al atardecer vino a decirme que todo estaba dispuesto tal como yo había solicitado.

Yo seguía mirando el teléfono y a la puerta del bar, dos vías diferentes por las que podrían llegarme informaciones diferentes.

Y no sabía cuál sería más importante.

Juanito volvió y me dijo que sus gestiones habían dado resultado. Y que, aunque le doliera un poco, molaba eso de ir puerta por puerta y que nadie lo reconociera.

Le di las gracias.

Fue hacia la barra y volvió con dos vasos con bourbon y hielo.

Se sentó frente a mí y me dijo:

—Eres uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida, José María Arregui. Un policía brillante y honesto, un tipo consecuente y fiel a sus principios. Y un completo gilipollas.

Me sobresaltó el final de esa sarta de elogios, pero estaba bastante de acuerdo, aunque no sabía por qué.

—Tu padre.

—¿Qué pasa con mi padre?

—¿Qué nos pasa a todos, amigo? Que se muere.

—¿Qué?

—No todavía, vamos. Pero ya le está viendo las orejas al lobo. ¿Sabes por qué está dándote la barrila con lo del viaje de tu vida? Porque le han diagnosticado una leucemia que, de momento está bajo control, pero nunca se sabe. He hablado con mi médico y me dijo que cuando llegamos a viejos las células buenas ya no se reproducen con la misma velocidad, pero, por suerte, las malas tampoco.

—¿Cómo sabe que mi padre...?

—Como podrías haber sabido tú: preguntando.

—¿Usted ha hablado con mi padre?

—Hacía meses que no conversábamos, porque ya sabes que él es muy suyo, y es mejor no discutirle de política.

—¿Quiere decir que usted habla regularmente con mi padre?

—Claro. ¿Tú no?

—¿Y de qué hablan?

—De ti. ¿De qué va a ser? Aunque con el tiempo hemos empezado a contarnos cosas de viejos, ya sabes. Cosas nuestras. Pero hoy cuando me comentaste todo eso de los viajes, me di cuenta de que está preparándose para recoger su vida. Y ya que no puede corregir sus errores pasados, intenta que corrijas tú los tuyos.

Tardé en darme cuenta de que las lágrimas rodaban por mis mejillas.

Estaba llorando sin espasmos, sin mocos, pero con un dolor tan profundo, que sentí que quedarían para siempre en mi cara las grietas de esas lágrimas.

Juan me miró y me agarró la mano.

—Tranquilo, que se lo han detectado muy pronto y los pronósticos son positivos. Tendrá que comenzar con la quimio en unos meses. Pero también hablé personalmente con su médico y me aseguró que está como un roble.

—Gracias, Juanito. Y yo, ¿qué puedo hacer ahora?

—Lo que has hecho toda tu vida, Arregui. Lo que necesitas hacer. Primero soluciona esto y, luego, si quieres, corre hasta la casa de tu padre a abrazarlo como un niño que tiene miedo.

—Está siendo muy duro conmigo.

—Será que estoy más cerca de él que de ti, Txema. No conozco demasiado a tu padre, y en estos años solo hemos hablado por teléfono una docena de veces. Pero no lo imagino como el viejito que de pronto quiere convertirse en un mueble que debe de ser cuidado por su hijo, el que ha pasado de él desde hace media vida. Y no te estoy criticando. Haz lo que mejor se te da, después de romper narices, Txema: resuelve el caso, y piensa qué es lo que necesita tu padre. No lo que ahora necesitas tú de él.

No había demasiados testigos en el bar a esa hora, pero aunque hubiera estado repleto, hubiera hecho lo mismo: abracé a Juanito y seguí llorando.

Me sequé las lágrimas, me bebí el bourbon aguado y, entonces, sonó el teléfono. Escuché durante medio minuto, di las gracias y colgué.

—Apure ese whisky, rey. Que tenemos que ir a resolver un caso.

28/ A lo Agatha Christie

Era inevitable sentirme como uno de esos pomposos detectives de Agatha Christie, que tanto había despreciado como lector a lo largo de los años y tanto había envidiado en secreto.

Fanático confeso de Raymond Chandler, pensaba como él que la señora se había limitado a encerrar la novela criminal en un jarrón de porcelana china.

En sus novelas, el culpable era siempre el inadaptado, el bastardo, el que no encajaba en una sociedad a la que la Christie, al parecer, no le encontraba muchos defectos.

En las novelas negras que me gustaban y en la vida real, como policía primero y luego como detective, yo había aprendido que el asesino no era el mayordomo, sino el sistema.

Y allí estaba yo, en el salón del chalé de los Aguilar, con todas las personas cercanas a la muerta esperando mis palabras.

Y detrás de mí, un comisario Bermúdez que ponía cara de póquer, pero de las que pones cuando sabes que no tienes buenas cartas y que los demás lo notarán.

El agente Frontela repartía gominolas caducadas a todos los presentes de otra gran bolsa. Ignoraba de dónde la habría sacado.

Johnny Bourbon permanecía a mi lado, dos pasos detrás.

Y de un modo extraño, eso me reconfortó.

—Ante todo, quiero agradecer vuestra buena disposición para mantener este encuentro, que nos permitirá esclarecer un desagradable asunto.

—¿Buena disposición? —Protestó Mijail Péres, director de la organización sin ánimo de lucro HAC—. ¡A mí por poco me traen esposado!

—Un exceso de celo por parte del agente Frontela, del que nos disculpamos el comisario y yo, señor Péres. Le aseguro que ni usted ni su organización tienen nada que temer de la Justicia en relación con este caso.

Se relajó en su sillón.

Rosa, comedida como siempre, esperaba sin evidenciar emoción alguna, mientras que su novio, Alejandro Pedralbes, intentaba en vano conseguirlo.

La madre sonreía beatíficamente. Sus labios dibujaban una de esas sonrisas que las pastillas te pintan en la cara sin permiso.

—Como todos ustedes saben —comencé—, hace solo unas horas, a pocos cientos de metros de aquí, Delia Aguilar moría en un tiroteo con un vecino de nombre Elías Zambrano. Todo indica que se quitaron la vida mutuamente durante un intercambio de disparos, a causa de un alijo de cocaína. En la casa se recuperó poco más de un kilo de esa sustancia y excipientes de sobra para cortar más de diez kilos de la misma, manteniendo una pureza muy competitiva. ¿No os parece paradójico hablar de «pureza», hablando de drogas? Aunque no más que usar las palabras «mercado» y «pureza» en la misma frase. Perdonen la digresión. Es que esta noche apenas he dormido una hora.

Bermúdez tosió para mostrar su impaciencia.

—De hecho, señora Aguilar, si pudiera ofrecerme un café, se lo agradecería —agregué.

Ella pareció despertar y le indicó con un gesto a Alcira, la asistente, que me preparase un café.

—Muy amable, señora. Prosigo, si no le importa. Sabrán que yo encontré los cuerpos, ya que estaba siguiendo a Dalia en relación con una... investigación que me había encargado.

—Entonces ¡era cierto que contrató a un detective para rescatar a la gatita! —la sensata Rosa no pudo evitar un tono de recochineo.

Pedralbes me sonrió, burlón.

—Eh... Eso no viene al caso. Lo importante es que cuando entré, comprobé que había detalles que no cuadraban. Por ejemplo, faltaba el bolso de su hermana. Ya sabe a cuál me refiero. Ese bolso enorme y deforme sin el que no salía a la calle. ¿Me equivoco? Puedo determinar que anoche, mientras estaba en el centro lo tenía consigo. Y también cuando emprendió el trayecto a casa de Zambrano.

—¿Y cómo sabe eso? ¿Es que usted también se la tiraba? —se mofó Pedralbes, hasta que notó la mirada fulminante de su novia.

—¡Aquí las preguntas las hacemos nosotros! —Cortó Bermúdez.

—¡Go ahead, make my day! —murmuró Johnny Bourbon.

—El caso es que si su bolso no estaba, fue porque alguien se lo había llevado —continuó—. Y también a la gatita.

—Tal vez no lo sepa —se ofreció Rosa—, pero cuando ayudé a mi hermana a buscar a *Patty*, nos dijeron que lo tenía una pareja ecuatoriana. ¿Han encontrado a la mujer?

—No puedo darle esa información, aunque la suya es una aportación muy útil, señorita Aguilar. Pero dejemos la escena del crimen, por el momento, y vayamos al móvil: la cocaína. Todo indica que Zambrano y su hermana la estaban cortando y distribuyendo. Y que esperaban procesar mucha más cantidad.

Hice una pausa para disfrutar de la expectación de mi público.

—Como sabrán, ese mundillo está lleno de policías infiltrados y de confidentes. No fue difícil comprobar que, hace poco más de un año, un nuevo jugador había entrado en el tablero. Una chica de pelo verde, que al parecer, inquietaba a los propios narcos a los que les compraba la droga. En cuanto vieron una foto de su hermana, la reconocieron. Empezó con cantidades modestas y pronto fue comprando mucho más, hasta obtener algo inusual: una línea de crédito por parte de los narcos. Le permitían llevarse cantidades significativas de mercancía pagando solo un tercio en el momento de la entrega y el resto, en dos mensualidades. Como he dicho, era algo sin precedentes, pero según nuestros informantes, los propios capos regionales preferían tener a «la loca de pelo verde» de su lado, en lugar de tenerla en su contra.

La asistente asomó a la puerta del salón con el café.

Me acerqué a ella, tomé de sus manos la taza humeante, le di las gracias y volvió a su lugar, detrás de la familia.

«Todo muy clasista», pensé. Y también me dije que eso lo pensaba un detective que tenía a un rey por ayudante.

—Está exquisito, gracias. Decía que todo fue sobre ruedas hasta hace poco más de un mes. Dalia retiró treinta kilos de cocaína, abonando un tercio de lo acordado. La fecha coincide con la del desfaldo que usted me comentó, señor Péres. Y creo que la cantidad estimada, también. Al menos, ya sabemos para qué se usó ese dinero, que fue repuesto por usted, señora Aguilar, para evitar que su hija fuera a la cárcel. El caso es que la semana pasada, cuando vencía el siguiente

plazo, Dalia se retrasó en el pago. No se sabe, todavía, lo que ocurrió. Quizá su socio o empleado le jugó una mala pasada, o algún traficante rival.

Me interrumpió el timbre.

El agente Frontela fue a abrir y volvió acompañado de mi socio, Máximo Legrand, apenas visible detrás del policía.

—¿Y este quién es? ¿Otro asesor? —Se burló Pedralbes — Si es así, espero que le paguen el sueldo «mínimo»...

Decididamente, el muchacho era tonto.

Muy tonto.

Hasta yo, que estaba de espaldas a él, sentí cómo lo atravesaba la mirada de Max.

—En su lugar, no estaría humor para chistes, Pedralbes —dije—. Muerta Dalia, a quien reclamarán la deuda será a su socio, el tipo que se quedaba en la afueras del poblado, para no ser visto. Como si esos lugares no estuvieran atestados de vigilantes de los narcos y de la policía. ¿Ella le hizo creer que nadie lo vería, que usted quedaría al margen? ¡Qué ingenuo! Y vale que su fama televisiva duró menos que una cerilla encendida bajo la lluvia, pero hay gente que lo recuerda todavía. Si quiere un consejo: no es conveniente ir a comprar alijos de cocaína llevando un Jaguar tan reconocible como el suyo.

No lo esperaba.

Evidentemente, me estaba haciendo viejo, porque no me lo esperaba.

Pedralbes saltó hacia mí y disparó un puñetazo a mi cara.

Alcancé a girar para esquivarlo, pero no lo suficiente.

Me dio en la nariz, que comenzó a sangrar.

Mis reflejos funcionaron y le propiné un golpe en la nuca con la mano izquierda que lo hizo trastabillar.

Sacó una navaja del bolsillo, la abrió y vino hacia mí.

El agente Frontela le pegó con la pesada bolsa de gominolas en la cara, y Pedralbes retrocedió.

Y no pudo hacer más, porque Máximo Legrand ya le estaba dando la paliza de su vida.

Fueron apenas veinte segundos, o menos.

Pero todos lo mirábamos hipnotizados, el primero Bermúdez, que llevaba años oyendo hablar de las habilidades de mi pequeño socio, pero jamás lo había visto en acción.

Cuando acabó con Pedralbes, el agente Frontela tuvo que levantarlo del suelo para esposarlo y entregarlo en custodia al otro agente.

Alejandro Pedralbes tenía la pinta de alguien que sabe que no volverá a conducir un Jaguar en mucho tiempo.

29/ Una mujer al final de sí misma

Mi camisa estaba empapada de sangre y me taponé la nariz con una servilleta hasta que pude hablar otra vez.

—Lamento todo esto, señora Aguilar, pero nos falta solo un detalle. Agente Frontela, por favor. Me alcanzó un papel que le di a la viuda y lo miró sin entender.

—Es una orden de registro, señora. Pedralbes puede haber ocultado pruebas aquí. En este momento, otro equipo está revisando su apartamento.

Frontela y el otro agente se perdieron por el pasillo y aproveché un cruce de miradas fugaz con mi socio para que me dijera que todo estaba en orden.

No era muy ortodoxo lo que había hecho, pero sí efectivo.

En sus tiempos de ladrón de guante blanco, las especialidades de Max eran dos: colarse en las mansiones sin ser detectado por las alarmas y encontrar, siempre, ese escondite perfecto que ante su talento no lo era tanto.

Su mirada me dijo que había hallado lo que yo esperaba, y se limitó a sugerir al agente sitios donde buscar.

—Serán solo unos minutos y probablemente no encuentren nada. Como les decía, me extrañaba la desaparición del bolso. ¿Inmediatamente después de un tiroteo, la compañera de Elías iba a tener la sangre fría de acercarse a los cuerpos para robar un bolso? ¿Y qué interés podía tener ese bolso para otra persona? Me refiero a ese bolso.

Frontela entró al salón, procedente del pasillo.

En las manos sostenía el enorme bolso de Dalia.

—Estaba en un doble fondo debajo del fregadero —comentó mirando a Legrand, y ante los gestos de mi socio, volvió la cabeza hacia Bermúdez.

Tomé el bolso con un pañuelo y lo levanté.

—El bolso de Dalia. Por grande que sea, aquí no cabría mucha coca. ¿Qué podía haber aquí que comprometiera a alguien?

Las mariposas habían dejado de aletear en vano hacia horas.

Sabía lo que debía buscar. Por eso me sorprendió el retorno de esa sensación extraña mientras sacaba y mostraba su teléfono móvil.

—Revisando la lista de llamadas, comprobaremos quién la llamó esta madrugada para citarla en casa de Elías Zambrano con la intención de recuperar a su gatita, quién la atrajo con engaños y montó una falsa disputa para que pareciera un ajuste de cuentas. Pero no será necesario revisar la lista de llamadas, ¿verdad, Rosa?

La sensata Rosa me miró como si estuviera loco.

Y siguió haciéndolo pese a que el agente mostrara la peluca verde que había hallado, como explicó, en un hueco entre dos tablas del cuarto de invitados.

La sonrisita triunfal de Legrand fue casi odiosa.

—¿Es un delito llamar a mi hermana a altas horas de la noche para saber a dónde está? —Rosa seguía manteniendo el tipo—. ¿Un bolso y una peluca es todo lo que tiene?

Por un momento comprendí al bueno de Poirot.

Esa sensación teatral de prestidigitador que hace aparecer la verdad.

Solo que él no hubiera estado cubierto de su propia sangre.

Fingí recordar algo de pronto y me golpeé la frente.

—¡Qué descuido por mi parte! Olvidé decirle que tenemos una testigo.

La asistente dio un paso al frente y señaló a Rosa.

Solo entonces se dieron cuenta de que no era su asistente, aunque llevara el mismo uniforme y se pareciera: morena, piel cobriza, una cara redonda que en una foto no muy lejana había sido feliz.

—Ella es Margarita Fuentes. Y estaba durmiendo en el dormitorio de la casa de Elías, cuando usted, Rosa, llamó a la puerta, lo encañonó y lo obligó a montar todo el escenario del falso laboratorio para cortar coca. Ella dormía con la gatita que usted les ordenó «secuestrar» para montar todo este circo y atraer a Dalia hacia la casa.

Rosa mantenía la cabeza alta, pero ya no parecía tan sensata.

—Ella despertó poco antes de los disparos, cuando llegó Dalia y comenzó la discusión. Ella lo vio todo, Rosa. Cómo usted le disparó a Elías y cambió de arma para matar a su hermana. La vio quitarse la peluca verde, recoger el bolso y huir por la puerta del patio. Y cuando yo empecé a patear la puerta, solo atinó a huir con lo puesto y con la gatita en brazos.

—¡Se lo merecía! —Rosa ya no parecía sensata, solo era una loca furiosa—. Era tan idiota que ni siquiera sospechó de mí cuando la acusaron del desfalco, pese a que yo la había ayudado con la contabilidad y conocía todas las claves. El imperio de papá se había hundido, nuestro futuro se iba a la mierda, y ella seguía bailando claqué y haciendo yoga.

El agente Frontela le puso las esposas, pero ella no podía parar:

—¡Lo mejor de usar su personalidad para comprar la coca y distribuirla fue saber que si la pillaban, nadie le creería, con esas pintas de loca! La llamé, le dije que rescataríamos a *Patty* por la fuerza, si era necesario, y vino como una imbécil, directa a la trampa.

El agente la llevó hacia afuera, acompañado por Max. No quería que mi socio estuviera allí cuando llegaran los demás policías.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Mijail Péres.

—Desde luego. Como le dije, no tiene usted nada que temer de la Justicia en todo esto.

Salió con prisas y yo seguí revisando el bolso.

Las mariposas eran polillas de alas cenicientas en mi cabeza.

—¿Cómo sospechaste de ella, Txema? —quiso saber Bermúdez.

—Porque se llevó el bolso para no pararse a buscar el móvil mientras yo intentaba echar la puerta abajo. Y también por el arma que sostenía Dalia. Si ya tenía una pistola, ¿para qué robar la mía? Que ahora que lo pienso...

Las polillas de detuvieron y mi mano buscó por el fondo del bolso.

—Mi automática —murmuré, incrédulo—. No está.

—¿Se refiere a esta?

La madre de Dalia y Rosa ya no parecía una yonqui legal.

Y la automática no temblaba en su mano mientras nos apuntaba en un barrido exacto a Juanito, a Paco y a mí.

Margarita le quedaba más lejos, pero no dudé que la mujer sabía usar el arma y podría

abatirnos antes de ser reducida.

—Teníamos un imperio y lo perdimos. Tuve un marido y lo perdí. ¿Qué más daba perder a una hija inútil, si así recuperábamos nuestra fortuna? Si no hubiera sido por esa estúpida gatita y porque Dalia se colgó de usted, todo habría salido como lo planeé. ¿Sabe que anteanoche vino a decirme que por fin había encontrado a un hombre de verdad? Así que lo menos que puedo hacer es ayudar a que os reunáis...

Me apuntó.

Iba a disparar.

—*Shut the fuck up!* —gritó Juanito mientras se adelantaba.

La viuda lo encañonó y yo salté para cubrirlo con mi cuerpo.

Sentí el fuego en el hombro y caí junto a Juanito, mientras Bermúdez le daba a la viuda un puñetazo digno de un campeón de los pesos pesados.

La cara de la señora Aguilar volvía a ser la de una mujer al final de sí misma. Optó por desayarse.

—¿Está usted bien, Juanito?— pregunté.

Asintió mientras se levantaba.

—The seal is broken.

—¿Qué?

—¡Que me estoy meando, coño! Ya tengo una edad, ¿sabes?

Mientras Johnny Bourbon iba al baño, Paco comenzó a inspeccionar el respaldo del sofá. Soltó un gruñido triunfal al encontrar el orificio de la bala de la viuda, y buscó algo en el bolsillo de su chaqueta. Unas pinzas similares a las de depilar, pero algo más grandes. Las introdujo en el agujero del tapizado y extrajo la bala.

—Toma, cuñado. Para tu colección.

Me lanzó la bala y al intentar cogerla en el aire, la herida del hombro me quemó. Paco la recogió del suelo y me la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Es que tengo que hacerlo todo yo? —Rezongó en broma,

Luego retrocedió unos cuantos metros, sacó su arma reglamentaria, y disparó. Parecía imposible, pero la bala entró por el mismo agujero.

Paco siempre ha sido un tirador de primera,

Limpió el cañón, enfundó su arma y me miró:

—No hacen falta más detalles irregulares en este caso de locos. Mi arma se disparó por accidente y sufriste una herida leve. —me tendió mi automática y la retuvo—. Te la devuelvo con la condición de que le sigas disparando a las nubes, y no a ti mismo, Txema.

—¿Cómo lo...? ¡Beto!

—Yo también soy cliente, ¿recuerdas? Y tu cuñado. Nos preocupas.

Se acercaba el sonido estridente de varias sirenas.

—Paco, no creo que necesitemos el testimonio de Margarita, ¿verdad?

Él miró en todas las direcciones, menos en la que estaba la muchacha.

—¿Margarita? ¿Qué Margarita, Txema? —Le guiñó un ojo y salió a recibir a los refuerzos, murmurando que, como siempre, llegaban tarde.

Ella fue a la cocina en busca de su ropa y antes de salir me hizo el gesto internacional de hablar por teléfono. Asentí.

Me quedé solo en el salón.

Ya estaba casi todo hecho.

Y no me sentía feliz.

Una gran mano se apoyó en mi hombro.

—Ánimo, Txema. No conocí a Dalia, pero lo que hoy has hecho por ella es algo especial.

—*Hemos*, Juanito. *Hemos* hecho.

—¿A que he estado cojonudo? ¡Venga, un abrazo!

No alcancé a pedirle que no me apretara el hombro herido.

Y me desmayé.

30/ Palabra de Johnny Bourbon

Como suele decirse en las películas, solo había sido un rasguño.

Pero ya quisiera yo ver a esos guionistas recibiendo un rasguño de una bala del .45 en el hombro. Sangró bastante, pero como la bala no entró, solo me esperaban unos días de vendaje y molestias.

El comisario y Juanito arreglaron todo lo que podía arreglarse, y mientras unos sanitarios me curaban en la ambulancia aparcada frente al chalet, me enteré de la versión oficial, la que yo debía repetir.

Dalia había acudido a mí como detective privado, para que siguiera a su hermana, porque sospechaba que su novio la intentaba vincular a alguna actividad ilegal.

Esa noche, cuando Rosa la llamó, Dalia vino a verme antes de ir a la cita con su hermana. Yo le aconsejé que no fuera, pero fue imposible hacerla entrar en razón. Por eso cuando se marchó, decidí seguirla para asegurarme de que no corría peligro. Pero llegué demasiado tarde.

El resto era más o menos lo ocurrido, salvo que las pesquisas las había llevado, con brillantez, el comisario Bermúdez y yo solo había actuado como testigo. Alguien mencionaría la participación de un inglés muy alto, pero al no haber testimonios oficiales al respecto, su presencia no constaría en los atestados.

Pedralbes confesó todo lo necesario de camino a comisaría, porque le dijeron que se encargaría de su interrogatorio ese hombre muy bajito y de bigotes con el que tendrá pesadillas mientras viva.

Rosa y su madre ratificaron sus confesiones.

Eran carne de psiquiátrico.

Cuando le pregunté, Paco me dijo, como quien le consiente un capricho a un sobrino travieso pero preferido: «Que sí, joder, que el buen nombre del ecuatoriano quedará a salvo y se hará público que no tenía nada que ver con drogas y que la loca de mierda de Rosa lo obligó».

Los paramédicos querían llevarme al hospital, impresionados por la cantidad de sangre en mi camisa, pero me negué.

Tenía todavía mucho por hacer.

Anocheceía y el cielo me recordó el inicio de la noche anterior, en el descampado frente a la casa de Elías.

No quería pensar en el resto de la noche.

La luna resplandecía, aprobadora, y la sombra de un pino se proyectaba nítida sobre el techo del garaje.

Le indiqué a mi cuñado que alguien buscara un escondite allí y me respondió que yo había perdido mucha sangre.

Cuando vio cerrarse mi puño derecho, cambió de idea y mandó a Frontela y a otro agente a echar un vistazo.

Un rato después, con gritos alborozados, anunciaron que habían encontrado un alijo de cocaína de casi treinta kilos.

Mientras celebraban el hallazgo, vibró el móvil en mi bolsillo.

Mensaje de Nemo.

Tenía casi lista la información que le había pedido, y me estaba enviando el vídeo en baja resolución para que llegara más rápido.

Esperé.

Encendí un cigarrillo y el para-médico me miró mal.

Yo lo miré peor y seguí fumando.

Eran archivo de vídeo largo.

Le di al play.

Nemo había editado las imágenes de ambas cámaras, pero según su mensaje, había descargado las originales, que ya no estaban en el servidor.

Me obligué verlo completo.

Furia y asco.

Ganas de pegarle a alguien.

Y pegarle mucho.

Ganas de matar.

Y puede que lo hiciera.

Busqué en mi lista de llamadas y remarqué el número.

—Caso resuelto —le dije al Súper en cuanto atendió—. No, por teléfono no puedo decirte nada. En dos horas. En tu casa. Nada de despacho oficial. Lo tomas o lo dejas.

Y colgué.

El para-médico me preguntó si me sentía mal y dijo que estaba pálido como un cadáver.

—Como dos —le contesté y le ofrecí un cigarrillo.

Lo aceptó y fumamos en silencio.

Bermudez y el rey se acercaron.

Juan tenía el bigote postizo caído de un lado.

—A ver, Arregui, que ya no eres un crío y has perdido sangre. Te llevo a tu casa ahora mismo y sin rechistar. Mira que, si no, te vienes conmigo a palacio y a ver cómo le explicas todo esto a mi nuera.

—A mi casa, Juanito, a mi casa —supliqué—. No quiero abusar de mi suerte. ¿Puedes hacer que alguien me lleve el coche, Paco?

—Claro, cuñado.

—Esta noche. Y espera, que tengo algo para ti.

Saqué del bolsillo interior de la chaqueta el sobre con el bono para el spa italiano de lujo. Un extremo estaba manchado con mi propia sangre. Bermúdez leyó y no entendió.

—Me lo regaló Legrand para que lo compartiera con alguien que fuera importante para mí. Y mi hermana y tú sois importantes. Disfrutadlo.

—Joder, Txema, qué detallazo. Verás cuando se lo cuente a Ana.

—No le contarás nada. Es un regalo tuyo, a ti se te ocurrió esa escapada romántica con tu mujer y ahorraste la pasta dejando de jugar a las tragaperras desde hace meses, ¿vale?

Y me fui antes de que me diera otro abrazo.

Mientras conducía rumbo al centro, el rey se quitó el disfraz pero se dejó el bigote. Iba mirándose todo el rato en el retrovisor.

—Igual me lo dejo de verdad, ¿qué opinas?

—Que usted ya está jubilado. Puede hacer lo que quiera.

Moví con cierta dificultad el brazo izquierdo y toqué su mano.

—Y gracias, Juan. Me salvó la vida al distraerla. Estaba a punto de dispararme.

—¡Gracias a ti, Txema! Menudo salto para cubrirme. Me recordaste al Kevin Costner en *El guardaespaldas*.

Buscó la canción en su ultramoderno teléfono, y tuve que pasarme todo el tiempo escuchando cómo cantaba en falsete y a coro con Whitney Houston *I will always love you*.

Creo que yo también canté un poco.

Al dejarme frente a casa, me miró fijamente.

—Todavía no se ha terminado, ¿verdad, Txema?

—Queda poco, Juan. Pero, por si me ocurre algo, no se olvide de Margarita Fuentes. Nemo tiene todos los datos.

—¿Sabes que ella hubiera colaborado aunque no le prometieras nada?

—Por eso se lo merece. Además, si le consigue la nacionalidad española, su hijo tendrá una súbdita más, rey. Hay que mantener el negocio.

—Tranquilo, me ocuparé personalmente. Palabra de Johnny Bourbon.

Me bajé con cuidado del Volvo, di la vuelta y me acerqué a su ventanilla.

—Ha sido usted el mejor ayudante que he tenido en mi vida.

—¿Has tenido muchos?

—Solo a usted,

—¡Qué cabrón! ¡Ja, ja, ja!

La carcajada seguía resonando cuando hacía un rato que su coche se había perdido por la esquina.

Subí a casa, preparé un café bien cargado y esperé.

Hablé con Nemo por Skype y se asustó al verme tan ensangrentado.

Él también seguía impactado por la brutalidad del vídeo.

—No he parado de vomitar, tío. Ve con cuidado, ¿vale?

Lo tranquilicé como pude y le pregunté por el resultado de sus otras pesquisas..

—Te habrán roto la nariz otra vez, jefe. Pero el olfato no te falla. Acabo de enviarlo todo. Cúdate.

Sería por los calmantes.

Seguro.

Pero me emocionó que me llamara «jefe» en lugar de «madero».

Leí la copia del material y la rabia me despejó más que media docena de cafés.

Me duché, y me puse ropa limpia.

Pero me seguía sintiendo sucio por dentro.

Cuando sonó el timbre para avisar que me traían un coche, en lugar de esperar a que el agente subiera, bajé yo.

Me quedé en la puerta mientras la patrulla se alejaba.

Luego fui hasta mi coche y lo puse en marcha.

Me costaba conducir con una sola mano, pero el puñado de calmantes que tomé antes de bajar hizo efecto y después de un rato pude usar mi brazo izquierdo.

Eso me alegró.

Iba a necesitar los dos brazos.

Ya falta poco. El sol lleva horas dibujando sobre la Tierra su teatro de sombras.

Y la mía es cada vez más oblicua. Es una sombra mucho más valiente de lo que yo nunca he sido, porque no busca excusas ni da rodeos.

Va, directa y cortante, hacia su destino.

Atardece.

Es la hora en que toda sombra demuestra su verdadera estatura.

Dentro de un rato, cuando el sol borre lo dibujado durante el día, los fantasmas se desperezarán en sus escondites y saldrán del gimnasio buscando, desesperadamente, espejos que los ratifiquen.

Las hadas urbanas, cansadas de esperar un polvo mágico que les cambie la vida, se vestirán de brujas madrinas y confundirán un gin-tonic con una poción de amor.

Pero para eso falta, todavía.

Ahora atardece y mi sombra demora el momento de tocarte.

Porque cuando lo haga, nada volverá a ser lo mismo.

Nunca.

31/ Para qué

Seguía viviendo en la misma casa del barrio de Chamberí que conocí cuando éramos casi amigos, y que le resultaría enorme diez años después de su segundo divorcio sin hijos.

Cuando me abrió la puerta me convencí de que para el Súper el dinero no era un objetivo.

La decoración, los muebles, todo era de buen gusto pero no había lujos excesivos. Nada que mostrar para proclamar que el dueño de casa ha triunfado en la vida.

Me pregunté para qué tanto empeño en estar cerca del poder, en ser el poder mismo en la sombra. Para qué perder familias y años, manteniéndose de gobierno en gobierno en un puesto con más influencia que prestigio.

Para qué.

Quizás estaba a punto de saberlo.

Me hizo pasar al salón conteniendo la impaciencia por oír lo que tenía que decirle.

Parecía cansado.

Muy cansado.

—¿Un whisky? —propuso y supe que serían dos.

Uno para cada uno.

Asentí.

Cuando me alcanzó el vaso, lo dejé en la mesa baja y le di un puñetazo en el estómago con el brazo sano.

Se dobló y aproveché para darle otro en la cara.

Cayó sentado en la alfombra que la habrían regalado en su primera boda.

No se defendió, aunque estaba en forma.

—¿Por qué? —Preguntó.

—Por meterme en este asunto de mierda que me hará sentir sucio mientras viva. Por soberbio. Por obsecuente. Y por idiota.

Comprendió que no seguiría atacándolo y se puso de pie.

Se acercó a la mesa, tomó su vaso y bebió un trago corto.

Me dije que yo estaba perdiendo pegada con los años y me consolé recordando que soy zurdo y con esa mano lo hubiera noqueado.

—Sabes que no tuve nada que ver, ¿verdad? —Preguntó.

—En cierto modo, sí.

Manipulé el teléfono, busqué el vídeo largo, le di al play y se lo alcancé.

Tardó en reconocer la escena, porque llevaba décadas sin ir por allí.

—Pero... Esto es...

—El corazón de Jesús —contesté—. Sigue mirando.

Sabía lo que vería.

A Jesús recogiendo para cerrar el bar mientras Magdaleno terminaba de limpiar la cocina.

A los dos encapuchados entrando, cerrando la puerta por dentro y encañonando al propietario.

Al mulato saliendo de la cocina con las manos en alto, pidiendo calma.

A uno de los encapuchados que le pegaba con una porra en la cabeza hasta hacerlo caer, y le seguía pegando con saña.

A Jesús del Reino lanzándose contra él, mientras el otro encapuchado lo golpeaba con la pistola.

A la pareja en el suelo, indefensa.

Y a los agresores golpeando sin piedad, sin parar, hasta que dejaron de moverse.

Al más alto saltando detrás de la barra y comenzando a volcar cajas y cuadros, mientras parecía buscar algo que no encontraba y eso lo enfurecía mucho más.

Al otro revisando la trastienda y la cocina en vano.

Y a los dos, frustrados y rabiosos, pateando a los cadáveres hasta quedarse sin aliento y quitándose los pasamontañas para respirar mejor, y mostrar cada uno a una cámara sin saberlo, sus caras.

Blanes y Molina.

Los dos jóvenes agentes que me habían abordado la noche en que el Súper me ofreció ese infame trabajo que estaba a punto de terminar.

Y pensé, estúpidamente, que el que me había parecido más decente aquella vez, fue el que más ferocidad demostró con las víctimas.

—No entiendo —dijo el Súper, abatido—. Tú me dijiste que esos asesinatos no tenían nada que ver con el caso Latro.

—Te mentí. Por si tú me estabas mintiendo.

De pronto comprendió.

—¡Maldito Arregui! Supongo que fuiste allí para buscar información, y esos dos te siguieron. ¡Te sientes culpable de esas muertes y me acabas de pegar porque no puedes pegarte a ti mismo!

Tenía razón y ambos lo sabíamos.

—No te veo demasiado afectado al descubrir que tus hombres de confianza son unos asesinos que alguien más listo que tú coló en tu entorno para tenerte controlado —le dije—. Tengo las grabaciones originales y en alta calidad. Puedes hacer que los detengan de inmediato y te lo aconsejo, porque de lo contrario, iré por ellos.

—Demasiado tarde. Hace una hora me han notificado que los dos han muerto. En un accidente de tráfico.

No me sorprendió.

Eran piezas descartables y sabían demasiado.

—¿Quién crees que les pagaba, Súper?

—Cualquiera. Todos los que pueden perderlo todo si el dossier de Latro existe y aparece. Esto refuerza la hipótesis de que no se suicidó.

—Refuerza, pero no demuestra —argumenté—. Yo, en tu lugar, daría por cerrado el asunto. Está claro que lo del dossier fue una bravata de Latro Rapíñez. Siempre quedarán dudas, pero el suicidio es lo más conveniente,

Me levanté del sillón y me acompañó hacia la puerta.

Antes de salir me volví.

—Y si quieres un consejo, no hagas lo que yo haría: seguir investigando y revolviendo esta mierda. No creo que les importe ir por ti, y aunque me joda decirlo, necesitamos gente como tú, que no se venda.

—Gracias. Viniendo de ti, es todo un halago. Te haré caso.

Gire para irme y me llamó.

—Txema.

Cuando me di la vuelta me dio un fuerte puñetazo en la nariz, que empezó a sangrar a chorros.

—Ahora estamos en paz —dijo mientras me alcanzaba un pañuelo limpio—. A ver si quedamos a cenar una noche de estas.

Asentí.

Mientras iba hacia el coche, conteniendo la hemorragia, me dije que el Súper mantenía una buena pegada, y que igual ya era hora de volver a llamarlo Pablo.

32/ Cuando llega El Miedo

Eran más de las cinco de la mañana y temí quedarme dormido y no verlo llegar. Quizá no viniera. Acaso ya hubiera huido.

Pero como había dicho Nemo, pese a los golpes yo conservaba mi olfato.

Pasó frente al portal con su coche, demasiado lentamente para ser un conductor cualquiera. Yo estaba tumbado en el asiento del conductor del mío y no pudo verme.

Aparcó a la vuelta y se acercó al portal caminando con cautela.

Entró, y cinco minutos más tarde las ventanas del tercero se iluminaron tenuemente. Habría encendido solo las luces más alejadas de la calle. Bajé del coche con mi estuche de herramientas.

Era uno de esos edificios de oficinas del barrio de Tetuán, que modernizan la apariencia pero no las puertas. Tardé un poco más en abrirla, por tener que usar las ganzúas con la mano derecha.

En medio minuto estaba dentro.

Subí por la escalera y llegué a la puerta de la oficina.

Si la de la calle se había resistido poco, esta se abriría en diez segundos o menos.

Me llevó siete.

Todo estaba saliendo según lo previsto.

Salvo que él me estaba esperando.

Con una pistola en la mano.

Mijail Péres.

El director general de Holidays for All Children.

—¿Es que no descansa usted nunca, Arregui?

—Usted tampoco, por lo que veo. ¿Cómo dormir, cuando hay tantos niños a los que asomar a un mundo mejor, verdad?

—Yo no podría definirlo mejor. Igual lo contrato para la próxima campaña de publicidad.

—¿Por qué no? Como le he dicho ya en dos ocasiones, no tiene nada que temer de la Justicia en el caso de Dalia. Aunque usted y yo sabemos que está hasta el cuello, que organizó el desfaldo de acuerdo con Rosa y su madre, y que ante la posibilidad de una auditoria inesperada, motivada por una denuncia anónima, tuvieron que reponer el dinero. O mucho me equivoco, o esa denuncia la hizo Dalia. El caso es que por su causa se atrasaron en el pago al narco y hubo que poner en marcha el plan B: usar a Dalia como chivo expiatorio. Pero tranquilo, Mijail, que Pedralbes de eso no sabía nada. Y las otras dos están tan locas, que aunque quieran implicarlo, nadie les hará el menor caso. Lo dicho: nada que temer por parte de la Justicia.

—Pero por su parte, sí, ¿verdad, Arregui?

—¿Tanto se me notaba?

—Demasiado. Por eso lo esperaba. Ha entrado forzando la puerta y yo le he disparado en defensa propia; hemos recibido muchas amenazas de grupos de ultraderecha... Además, con esas pintas que lleva, parece que viene de un matadero, Arregui. Aunque, en realidad, acaba de llegar a él.

Traté de ponerme de costado mientras hablaba, para ofrecer un blanco menos nítido, pero con

eso no lograría nada.

Levantó el arma y me apuntaba a la cabeza.

—Usted es un dinosauario, Arregui. Por lo que veo, ha venido desarmado, con un brazo casi inútil, y solo.

—En eso se equivoca. No he venido solo. ¿Recuerda al señor Legrand, de quien, para su desgracia, esta tarde se burlaba Pedralbes? Es mi socio. Y tiene la mala costumbre de seguirme cuando sabe que me estoy metiendo en líos. Lleva años haciéndolo. Si ve que puedo arreglármelas solo, se mantiene al margen. Pero cuando, como ahora, estoy en inferioridad, interviene.

Soltó una carcajada, pero sus ojos buscaban en la penumbra.

—Me sorprende que utilice un truco tan manido. ¿Y dónde está su socio, ahora, Arregui? ¿Acaso es invisible?

—Si él no quiere, usted no lo verá. Y es capaz de trepar por la fachada de cualquier edificio y colarse sin ser visto...

—¡Vamos, que su socio es un mini-Spiderman! —Se dispuso a dispararme—. ¿Algún otro súper-poder?

—La amistad. Y una puntería infalible.

Ya apretaba el gatillo cuando desde la sombra llegó volando hasta su mano un bolígrafo de metal, que golpeó en el sitio preciso para hacerle soltar el arma. Adelanté un paso y la pateé hacia el otro extremo del local.

Mijail miraba sin comprender lo ocurrido.

—¿Necesitas algo más, Txema? —preguntó Máximo en la oscuridad.

—Nada, amigo. Sigo solo.

—¿Estás seguro? Ese brazo...

—Puedo, Max. Con esta basura puedo.

Se oyó un leve clic cuando salió, invisible, por la ventana.

Yo avancé hacia Mijail y comprendí que acababa de cometer el segundo error de la noche.

Esquivó mi derechazo y me conectó un golpe en el hombro izquierdo que me hizo gritar de dolor. A continuación, un fuerte puñetazo de su mano derecha en el estómago me dobló en dos, y apenas logré esquivar un rodillazo en el mentón, pero caí hacia atrás.

—Los policías creéis que sois los únicos con entrenamiento en combate —se burló mientras retrocedía en busca del revólver.

—¿Fuerzas especiales, mercenario?

—Ambos. Entre otras cosas. —Seguía buscando—. ¿De qué crees que conozco tanto esos países en los que los padres te dan los niños sin preguntar? Te contaré un secreto... total, no vas a vivir para divulgarlo: Dalia consiguió el modo de incriminarme. No se cómo se enteró de lo que pasaba, el caso es que una noche que había una fiesta en el chalé de un financiero muy importante, le dio un teléfono móvil a uno de los chicos, que se lo pasó a otro y este a otro. Y todos grabaron vídeos de mis clientes en acción, ya me entiendes. Le quité el teléfono a uno de los niños, pero faltaba la tarjeta de memoria. Me hubiera gustado torturar a Dalia para que me la diera, pero la loca de su hermana la mató antes de que pudiera atraparla. Ahora da igual. Ella está muerta, tú lo estarás muy pronto y todos los críos malagradecidos que estuvieron en la fiesta sufrirán lamentables accidentes en sus países de origen.

Me puse de pie.

Él me miró, sorprendido.

—¿Quieres más, Arregui?

—Quiero más.

Una vez conocí a El Miedo y era un gigante con retraso mental que mataba sin saber por qué y no caía por más golpes que le pegaras.

No hay salida cuando llega El Miedo.

El Miedo me quebró y tardé bastante en unir mis pedazos.

Pero aprendí que todo hombre y toda mujer tienen su propio Miedo.

Yo sería el de Mijail Péres.

Volvió a pegarme, y yo a caer y a levantarme.

Por cada cuatro golpes suyos, uno mío.

Luego dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Su cara se volvió un espejo en el que pude ver a El miedo.

Su Miedo.

Era yo.

Cayó y lo seguí golpeando, sin parar, con ambos brazos.

Por Dalia, por cada niño violado por el poder de los poderosos, porque más allá de mi discurso, sabía que los peces más grandes saldrían bien librados. Por mi padre. Por Claudia. Por mí.

Cuando estaba inmóvil en el suelo, lo desperté y fui en busca del revólver.

Le hice abrir la boca, que era un amasijo de carne roja.

Y metí el cañón dentro.

—Tienes razón: con tantas amenazas que has recibido, a nadie le extrañará que un comando de ultraderecha te mate en tu propio despacho.

Esperé a que suplicara con la mirada, pero no lo hizo.

En sus ojos había miedo.

El Miedo.

Y ya no se marcharía nunca.

Le saqué el cañón de la boca, le pegué un último puñetazo con la izquierda, que me dolió a mí tanto como a él, y Mijail perdió el sentido.

Recuperé el aliento y cuando pude, dije en voz alta:

—Sigues ahí, ¿verdad, Máximo?

—Claro —me respondió entre las sombras.

—Hazme un par de favores, entonces. Limpia ese revólver, a saber para qué lo habrá usado esta basura. No quiero que encuentren mis huellas.

—Dalo por hecho. ¿Y el otro favor?

—Llévame al despacho. Creo que voy a desmayarme.

33/ Dejarse encontrar

Las horas siguientes las recuerdo a pantallazos. Fogonazos lentos entre la oscuridad total.

De pronto en mi coche.

Max al volante.

Ver su coche seguirnos por el retrovisor y preguntarme cómo podía estar mi socio en dos sitios a la vez.

Encender el GPS y discutir con Claudia.

Decirle esas cosas que nunca dices porque crees que el amor es tan frágil que se puede quebrar con el peso de pequeñas verdades.

Fundido a negro.

En mi despacho.

Exigirle a Max que fuera con cuidado para no pisar mi *Soledad*.

Aclararle que mi *Soledad* era una hormiga.

Cuatro manos despegando de mi piel la ropa ensangrentada.

Dos manos de Legrand.

Dos de mujer.

Rastas.

Mariana.

Resistirme y que me traten como a un bebé.

Su mirada tratando de ocultar la preocupación al ver mis heridas y moratones.

Ella hablando de hospitales.

Max diciendo que yo era un jodido cabezota y hasta que no acabara con lo que tenía que hacer, no iba a parar.

Un cachete de Mariana en mi culo mientras Legrand me metía en la ducha y entraba él conmigo porque no podía tenerme en pie.

Agua. Agua. Agua.

Fundido a negro.

Mi sofá.

El de mi despacho. El chándal de repuesto que uso cuando voy al gimnasio desde el trabajo.

Max me miraba y sonreía. Poco.

Máximo Legrand nunca sonríe demasiado.

Pensé que si me sonreía, era porque todo iría bien.

O porque yo iba a morir.

Mariana dormía apoyada en su costado y él la sostenía, pero al mismo tiempo era sostenido.

Comprendí que todo este tiempo había subestimado su relación por simple envidia. Eran un equipo, el mejor posible.

Como pudimos serlo Claudia y yo, si ella no hubiera muerto y si yo no llegara siempre demasiado tarde o demasiado temprano a donde nadie me espera.

Fundido a negro.

Max me despertó a las nueve porque dice que amenacé con quemar la oficina si me dejaban dormir más. Resucité con el desayuno de campeones que había improvisado Mariana en la minicocina, con provisiones compradas en la tienda de un chino madrugador.

Huevos. Beicon. Queso. Mucho café.

¿Fundido a negro?

Ya no.

Cuando todo acabara, podría dormir.

Más café.

Mariana le preguntó a mi socio:

—¿Te has tomado la Simvasatatina, Maxito?

Me atraganté con el café.

No me sorprendió que Legrand se medicara contra el colesterol.

Yo también lo hago.

Pero nadie, nunca, jamás, se había atrevido a llamar con diminutivos a ese hombre pequeño y mortal.

¿Maxito?

Me vestí con uno de los trajes de repuesto que guardo en la oficina.

El negro.

Era el más adecuado.

Hice la primera llamada.

Fue breve.

Me miré en el espejo y ya no me vi viejo, pero sí cansado.

Una presencia a mi lado. Mariana.

—Conocí a Dalia en un macroencuentro de yoga, jefe. Era rara hasta para mí, pero tenía un punto de... ¿pureza? Estaba muy preocupada por algo, me dijo que no podía confiar en nadie. Le propuse hablar contigo, pero al saber que habías sido policía, se asustó. No se fiaba. Por eso me sorprendió cuando un mes más tarde apareció por el despacho. No sé bien lo que ocurrió, pero sí que tú has hecho que su muerte no sea en vano, jefe. Gracias por eso.

Le puse la mano sobre el hombro, y fue la primera vez que me sentí cómodo con ella desde que inició la relación con mi socio.

—No me las des, Mariana. No llegué a tiempo para salvarla. Como siempre. Y gracias por hacer tan feliz a Legrand. Si hubiera buscado en todo el mundo a la compañera ideal para él, no hubiera hallado ninguna mejor.

Me dio un beso en la mejilla.

—No se trata de buscar, sino de encontrar, jefe. Y en cuanto te dejes encontrar, aparecerá alguien a quien no puedas espantar. Ya te presentaré a alguna amiga mía, ahora que sé que te gustan las estrafalarias. No estás mal para tu edad. Y tienes un culito muy mono, jefe.

Me ruboricé, que es lo que ella quería.

Cuando se alejaba, la llamé.

—No hace falta que me llames «jefe», Mariana. Para ti soy Txema.

—Gracias.

—Pero si me llamas «Txemita», te pego un tiro. ¿Queda claro?

Soltó una carcajada cantarina, de esas que te recuerdan que la vida sigue y que no puedes

quedarte atrás.

Antes de salir, empapé trocitos de miga de pan en agua y azúcar, y los dejé por los rincones, para que mi *Soledad* también desayunara.

34/ La hora sin sombra

Max conducía y quería preguntarme algo. Le dije que lo soltara de una vez.

—Esta noche, cuando veníamos del despacho de ese cabrón y tú discutías con el GPS, dirás que estoy delirando, pero por momentos parecía que te contestaba. Y eso no es lo más raro, Txema. ¡Aunque la voz no era su voz, juraría que era la voz de Claudia!

Lo miré un buen rato.

Luego despegué el GPS del cristal, lo saqué del soporte y metí el aparato en el bolsillo de mi chaqueta.

—Tienes razón, Max. Estás delirando.

Masculló un insulto cariñoso y siguió conduciendo.

Parecía enfadado, pero al mismo tiempo estaba contento al comprobar que yo volvía a ser el de siempre.

Y por fuera lo era.

Solo por fuera.

No me hizo ninguna pregunta cuando le anuncié la primera parada de nuestro recorrido. Incluso me recomendó dormir un rato.

Lo intenté. Pero no pude.

Lo guí por las cuidadas carreteras internas de la residencia para ancianos ricos, y cuando nos detuvimos frente al chalé que buscaba, no insistió en acompañarme.

Me abrió la puerta la chica delgada que había perdido la sonrisa, probablemente para siempre.

Me indicó el camino de la azotea y volvió al ordenador.

Esta vez la señora no repitió el numerito de la silla de ruedas, y siguió pintando, erguida, un paisaje imaginario visto desde una ventana empañada.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, detective. ¿Qué te trae por aquí?

Saqué de la bolsa de plástico el cartón de tabaco del bueno y se lo arrojé. Lo atrapó en el aire con agilidad sorprendente y lo escondió debajo de su silla de ruedas.

—Como lo vea mi médico, me lo quita —sonrió como si todavía pudiera seducir y casi puede—. Además de guapo, eres simpático, Arregui. Si yo tuviera cuarenta años menos...

—Me honra. Pero no he venido a coquetear, si no a informarle, de modo extraoficial, que la muerte de su hijo será calificada como suicidio.

Su rostro no se alteró.

—¿Y eso debería alegrarme?

—Al menos, tranquilizarla. En este país de amnésicos convenientes, todo se olvida demasiado rápido, y tanto usted como su nieta dejarán de estar bajo los focos. Dentro de semanas nadie se acordará de vosotras.

Ahora sí que sonrió.

—Tú lo has dicho: conveniente.

Encendí dos cigarrillos y le alcancé uno.

—Salvo que lo del dossier de su hijo fuera cierto y se hiciera público, claro —comenté.
Fumamos en silencio.

—¿Cuándo lo difundirá, Elida?

Me echó el humo a la cara.

—En este mismo momento. Mi nieta es un genio con los ordenadores, y mientras hablamos, está enviando los documentos a todos los diarios y televisiones del país, y a los más importantes del extranjero.

Levanté la mano en un brindis imaginario y ella me imitó.

Nos despedimos y prometí volver de vez en cuando con tabaco y una botellas de vino.

Cuando llegaba a la puerta, me detuve.

Hablé sin girar y en voz baja.

—¿Por qué, Elida?

—Seguro que tú ya lo has deducido, detective.

Giré y me costó sostenerle la mirada.

—Me temo que sí. En mis tiempos de policía he visto demasiadas veces esa ausencia de sonrisa, esa culpa sin culpa pero inculcada.

Suspiró.

—¡Mi nieta no tuvo ninguna culpa! —dijo sin alzar la voz, pero con un tono tan afilado que me asustó.

—Él iría a la cárcel en pocos días —dije—. Hubiera bastado con mantenerlo alejado de la niña.

—No entiendes nada, Arregui, Yo hice siempre lo necesario para que Joaquín no pasara necesidades. Como te confesé, fui hasta puta de lujo y no tan lujosa. Mi hijo lo sabía, siempre lo supo. Cuando creció y comencé a intuir sus negocios turbios, me sentí culpable. Pensé que quería ser más poderoso que los poderosos que se follaban a su madre y se la prestaban unos a otros como quien presta una herramienta del garaje. Nunca le dije nada, Arregui.

Estaba a punto de llorar, pero no lo haría.

Siguió, apenas en un susurro:

—Pero hace unas semanas, cuando ví el modo en que miraba a mi nieta, a su propia hija, lo supe. Tenía que detenerlo, Arregui. No me importó ser puta para mantenerlo, ni sus trapicheos, pero no iba a permitir que mi hijo se convirtiera en un completo hijo de puta.

Encendí dos cigarros más.

Cuando no sabes qué decir, lo mejor es fumar.

—¿Ella lo sabe? —pregunté al cabo de un rato.

—No te mentaré para protegerme: no dice nada, pero creo que sí. De modo que puedes denunciarme sin remordimientos...

—¿Por pintar cuadros tristes, Elida? Dudo que nadie la juzgue por ello. Y ahora debo irme, que tengo otra cita. Pero antes... ¿Puedo?

Dijo que sí con la cabeza y le di un breve beso en la boca.

Al salir, la niña seguía dándole al teclado del ordenador.

Llegamos a la parada de metro de Ventas antes de la hora. Habíamos quedado a las once y

media y solo eran y cuarto.

Aparcamos y sonó mi teléfono móvil.

Al ver el flamante aparato, Legrand abrió la boca para preguntar, pero cambió de idea.

Era Buster.

—Llamo para despedirme, Gustavo. Acaban de ascender de modo fulminante y supongo que tiene que ver con tu visita y tú investigación.

—Lo siento, amigo. Últimamente no hago más que perjudicar a la poca gente que respeto.

Soltó una risa. Era una risa sin amargura.

—No seas tan dramático, Arregui. El ascenso es a un puesto con mando y dejaré de ser un adorno caro. Además, nos mudamos a Holanda y Rosaura adora los tulipanes. Si le hubieras preguntado alguna vez, te habrías ahorrado todos esos ramos de jacintos y quizás hasta se hubiera casado contigo. Cúdate.

Y colgó.

Yo intenté realizar unas operaciones por Internet desde el móvil, pero estaba muy cansado y apenas veía con claridad.

Después de un rato me di por vencido, le conté a Max lo que quería hacer y sonrió.

Logró completar las gestiones en unos minutos y dijo que había que esperar el correo electrónico de confirmación.

Pero antes llegó ella.

Vestía de negro y miraba hacia todas partes con curiosidad, como si viera por primera vez la ciudad de Madrid, en la que llevaba casi un año viviendo.

Como si la mirase más de cerca.

Como si le perteneciera, con sus atascos de tráfico, sus atascos de turistas, sus miles de bares y sus pocas bibliotecas, sus aires de gran dama y sus andares de chulapa ligera de cascos, su belleza difícil de explicar pero tan fácil de sentir que te enamora con la misma intensidad con que te pone cuernos.

Como miramos a Madrid los madrileños de todas partes.

Me acerqué de frente, para que me viera llegar y no se sobresaltara.

No lo hizo.

Había perdido el miedo que horas antes, cuando la localicé por medio de los familiares de Elías, hacía temblar su voz y bajar los ojos.

—Buenos días, Margarita. ¿Todo en orden?

—Sí, señor Arregui. Hace un rato me llamaron para que mañana presente mi documentación. Dicen que en menos de dos meses tendré la nacionalidad. ¿Y a que no adivina quién me llamó luego para decirme que le llenaba de orgullo y satisfacción darme la bienvenida a España?

—Lo adivino, Margarita, lo adivino.

Bajó la cabeza y la volvió a subir para mirarme a los ojos con fiereza.

—Sepa que no colaboré a cambio de la nacionalidad. Eso lo ofreció usted y lo agradezco. Pero a mí me bastaba con que se hiciera justicia con el pobre Elías. Y usted lo ha hecho. Gracias. Muchas gracias.

Recordó algo y levantó la pequeña caja de plástico rosa con ranuras que sostenía por un asa. Me asomé y miré.

Dentro, mínima y bella, dormía la gatita *Patty*.

Dalia hasta había decorado el transportín por dentro con cuadros en miniaturas que contenían fotos de la gatita, de ella misma, varios mandalas y hasta un letrero con la palabra «karma».

—¿Está segura de que no quiere quedársela?

—No me corresponde, señor Arregui. Nunca debimos aceptar el dinero de Rosa para llevárnosla, pero eran mil euros y ella dijo que todo era una broma para que su hermana aprendiera a ser más cuidadosa. Íbamos a usar ese dinero para pagar un abogado que llevara mis papeles. Pero cuando vimos los carteles por todo el barrio y la preocupación de Dalia, decidimos deshacer el trato, devolverle el dinero a su hermana y la gatita a su dueña. Aquella noche, Elías le abrió la puerta porque le había dejado un mensaje en el teléfono comunicándole nuestra decisión. ¿A que parece un chiste malo?

Hay preguntas que no tienen respuesta.

Le di mi tarjeta.

—Cualquier problema que tenga, Margarita, me llama sin dudarle. Si se atrasan sus papeles, si alguien la molesta, lo que sea... ¿Tiene dinero?

—Sí, no se preocupe, señor Arregui. Tengo trabajo, y la familia de Elías me ha acogido como si fuera una más.

Inesperadamente, me abrazó.

Y yo, inesperadamente, le devolví el abrazo con la misma intensidad.

Max lo había visto todo desde el coche.

Estaba enfadado, pero no conmigo.

Me mostró, en su teléfono, los mensajes de un foro de detectives en el que participa.

Y todos se cachondeaban de nosotros.

Unos decían que Arregui & Legrand Investigaciones pasaría a llamarse MIAU Investigaciones, otros que si habíamos fichado a Ace Ventura como socio, uno pedía para nosotros el premio a la mejor agencia del año «por aceptar y resolver el peligroso caso de un gatito secuestrado».

Me pareció que tenían su gracia.

O sería que estaba de buen humor.

—No te preocupes, Max. En cuanto me reponga un poco, salimos a romper narices y verás cómo se les quitan las ganas de broma.

—No es eso, Txema. Por una parte, me jode que no se reconozca todo lo que has hecho. Y por otra, es cierto que cuando aceptase el caso, no sabías lo que había detrás. ¡Pusiste la agencia en ridículo por un gato!

Normalmente, me habría enojado, aunque él tenía razón.

Y hubiéramos discutido durante horas.

Pero ahora, no.

Ahora era hoy.

Levanté el transportín rosa a la altura de sus ojos y le mostré a *Patty*, que se desperezaba.

—¿Y dirás que no valió la pena, Máximo? ¡Mira qué ricura! A ver, *Patty*, saluda al tío Maxito...

Y la gatita, como si entendiera, lo miró, abrió unos ojos enormes como galaxias y maulló.

Solo eso. Mi socio parecía hechizado.

—Si no la quieres, Mariana y yo nos la quedamos, Txema.

—De eso nada. Ella se viene conmigo. ¿Has visto cómo le decoró Dalia el interior del

transportín?

Él miró.

Yo miré.

No sé cuál de los dos lo vio primero.

Debajo del letrero de KARMA.

Apenas un trocito de plástico negro que asomaba.

Comprendimos.

Abrí con cuidado y acaricié a *Patty*, que se frotó contra mi mano. Mientras Max le decía cosas dulces, localicé el letrero y lo despegué.

Una forma de color negro, con mínimas rayitas doradas en un extremo cayó sobre el papel de periódico que cubría el fondo.

Una tarjeta de memoria.

La saqué y cerré la puerta.

Max la insertó en su teléfono, pulsó botones y abrió un vídeo.

Luego otro.

Y otro.

Preferí no mirar.

Estaba de harto de vídeos detestables.

—¡No hay dudas, Txema! Es la tarjeta de memoria con las grabaciones de los pedófilos. Ahora ni Mijail Péres ni sus protectores se irán de rositas. ¡Y podremos decir que buscábamos a la gatita con un motivo!

Lo dejé celebrar un triunfo que para mí siempre sería triste.

Sonó la notificación en mi móvil y revisé el correo electrónico.

Me quedaba una llamada y una visita que hacer. Mi socio, que sabía lo que iba a hacer, se ofreció a parar el coche y dejarme solo.

—Da igual, Máximo. Si acabamos de ducharnos juntos.

Marqué y cuando atendió, me regocijé saber que lo había sorprendido.

—Txema, ¿te ha ocurrido algo? No es normal que llames a estas horas.

—Me ha ocurrido de todo, aita. Pero ya habrá tiempo para contarte. Tiempo de sobra. Un mes y medio.

—¿De qué hablas, hijo?

—Del viaje de tu vida. Prepara las maletas que en una semana salimos para Buenos Aires — leí en el móvil de Max el itinerario—. Y llévate ropa cómoda, que recorreremos todo el jodido país: las cataratas del Iguazú, el glaciar Perito Moreno, veremos ballenas, leones marinos, pingüinos y hasta dragones, si es que quedan.

—No entiendo nada, hijo.

—Ni falta que hace, aita. Era yo el que tenía que entender, y ya lo he hecho. Haremos ese viaje, los dos solos.

Patty soltó un maullido tímido.

—Bueno —corregí—, es probable que seamos tres.

—¿Te has echado una novia de verdad o es otra de tus golfillas?

Mi dedo jugó con su patita.

—Un poco golfá, sí que es, aita. Pero te encantará.

—Estás loco, Txema, pero sueñas feliz. Y no sonabas así desde que eras niño. Así que me pongo a preparar las maletas y cuando vaya, ya me presentas a la muchacha. Seguro que no es ni vasca, pero con que no sea madrileña, me conformo.

Le costaba disimular la alegría y supe que tendría los ojos como los míos, llenos de lágrimas testarudas que se negaban a caer.

—Aita...

—Dime, hijo.

—Que como se te ocurra morirte, te mato. Mira que luego te toca acompañarme en el viaje de mi vida. Y es un año en autocaravana por toda Europa.

—Ya veremos, Txema. Ya fveremos.

Colgó para que no lo oyera llorar, en el mismo momento en que Máximo detenía mi coche en el lugar de destino.

Miré el reloj.

Las doce en punto.

La hora sin sombra.

—¿Quieres que te espere?

—No, Máximo. Esto llevará su tiempo y *Patty* me hará compañía. Tú ve a por esos cabrones y que no escape ninguno, socio.

Bajé del coche.

Max quiso decir algo, pero comprendió que en ocasiones las palabras son ruido y nada más.

Se marchó y yo entré y te busqué.

Aquí.

En el cementerio de la Almudena.

El sol sabe lo que es una pausa dramática. Vaya si lo sabe.

Faltan milímetros para que mi sombra te alcance, pero tarda tanto en cubrir esa distancia, que se vuelve interminable.

Aquí se acaba todo, aunque todo siga.

Cuando mi sombra te alcance, ni tú ni yo volveremos a ser los mismos.

Y eso es bueno. O debe serlo.

Cerca, a un costado y un poco detrás, de mí, una forma pequeña de color rosa, contiene una vida muy pequeña y, sin embargo, más importante que cualquier guerra.

La gatita *Patty* no se ha quejado en todas estas horas, desde que la dejé cerca de un árbol y me planté aquí, en el sitio exacto para que mi sombra iniciara su largo viaje hasta tocarte. De cuando en cuando un maullido, que más que una queja, me sonaba como una expresión de ánimo.

Desde las cuatro, la gatita no está sola.

Sobre las cuatro, Max y Mariana han venido, sin hablar, sin pretender hacerme desistir ni preguntar qué estaba haciendo.

Son familia.

Mi familia.

Y las verdaderas familias no necesitan gritar o hacer grandes gestos.

Solo estar. Cerca.

Traerle comida a la gatita y cada media hora acercarme una botella con agua.
Antes, un cuidador vino varias veces y no respondí a sus preguntas. Insistió y lo miré.
Solo eso. No ha vuelto.
Ya casi.
Ya.
Mi sombra ha tocado tu tumba, la acaricia y subirá por ella. Un poco más.
El tiempo necesario para las despedidas.
Hasta nunca, mi amor.
Hasta siempre, Claudia.
Ni tú tuviste la culpa de que te mataran, ni yo hubiera podido evitarlo.
Debo dejarte ir, para no perderte. Más de diez años de duelo han sido mi excusa para no vivir del todo, no volver a arriesgar.
Como me enseñó Dalia, me gusta creer que cuido de los míos, pero no dejo que nada me toque.
Mi sombra siempre evitando tocar las de los demás.
Y ahora voy a tocar.
Yo y mi sombra.
Y haré el viaje que te debía, porque también me lo debía a mí mismo.
Ya puedo moverme, dejar que la sombra cubra tu tumba mientras me acerco, como mi cuerpo cubría el tuyo en la única desnudez en que siempre estuvimos de acuerdo.
Pude amar a Dalia.
Aunque tuviera el pelo verde.
Podré amar a otra mujer.
O no.
A ti te amaré siempre, como recuerdo, pero ya no como penitencia.
Te dejo el GPS porque tu voz, todas tus voces, vienen conmigo.
Tú también.
Voy a necesitar tus consejos, para no seguirlos, tal vez.
Ya sabes que soy un cabezota.
Voy a vivir, Claudia, mi amor.
Y a seguir llegando demasiado temprano o demasiado tarde, sin importar que alguien me espere.
Voy a dejar que la vida me encuentre.
Y si quiere matarme, que lo intente.
Pero voy a morirme vivo.
Adiós, Claudia.
Sabes que no creo en reencarnaciones, pero, ¿quién sabe?
Quizás volvamos a encontrarnos.
Cuando tu sombra me alcance.

(T,25. Madrid. 2016-2018)

TÍTULO: El último caso de Johnny Bourbon (Pero sigo siendo el rey 2)

Edición Ebook Julio 2020

© De la edición: Colección Salem

© Del texto: Carlos Salem

Página web Oficial: Carlossalem.com

© Colección Carlos Salem, 2020

Gracias por la comprar de este libro.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización del autor, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.